CLAUDE KLEIN

De los espartaquistas al nazismo: La República de Weimar



Claude Klein

De los espartaquistas al nazismo: La República de Weimar



sarpe

Título original: Weimar.
Traducción: María Lluisa Feliu.

Pedro Teixeira, 8. 28020 Madrid.
Traducción cedida por Edicions 62, S. A.

Depósito legal; M - 42.998 - 1985.
ISBN: 84-7291-938-2 (Tomo 50.º).
ISBN: 84-7291-736-6 (obra completa).
Impreso en España - Printed in Spain.
Imprime: Villena, Artes Gráficas.

En portada: *Las calles de Berlín en la época de Entreguerras.*

Claude Klein

Claude Klein, profesor de la Facultad de Derecho y de Ciencias Políticas de la Universidad de Estrasburgo, es uno de los estudiosos que más han profundizado en los avatares de la política alemana de los años que precedieron a la ascensión del nazismo. Los resultados de sus trabajos, efectuados a la vista de una documentación hoy día poco accesible a pesar de ser tan reciente, quedan reflejados en este breve pero magistral libro sobre una de las épocas más interesantes de la historia de aquel país centroeuropeo, una época de florecimiento cultural frente a desórdenes políticos continuos.

«De los espartaquistas al nazismo: la República de Weimar»

Si la ascensión de Hitler a la cancillería y las transacciones que la precedieron son relativamente conocidas, hay algunos puntos en los orígenes del nazismo que han permanecido hasta ahora en la oscuridad. Era necesario mostrar los problemas que, desde el momento de su creación, tuvo que afrontar la República de Weimar. Al realizar el estudio de sus crisis llegamos a conocer las causas profundas del triunfo del nazismo y, aún más, por qué el nazismo logró colapsar todo intento de vida democrática en Alemania.

El profesor Klein explica todo esto con gran claridad en esta obra, introduciéndonos en uno de los períodos más agitados de la historia de Alemania y, probablemente, de los menos conocidos. El rigor del buen historiador se combina con una gran profusión de documentos de la época, que nos acercan más al acontecer histórico del momento, dándonos una visión viva y dinámica de unos años turbulentos. El resultado es un libro de consulta fundamental para todo aquel interesado en la historia de Alemania y, más concretamente, de la Alemania nazi.

La República de Weimar

Los antecedentes

La derrota de Napoleón, definitiva en 1815, implicó la reimposición del equilibrio internacional dominante a lo largo del siglo XVIII. Este equilibrio, sin embargo, ofrecía dos novedades: en cuanto al cuadro de primeras potencias, la misma fecha indicada (1815) señala un cambio importante, es decir, la reducción de España a un lugar secundario en el plano exterior. Para entender la trascendencia de este hecho hay que insistir en que la «decadencia» española del siglo XVII sólo había supuesto la pérdida de su hegemonía mundial, en adelante compartida con Inglaterra, Francia, el Imperio germánico y, desde el XVIII, Prusia y Rusia. Son, pues, las guerras del final de esta última centuria, las contiendas napoleónicas y el inicio de la emancipación americana, los que arruinan la Hacienda peninsular, que en 1815 no se considera ya en condiciones de mantener los ejércitos necesarios para desenvolver una política de gran altura.

El segundo rasgo del equilibrio posnapoleónico es su carácter contrarrevolucionario. En efecto, para impedir un nuevo triunfo de la revolución, las grandes potencias restantes (Reino Unido, Francia, Austria, Prusia y Rusia) firman en Viena la Quíntuple Alianza, que reúne a todos los citados. Ellos son, en efecto, los que ponen fin a las oleadas revolucionarias de 1820-25 y de 1830.

Sin embargo, a la larga el propio frente contrarrevolucionario se escinde. Intervienen en ello factores diversos: por una parte, la naturaleza conservadora de la alianza es abandonada progresivamente, primero transigiendo con hechos revolucionarios (al negar el apoyo a España para pacificar América), después protegiendo incluso tales hechos (al facilitar la independización de Grecia respecto de Turquía y, al cabo, al respetar el triunfo de la revolución de 1848 en Francia).

Por otra parte, surgen motivos de enfrentamiento entre los mismos aliados, en particular por las ambiciones expansionistas de

Rusia sobre el Imperio turco; ambiciones que hacen temer una ruptura del equilibrio mediterráneo a favor de la propia Rusia y que son frenadas por eso en la guerra de Crimea (1854-56) por dos grandes potencias, el Reino Unido y Francia.

A este panorama se añade la formación de dos nuevas potencias. En 1861 nace el Reino de Italia, que intenta en adelante desarrollar una política internacional de primer orden, basculando entre aquellos Estados que le aseguren mayores beneficios territoriales en una hipotética guerra. En 1871, Prusia logra constituir, por fin, el Imperio alemán.

En 1871, por tanto, la situación ha cambiado sustancialmente. Austria y Rusia tienen motivos de enemistad entre sí por sus comunes afanes imperialistas en los Balcanes. Alemania y Francia se hallan enfrentadas por la posesión de Alsacia y Lorena, ocupadas por la primera tras la guerra franco-prusiana de 1870-71. Italia se halla en una disyuntiva: se enfrenta a Austria, aliada de Alemania, por la posesión de los territorios de la costa dálmata y por el tradicional intervencionismo austríaco en los asuntos italianos; pero se enfrenta también a Francia, enemiga de Alemania, por la cesión de Saboya, impuesta por Napoleón III a Italia en 1860. Postura ambigua también es la del Reino Unido, al que le interesa apoyar en cada caso a aquel cuya victoria suponga el mantenimiento del equilibrio continental; porque tal equilibrio le permite desenvolver libremente su hegemonía colonial sobre la base de la hegemonía marítima en todo el mundo.

En principio hay, por tanto, dos enfrentamientos claros y dos potencias no comprometidas. Este esquema, sin embargo, va a ser replanteado entre 1871 y 1887 por la política internacional de Bismarck, canciller del Imperio alemán.

Bismarck parece actuar por la convicción de la debilidad geográfica de Alemania, desprovista de defensas naturales suficientes, y por temor al revanchismo de Francia, que no transige con la pérdida de Alsacia y Lorena. La meta del canciller va a ser, por tanto, el aislamiento diplomático de Francia.

Lo consigue mediante un juego de alianzas: la Doble Alianza de Alemania y Austria (1879), la Triple Alianza de estos dos países e Italia (1882), en donde prevalece ahora la enemistad franco-

italiana como consecuencia de la ocupación francesa de Túnez en 1881, considerado ámbito natural de expansión colonial de Italia; la Alianza ruso-alemana de 1887, que consigue marginar la enemistad de Austria y Rusia, y el mero pero valioso acercamiento germano-británico, por el recelo del Reino Unido ante la posible expansión de Francia hacia Marruecos o hacia Trípoli desde Argelia. En 1887, Francia se encuentra realmente aislada en la diplomacia europea.

En 1890, sin embargo, el emperador Guillermo II de Alemania prescinde de los servicios de Bismarck y abandona una política internacional que considera excesivamente precavida.

La primera consecuencia va a ser la defección de Rusia, alejada por la inclinación de Alemania a favor de Austria en los problemas balcánicos. La ayuda financiera que, por otro lado, le presta Francia, conduce a la convención militar franco-rusa de 1892. Años después, la entronización del francófilo Eduardo VII en el trono inglés y el temor al desarrollo siderúrgico, naval y comercial de Alemania contribuyen a reorientar también la política exterior del Reino Unido, que cristaliza en la «Entente Cordial» franco-británica de 1904. Sin abandonar a Alemania, la propia Italia comienza a buscar al tiempo promesas sobre sus reivindicaciones territoriales en los medios diplomáticos de Francia e Inglaterra.

A principios del siglo XX, por tanto, el aislamiento internacional de Francia ha sido sustituido por la formación de dos grandes bloques, centrado el uno por Alemania y Austria, el otro por Francia, Rusia y el Reino Unido, con Italia en postura ambigua. El temor continuo al estallido de la guerra, sentido ya a finales del XIX, y la consiguiente carrera de armamentos dan a esta situación, durante aquellos mismos años, el apelativo de «paz armada».

Los hechos

Las tensiones estallan efectivamente en 1914, a raíz de una serie de crisis coloniales que se dan en los primeros años de la centuria (crisis marroquíes y balcánicas) y que culminan con el asesinato del archiduque Francisco Fernando, heredero de la corona austríaca, en Sarajevo —capital del principado de Bosnia Herzegovina— por un estudiante de fi-

liación paneslavista (partidario de la unión de todos los pueblos eslavos y, por tanto, de la orientación de los Balcanes hacia Rusia en detrimento del Imperio austro-húngaro).

Austria declara de inmediato la guerra a Servia, y Rusia a Austria. Alemania, Francia y el Reino Unido se unen a sus respectivos aliados. Todavía en 1914, Japón apoya a su vez a Inglaterra, a la que le une un tratado previo de alianza, y, en cambio, Turquía se suma a Alemania para defenderse de Rusia. En 1915, Italia se decide por fin a luchar junto a la Entente. En 1917, en fin, la guerra submarina declarada por Alemania da excusa a la entrada en liza de los Estados Unidos, afectados por ello. Serán numerosos los países incorporados al frente antigermano posteriormente.

El planteamiento diplomático que acabamos de resumir es necesario para comprender las conclusiones de los tratados de paz, tras la rendición de Alemania y sus aliados en 1918 y la celebración de la Conferencia de Versalles en 1919.

Por ellos, Alemania pierde su imperio colonial a manos de Inglaterra, Francia y Japón, y, entre otros territorios, devuelve a Polonia la Posnania y el corredor de Dantzig (sin esta ciudad, que es declarada libre), y a Francia, la Alsacia y la Lorena.

El Imperio austro-húngaro desaparece: con territorios suyos se forman los Estados independientes de Austria, Hungría, Yugoslavia, Checoslovaquia y Polonia.

Rusia, que había abandonado la guerra en 1917 como consecuencia de la revolución bolchevique, es tratada por ello como vencida y ha de reconocer la independencia de los territorios vecinos de Polonia, Letonia, Lituania y Finlandia.

Asimismo, Turquía ha de acceder a la separación de Irak, Palestina y Siria de sus posesiones territoriales.

Como en 1815, las grandes potencias constituyen en 1919 un organismo internacional para asegurar el nuevo orden: la llamada Sociedad de Naciones.

El llamado período de entreguerras, medianero entre las dos contiendas mundiales, presenta algunas peculiaridades en la marcha hacia el relevo de Europa: por una parte, las grandes potencias han quedado en principio reducidas a cuatro, el Reino Unido, Francia, Italia y Estados Unidos. Por primera vez, Norteamé-

rica ha salvado la situación europea. Y su economía es asimismo la que consigue sanear la situación caótica de las finanzas de los países beligerantes en la posguerra. Por otra, entre esos cuatro grandes no hay acuerdo total. En Versalles, Italia no ha obtenido todas las reivindicaciones esperadas: en concreto, la costa dálmata, atribuida a Yugoslavia. Paradójicamente, la victoria da lugar de este modo a una corriente de «irredentismo» italiano.

Por su parte, Austria ha desaparecido definitivamente como gran potencia; no así Alemania, que inicia una paulatina recuperación. Ahora, al contrario de lo sucedido en la época anterior, es Francia la que teme el revanchismo germano y la que pretende su aislamiento, inútilmente.

En efecto, el afán de aislar a Alemania y de mantener el *statu quo* no prospera por el fracaso de la Sociedad de Naciones. Primero, ya en 1919, el Congreso de los Estados Unidos rechaza el ingreso de Norteamérica en ella, por no comprometerse en una política de intervención, previsiblemente gravosa. Por otra parte, el Reino Unido manifiesta de continuo una notoria indecisión en las intervenciones diplomáticas, que en último extremo muestra la conciencia de su debilitación económica, que le obliga a aprovechar todas las fuerzas en la defensa del imperio colonial.

Sobre tal estado de cosas, la crisis económica de 1929, motivada por el exceso de actividades de especulación en la Bolsa de Nueva York, provoca una repatriación general de las inversiones extranjeras en los diversos países, el hundimiento de los valores en los respectivos mercados bursátiles y, tras ello, la contracción del comercio y de la producción. Son obvias las condiciones de crispación en las relaciones interiores y exteriores que esta situación crea.

Las consecuencias

La situación internacional descrita, rica en motivos de conflicto y pobre en medios para evitarlos, facilitó las modificaciones unilaterales del *statu quo* de Versalles, sobre todo desde el momento en que la guerra y la posguerra permitieron también la imposición de formas de gobierno contrarias al espíritu democrático aparentemente asegurado en 1919. Nos referimos a la Rusia soviética

y al fascismo, triunfante en Italia en 1922 y en Alemania en 1933, con Mussolini e Hitler (nacionalsocialismo), sin olvidar el nacionalismo imperialista del Japón de los mismos años.

La política agresiva de estos países se desarrolla sobre todo a partir de 1935, en los siguientes acontecimientos: la guerra de Abisinia, ocupada por Italia; la guerra civil española, que nace en realidad por un levantamiento de los sectores vejados de una u otra manera por la política de la II República, pero que da lugar a la intervención de Alemania e Italia a favor de aquéllos, y de Rusia a favor de ésta; la guerra chino-japonesa, iniciada en 1937; la ocupación por Alemania de Austria, los Sudetes, Checoslovaquia y Polonia, con el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

Fechas clave

1870-1871 Guerra franco-prusiana. Inesperada intervención antifrancesa de los Estados alemanes del sur. Tras firmar acuerdos con los diferentes Estados, Bismarck aprovecha la euforia nacional y decide la proclamación del II Reich alemán. En nombre de los príncipes Luis II de Baviera, proclama a Guillermo I káiser de Alemania.

1872 Ley del Púlpito para restringir la influencia política del clero. Ley de control de la enseñanza; expulsión de los jesuitas de todo el territorio alemán.

1873 Crisis económica. Se formulan críticas a la economía de libre cambio. La competencia de la industria británica y las importaciones de trigo de Rusia y los Estados Unidos conducen a la votación de leyes proteccionistas. Los conservadores y el partido Zentrum apoyan la instauración de aranceles.

1878 Prohibición de la prensa socialista y del partido, seguida de detenciones, destierros y de la proclamación del estado de sitio. El Partido Socialista alemán reacciona celebrando asambleas en Londres y Suiza e introduciendo su prensa clandestina en territorio alemán.

1879 Promulgación de leyes tributarias y arancelarias. Los seguros sociales de enfermedad, de accidentes, de vejez e invalidez constituyen el mayor logro de la política interna de Bismarck y de su principal colaborador, Lohmann.

1888 Tras un breve reinado, muere Federico III, y con él se frustran las esperanzas liberales. El nuevo káiser será su hijo, Guillermo III.

1889 Ante el inesperado triunfo electoral del Partido Socialista, el nuevo emperador acepta la proposición del Gobierno suizo de celebrar un congreso (convocado en Berlín) para estudiar las reivindicaciones y situación del proletariado y apartarlo de la creciente influencia socialdemócrata, cada vez más pujante en todo el territorio alemán.

1890 Abolición de la ley de excepción antisocialista. Las diferencias, cada vez más acusadas, entre el emperador y el «Canciller de Hierro» terminan con la destitución de Bismarck.

1891 Guillermo II exige para Alemania «un lugar al sol» en el reparto imperialista del mundo. Su lema «política mundial como meta, poder naval como instrumento» es apoyado por la Asociación Pangermánica. La sobrevaloración de la fuerza real del país es origen de oscilaciones e incoherencias en la política exterior por parte del káiser y sus ministros.

1892 Alemania se convierte en la primera nación industrial del continente. Su comercio exterior y la flota mercante entran en competencia con Inglaterra. Las industrias pesada, eléctrica y química se concentran en grandes empresas: Stinnes, Krupp, Stumm, Siemens, AEG, IG-Farben. Arraiga la convicción de que la industria, el comercio y el aprovisionamiento de los alemanes necesitan una decidida política imperialista.

1893 El canciller Von Caprivi y el ministro de Asuntos Exteriores Adolf Marschall von Bieberstein intentan el acercamiento a Gran Bretaña.

1894 Derogación del tratado de reaseguro contra los deseos del zar. Como consecuencia de ello, comienza el entendimiento franco-ruso.

1895 El canciller Caprivi cae a consecuencia de la política de represión contra el Partido Socialdemócrata, patrocinada por el káiser. Las dificultades internas continúan también con el canciller Chlodwig de Hohenlohe. El Reichstag rechaza el proyecto de leyes contra los partidos revolucionarios, al mismo tiempo que modifica los códigos penal y militar.

1896 Apertura del canal del Báltico septentrional. Posadowsky, secretario de Estado del Interior, inaugura, con la reforma de los seguros, una nueva fase de la política social.

1900 El canciller Bernhard von Bülow consigue el apoyo del káiser y de los conservadores con la revisión de la política comercial y la introducción de nuevas tarifas aduaneras.

1903 El impuesto sobre el trigo proporciona nuevos votos al Partido Socialdemócrata en el Congreso de Dresde, en el que éstas rechazan el revisionismo.

1906 La oposición del Partido del Centro y del SPD a la política colonial da lugar a la política de bloque de conservadores y liberales, entre los que surgen tensiones a raíz de la propuesta liberal para modificar el sistema electoral prusiano.

1908 El *affaire* del «Daily Telegraph» (declaraciones del káiser sobre las relaciones anglo-alemanas) desata las protestas de todos los partidos. Aunque no está exento de culpa, el canciller expone al káiser a las críticas, y su posición queda aún más debilitada tras las escandalosas revelaciones del periodista Maximilian Harden sobre los consejeros del emperador. Bülow desaprovecha el momento para obtener una reforma de la Constitución y, después de su fracasado intento de reforma de las finanzas del Reich, cesa en su cargo.

1909 Theobald von Bethmann Hollweg, nuevo canciller, ve con claridad los problemas de la política del Reich, pero carece de decisión y capacidad para conseguir los cambios necesarios.

1910 La reforma de las leyes electorales prusianas es desbaratada por la intransigencia de los conservadores. Nueva constitución para Alsacia-Lorena, que resulta tardía.

1911 Legislación imperial sobre seguridad social, que extiende la protección social a la clase media. Subsiste, sin embargo, el desequilibrio entre la estructura social y la política adoptada.

1912 El Partido Socialdemócrata aumenta su influencia y se convierte en el grupo más fuerte del Reichstag, mientras el centro se inclina a la izquierda bajo la dirección del hábil político y diplomático Matthias Erzberger.

1913 Los límites del poder civil quedan patentes en el Incidente de Saverna, sublevación popular contra los abusos del poder militar violentamente reprimida por el ejército. Protesta indignada del Reichstag, ignorada por el canciller.

1914 Ante el estallido de la guerra mundial, los partidos alemanes acuerdan una tregua que contiene de momento la disgregación interna del Reich. El 1 de agosto, Alemania moviliza su ejército y declara la guerra a Rusia y a Francia. Poco después, las tropas alemanas invaden Bélgica y avanzan hacia París, siendo detenidas en el Marne. La guerra de movimiento da paso a la guerra de posiciones.

1915 Ofensiva alemana en los lagos Masurianos, seguida del avance por Lituania y Curlandia. Batallas de Ypres y Verdún. Hindenburg y Ludendorf asumen el mando supremo alemán.

1916 Batalla del Somme: fracaso anglo-francés en el intento de romper el frente enemigo. Ofensiva de Brusilov: alemanes y austríacos conquistan Volinia y Galitzia, con graves pérdidas humanas rusas.

1917 Retirada de los alemanes a la línea fortificada «Sigfried». Fracasa un ataque inglés cerca de Arras y la ofensiva francesa en el Aisne y la Champaña. El general Pétain sustituye al general Nivelle tras un motín de las tropas francesas. Los ingleses no consiguen forzar las líneas alemanas en Flandes. Contraofensiva austro-alemana en el frente oriental, seguida del estallido de la revolución rusa, que acaba con la guerra en dicho frente.

1918 Paz de Brest-Litovsk entre Alemania y Rusia, que renuncia a numerosos territorios. Desmoronamiento de las potencias centrales tras la contraofensiva aliada en el frente occidental. Alemania pide un armisticio inmediato. La crisis económica provocada por la derrota y la influencia del movimiento revolucionario de los soviets en Rusia desencadena levantamientos populares que no pueden ser contenidos. La revolución llega hasta Berlín, provocando la abdicación de Guillermo II y la proclamación de la República alemana por el socialdemócrata Scheidemann. Friedrich Ebert, nuevo presidente del Gobierno.

1919 Levantamiento espartaquista en Berlín, que se extiende a otras zonas. La represión es asumida por fuerzas del ejército y contingentes de voluntarios monárquicos nacionalistas. Los dirigentes Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht son asesinados. Friedrich Ebert es elegido presidente de la República y Philipp Scheidemann es nombrado canciller. Se promulga la Constitución que ordena la vida política en la República de Weimar.

1920 Fracasa el golpe de Estado de la derecha contrarrevolucionaria, organizado por Kapp-Luttwitz, gracias a las movilizaciones generales propugnadas por el Gobierno.

1921 El canciller Josef Wirth gobierna con el Zentrum católico, los socialdemócratas y el partido demócrata. La crisis económica es cada vez más agobiante.

1922 Con el canciller Cuno, la inflación alcanza su punto culminante como consecuencia de las reparaciones de guerra y de la política financiera del gran capital. Caída de la cotización del marco.

1923 Gabinete de la Gran Coalición del canciller Stresemann. Golpe de Estado de Hitler y Ludendorf en Munich, con el apoyo del comisario general del Estado para Baviera, Von Kahr. El golpe fracasa e Hitler es encarcelado.

1924 Wilhelm Marx, candidato del Zentrum católico, forma nuevo Gobierno con Stresemann como ministro del Exterior. En diciembre, Marx es sustituido, tras unas nuevas elecciones, por el canciller Hans Luther.

1925 Von Hindenburg, nuevo jefe de Gobierno, alternándose en el cargo a lo largo del año con Luther y Marx. Muere Friedrich Ebert. La derecha avanza en las elecciones.

1927 Cuarto gabinete Marx. El Zentrum católico abandona la coalición con el Partido Socialdemócrata: dominio abierto de la derecha.

1928 Elecciones para el Reichstag: los partidos socialdemócrata y comunista consiguen el 42 por 100 de los escaños. Gabinete Hermann Müller, socialdemócrata, que forma coalición con el centro y la derecha.

1929 Preparación de un plebiscito contra el Plan Young. Breve alianza del Partido Popular Nacional de Alfred Hugenberg con el Partido Nazi. Tras el fracaso del plebiscito estalla la crisis económica.

1930 Caída del Gobierno Müller por la cuestión de las subvenciones al seguro de desempleo: fin de la república parlamentaria. En las elecciones de finales de año, la fracción parlamentaria hitleriana aumenta vertiginosamente. Crecientes incidentes parlamentarios.

1931 Gobierno Brüning. El nuevo canciller, procedente del Zentrum católico, gobierna entre graves crisis. Las fuerzas reaccionarias forman el frente de Harzburgo, con Adolfo Hitler como principal líder.

1932 Reelección de Hindenburg, apoyado por los socialdemócratas. Pero en Prusia, Baviera, Wurtemberg, Hambur-

go y Anhalt, Hitler ha obtenido mayoría de votos. Caída de Brüning y Gobierno Von Papen. Cada vez son más frecuentes los actos de terrorismo nazis. En las elecciones generales del mes de julio, victoria de los nacionalsocialistas.

1933 Hitler forma gobierno con Von Papen como vicecanciller. El Partido Nazi se consolida en el poder y se instaura en Alemania una férrea dictadura fascista que pondrá fin a las libertades democráticas.

Bibliografía

De Claude Klein

De los espartaquistas al nazismo: La República de Weimar. Barcelona, Edicions 62, 1970.

Sobre la historia de Alemania

ABENDROTH, W., *Historia social del movimiento obrero europeo.* Barcelona, Laia, 1975.

ANCEL, J., *Slaves et Germains.* París, A. Colin, 1945.

ARON, R., *Tres ensayos sobre la era industrial.* Barcelona, Edima, 1967.

AZEMA, J. P., *De Munich à la Libération.* París, P. U. F., 1979.

BAUMONT, M., *La failité de la paix (1918-1939).* París, P. U. F., 1968.

BRUNET, J. P., y LAUNAY, M., *D'une guerre a l'autre, 1914-1945.* París, Hachette, 1974.

CROSSMAN, R. H. S., *Biografía del Estado moderno.* Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1977.

DROZ, J., *Historia de Alemania.* Barcelona, Vicens Vives, 1973.

DROZ, J. *Historia del socialismo.* Barcelona, Ediciones de Materiales, 1966.

DUROSELLE, J. B., *Europa de 1815 a nuestros días. Vida, política y relaciones internacionales.* Barcelona, Labor, 1981.

FEJTO, F., *Historia de las democracias populares.* Barcelona, Martínez Roca, 1971.

FERRIUOLO, E., *Patti, trattati e conferenze.* Ginebra, Fermi, 1973.

FETSCHER, I., *Socialismo. De la lucha de clases al Estado providencia.* Barcelona, Plaza & Janés, 1974.

GILBERT, M., *Las potencias europeas.* Barcelona, Grijalbo, 1966.

GUERIN, D., *Fascismo y gran capital.* Barcelona, Fundamentos, 1973.

GUILLEN, P., *Historia de Alemania.* Barcelona, Vicens Vives, 1973.
MARTINEZ CARRERAS, J. U., *Introducción a la historia contemporánea.* Madrid, Istmo, 1983.
MILZA, P., *Fascismes et idéologies reáctionnaires en Europe, 1919-1945.* París, A. Colin, 1969.
MILZA, P., *De Versailles à Berlin, 1919-1945.* París, Masson, 1979.
NOLTE, E., *La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas.* Barcelona, Península, 1971.
PARKER, R. A. C., *El siglo XX.* Madrid, Siglo XXI, 1978.
RENOUVIN, P., *Historia de las relaciones internacionales.* Madrid, Akal, 1975.

De los espartaquistas al nazismo: La República de Weimar

PRIMERA PARTE

LOS HECHOS

Capítulo Primero

DEL FINAL DE LA GUERRA A LA VOTACION DE LA CONSTITUCION

Si bien se considera frecuentemente que la guerra de 1914-1918 marca el principio de un nuevo período, de una transformación radical de la sociedad, hay que subrayar que la bisagra de este giro se sitúa ciertamente en 1917, año este que marca una ruptura incontestable e incontestada.

En primer lugar, la guerra misma toma un nuevo aspecto. A partir del fracaso de las grandes ofensivas de los centrales, desde el otoño de 1914 la guerra se había agazapado en las trincheras. Alemania, en 1917, presionada por el alto mando, deliberadamente decide lanzarse a una nueva forma de lucha de la que espera obtener grandes resultados: la guerra submarina a ultranza (que se anunció el 29 de enero). Esta decisión tendrá graves consecuencias. A penas en el espacio de dos meses, provocará la declaración de guerra de Estados Unidos contra Alemania (2 de abril).

La entrada de Estados Unidos en la guerra es indudablemente un elemento fundamental. Abandonan éstos su tradicional política aislacionista; intervienen masivamente en Europa (en 1918 el cuerpo expedicionario americano asciende a más de un millón de hombres) y, a pesar de un ligero repliegue duran-

te el período comprendido entre las dos guerras, se puede decir que desde entonces no han dejado de influir en los asuntos europeos.

Por otra parte, 1917 es naturalmente el año de la Revolución rusa. No es ni tan sólo necesario recordar el peso que tuvo esta Revolución en el ulterior curso de la Historia. No obstante, se pueden indicar inmediatamente dos elementos que pesaron consecutivamente: por una parte y en el propio marco de la guerra, la demanda de armisticio de los bolcheviques (26 de noviembre), que acaba desembocando en la paz de Brest-Litovsk (3 de marzo de 1918). Por otra parte, un elemento psicológico que tendrá rápidamente profundas repercusiones tanto sobre la política europea como sobre la alemana: lo que no podemos vacilar en llamar el traumatismo causado en la conciencia occidental y burguesa por la Revolución bolchevique.

Igualmente, en Francia, 1917 es un año extremadamente difícil. Si bien Péguy (como toda la masa de los movilizados) había partido «feliz hacia la última de las guerras», la desilusión llegó rápidamente. En primer lugar es la retaguardia la que —se decía— no «aguantaba el golpe». Pero después del sangriento fracaso de la ofensiva del Chemin des Dames (16 de abril de 1917), después de la rápida desaparición del general Nivelle, llega el verano difícil, el verano de los motines reprimidos, como es sabido, por Pétain (que había sido nombrado jefe de Estado Mayor general a partir del 29 de abril y general en jefe el 10 de mayo). La situación no se restablece hasta mediados de julio.

Pero apenas ha recobrado Pétain el dominio del ejército, cuando otra crisis más grave aunque menos espectacular, va a estallar, y esta vez se trata de una crisis política. Clemenceau dirige una campaña encarnizada contra el antiguo presidente del Consejo, Joseph Caillaux (al que acusa de traición), y contra Malvy, ministro del Interior en el gabinete Ribot. La obsesión del espionaje está en su punto álgido: asuntoTurmel (7 de octubre), asunto Mata-Hari (fusilada el 15 de octubre). El 13 de noviembre, por primera vez desde el principio de la guerra, un gobierno es depuesto por la cámara (Painlevé). Finalmente

la crisis se resolverá con el nombramiento de Clemenceau (5 de noviembre).

Este giro fue igualmente sensible en Alemania, bajo una forma menos aparente, quizá, pero que ya anunciaba la eliminación del emperador.

I. Crisis de la autoridad política y militar

a) *Modificación de la relación de fuerzas en 1917.*

Desde el momento en que estalló la guerra y durante un período de dos años como mínimo, la vida política alemana estuvo parada. El emperador afirma que no reconoce ya ni derecha ni izquierda, sino solamente al pueblo alemán. El 4 de agosto de 1914 hubo unanimidad en el Reichstag para la aprobación por votación de los créditos militares (Liebknecht los vota por disciplina de partido). La extrema izquierda se rehace y se organiza (Liebknecht no vota ya a favor de los créditos a finales del año 1914). Ya en 1915, Rosa Luxemburg será condenada por sus actividades contra la guerra, Liebknecht lo será después de la manifestación del 10 de mayo de 1916 y después de lanzar su consigna «muera la guerra». No obstante el mito de la unión sagrada era un mito tenaz. A pesar de las tensiones entre el Estado Mayor (dirigido por Hindenburg desde agosto de 1916), y Bethmann-Hollweg, las apariencias quedan a salvo bajo la autoridad del Káiser.

El año 1917 marcará un giro. Por una parte, la oposición a la guerra gana en profundidad en la conciencia popular. El invierno de 1916-1917 fue muy duro; las restricciones, más acentuadas que nunca. Para salir del atolladero, Ludendorff (adjunto de Hindenburg) impone la guerra submarina a ultranza, de la que saldrá, como ya hemos visto, la intervención americana.

Los medios políticos se despiertan lentamente de su letargo. En la izquierda, los espartaquistas se convierten en una fuerza y desempeñarán un papel importante en las huelgas que conmueven Berlín. Sobre todo, una importante fracción de los socialdemócratas se escinde y crea el U.S.P.D. (socialistas

independientes). El centro y la derecha moderada se manifiestan a su vez. La primera expresión de esto será la reivindicación (antigua ya) de la supresión del voto por clases que existía aún en Prusia. El emperador parece consentir en ello de mala gana en su mensaje de Pascual del 7 de abril de 1917. Sobre todo concederá el voto de la célebre resolución de paz del Reichstag de julio de 1917, instigado por Erzberger. El Reichstag declara atenerse a una voluntad de paz honesta «sin anexiones ni indemnizaciones». La burguesía liberal cambiaba de campo.

Pero el Estado Mayor había reaccionado ya antes de la aprobación por votación de la resolución. Si la dictadura de Ludendorff ofrecía aún ciertas dudas, después del 17 de julio quedará bien patente. El Estado Mayor, en las personas de Hindenburg y de Ludendorff, opera tal presión sobre el emperador, que éste despide a Bethmann-Hollweg y lo sustituye por un auténtico hombre de paja del ejército, desconocido para todo el mundo: Michaelis. A partir de este instante, todo el poder político pasa a manos de los generales; el emperador queda totalmente marginado al tiempo que en el Reichstag se manifiestan algunas veleidades muy claras y concisas contra esta militarización de la vida política.

b) *La descomposición del régimen en 1918.*

Hasta este momento, los militares ocultan la realidad de la situación tanto a la opinión pública como a la clase política. En 1918 Ludendorff organiza una última ofensiva cuyo fracaso se hará patente en julio. A finales de julio, en cambio, los aliados alcanzarán el éxito en su ofensiva, poniendo a Alemania en una posición muy difícil. A partir de esta fecha los acontecimientos se precipitan.

En el mes de agosto el Estado Mayor empieza a inquietarse. No menciona aún la necesidad inmediata de la paz, pero hace saber que el ejército no podrá aguantar mucho tiempo más si la situación se prolonga. La situación se deteriora en septiembre. Bruscamente, a finales de septiembre, Hindenburg y Ludendorff comunican que el ejército está completamente

extenuado y no puede ya garantizar la seguridad de las fronteras. Se produce el pánico, tanto más cuanto que realmente hasta este mismo momento la clase política, igual por otra parte que todo el conjunto de la población, no descubre que la guerra se ha perdido, que estaba perdida desde hacía unos meses y que se le ha ocultado la situación. Evidentemente, este descubrimiento brutal contribuye a crear un impacto profundo en el país, el estupor de la derrota. Porque esta derrota sobreviene, al menos en la conciencia general, de un modo brutal, sin ninguna preparación, barrerá como consecuencia el régimen imperial que estuvo demasiado íntimamente vinculado al Estado Mayor desde 1914.

Cuando el 27 de septiembre Ludendorff informa al canciller Hertling de la gravedad de la situación indicándole que para evitar una catástrofe el ejército necesita un armisticio inmediato, influirá con todo su poder para obtener también la constitución de un gobierno parlamentario, es decir, basado en una mayoría en el Reichstag, lo que nunca se había planteado hasta entonces. Las motivaciones de esta petición pueden parecer curiosas, sobre todo si se tiene en cuenta que es justamente el Estado Mayor quien se había opuesto siempre sistemáticamente a la parlamentarización del régimen. Parece ser, por una parte, que Ludendorff, sobre la base de los 14 puntos de Wilson, comprendió que los aliados pondrían dificultades en tratar con un gobierno no representativo; por otra parte y sin ningún género de dudas, se trata también de cargar al Reichstag la responsabilidad de la petición y la conclusión del armisticio.

Este gobierno parlamentario se formará en el plazo de pocos días bajo la presidencia del príncipe Max de Bade, conocido liberal. Comprenderá representantes de todos los partidos importantes.

El Estado Mayor presionará al nuevo canciller para que se apresure a pedir un armisticio.

El 3 de octubre, el canciller dirige una primera nota en este sentido al presidente Wilson. Por fin, el 23 de octubre, Wilson comunica que las condiciones del armisticio deberán ser tales que impidan un nuevo rearme de Alemania. Es una forma de

capitulación apenas camuflada y de este modo lo interpretan el gobierno y el Estado Mayor. No obstante, la situación interna se deteriora cada vez más. El abastecimiento se hace cada vez más difícil. Los primeros indicios de resistencia activa aparecen diseminados en la totalidad del ejército.

El 26 de octubre, Ludendorff dimite de sus funciones, presionado por el canciller. A partir de este momento se plantea ya la cuestión del emperador, cuya situación se hace insostenible. Por otra parte, el 29 de octubre, la flota se niega a una salida inútil, y el 4 de noviembre la bandera roja es izada en Kiel.

El 6 de noviembre, el canciller se decide a pedir la abdicación del emperador. El 8 de noviembre se proclama la República en Munich. El 9 de noviembre la situación en Berlín es revolucionaria. El canciller anuncia la abdicación del emperador, presenta su propia dimisión y *nombra* a Ebert (líder de la S.P.D.) para la cancillería. Tras algunas vacilaciones, Sheidemann problama la República.

Entretanto, las negociaciones para el armisticio se han iniciado en Rethondes, donde Erzberger dirige la delegación alemana.

II. La nueva situación: la revolución que no tuvo lugar

a) *Las fuerzas presentes.*

Al día siguiente de la proclamación de la República es necesario preguntarse cuáles son realmente las fuerzas que están presentes en esta Alemania que amenaza con caer en la más completa anarquía. Efectivamente, la situación general es explosiva; las manifestaciones populares se suceden sin que se sepa siempre muy claramente por quién y sobre todo contra quién —o por qué— están organizadas. El ejército, en varias regiones, está a punto de escaparse completamente del mando de los oficiales.

¿Dónde reside el poder? Para comprenderlo es preciso ana-

lizar las fuerzas en juego y sobre todo la relación entre estas fuerzas.

Analicemos el ejército en primer lugar. En varias regiones, durante unos días, la oficialidad parece haber perdido el control de las tropas. No hay que olvidar que la revuelta de los marineros y de varios regimientos contribuyó en gran medida a la decadencia del régimen durante los últimos meses y las últimas semanas de la guerra. Pero en todas partes, y muy rápidamente, la oficialidad pudo recuperar el control de las tropas.

Incluso en Kiel, punto de partida de la rebelión, donde se había constituido un consejo de soldados que se fusionó con el consejo de los obreros, Noske (S.P.D. mayoritario), que llega de Berlín a toda prisa, consigue desde el 6 de noviembre controlar la sedición. Lo mismo sucede en toda la marina, donde el movimiento revolucionario se había extendido muy rápidamente: en Lübeck, en Hamburgo, en Wilhemshaven, en Bremen, el movimiento —muy radical en los primeros momentos—, es casi totalmente controlado por la S.P.D. mayoritaria (que continúa consiguiendo separar a los socialistas independientes). Cuando el control se presenta difícil o imposible, se circunscribe cuidadosamente el movimiento. La dirección de éste no escapa a los mayoritarios más que en Bremen y en cierta medida en Brunswick. Si en el primer momento la infantería se niega a intervenir contra los amotinados, pronto la intervención no será ya ni siquiera necesaria. Unos años después, el alto mando se arrogará el honor de haber sabido organizar el licenciamiento de las tropas en buenas condiciones.

En cuanto a lo que concierne a los obreros y sus organizadores, la situación es un poco distinta, pero, a fin de cuentas, en todas partes —excepto en Berlín y algún otro centro— la S.P.D. mayoritaria consigue el control de los consejos obreros. Efectivamente, hay que considerar que el movimiento que tendió a multiplicar en todo el país los consejos obreros (igual que los consejos de soldados: la mayoría de las veces se fusionaron) tiene un significado completamente distinto según se mire antes o después del 10 de noviembre.

Antes del 10 de noviembre, objetivamente, los consejos

obreros y de soldados tienen un papel revolucionario. La primera reivindicación es la de la paz, en una época en que se cree que quien se opone a la conclusión de ésta es la casta militar. Hay que subrayar que frecuentemente la abdicación del emperador no figura para nada en las reivindicaciones. Por otra parte, en realidad, la gran ola de consejos obreros y de soldados, que se extendió por toda Alemania y que encarna lo que se llamó la «Revolución de Noviembre», es posterior al 10 de noviembre. En esta segunda etapa los consejos estarán, ciertamente, considerados como organizaciones revolucionarias, pero, de hecho, su papel ha dejado de ser revolucionario. Ya no tiene sentido su lucha contra el gobierno, ya que éste acaba de ser nombrado, el 10 de noviembre, por el consejo de obreros y de soldados de Berlín, y comprende en su seno a socialistas mayoritarios y socialistas independientes en igual medida. Sólo los espartaquistas no participan, ya que Liebknecht analizó perfectamente la ambigüedad del sistema.

Se puede afirmar que los consejos obreros y de soldados ejercieron un papel en el período comprendido entre el mes de noviembre de 1918 y el mes de febrero de 1919, pero no es en absoluto el papel revolucionario que de ellos se esperaba. Muy al contrario, quizás no resulte exagerado afirmar, incluso, que fueron utilizados como caución revolucionaria, la mayoría de las veces sin saberlo, por un gobierno cuya mayor preocupación fue precisamente entorpecer la revolución, limitándose ésta al cambio del canciller, por lo menos para los socialistas mayoritarios.

¿Qué política lleva la S.P.D., sobre todo con respecto a los independientes y a los espartaquistas?

Desde mucho tiempo atrás, la S.P.D. había adoptado una postura reformista, denunciada por los espartaquistas y que fue incluso el punto de partida de la escisión con los independientes (en relación a la actitud frente a la guerra). No obstante, la S.P.D., el partido más importante de todos los partidos políticos alemanes, continuó siendo el partido de la clase obrera, gracias a su organización, al número de adheridos, a su antigüedad. De aquí la ambigüedad de la situación de noviembre-

diciembre. En cuanto al programa del partido, basta con recordar que la principal de sus reivindicaciones era la supresión del voto por clases en Prusia. El 9 de noviembre, Ebert hizo esfuerzos desesperados para conservar la forma imperial: Scheidemann proclamó la República a pesar suyo. Ebert se había asegurado una doble caución: por una parte, el príncipe Max de Bade representando el papel de regente *de facto* (Ebert mismo le presionó para que tomara este título); por otra, la asamblea de consejos obreros y de soldados. Más aún, la S.P.D. se envanecía de no haber querido modificar la organización administrativa, conservando de este modo a su servicio a los elementos más reaccionarios del imperio. Igualmente, en el aparato jurídico, Radbruch insiste en respetar la independencia de la magistratura y no opera ninguna «purga» en este cuerpo, con mucho el más conservador: las consecuencias de este trágico error no dejarán de notarse cuando, algunos años después, durante los disturbios provocados por la extrema derecha, la justicia se niega prácticamente a condenar a los autores de los atentados más graves[1].

Para los espartaquistas, la situación está muy clara. La revolución no se ha terminado el 9 de noviembre, en realidad apenas acaba de empezar. Dirigidos por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, los espartaquistas emprenden un combate del que quizá sea demasiado fácil decir, con cincuenta años de perspectiva, que estaba perdido de antemano, pero que, en cualquier caso, difícilmente podían ganar. No sólo estaban en minoría, sino que, sobre todo, quizá podríamos decir paradójicamente, la Revolución rusa no hizo más que perjudicarlos, porque fueron combatidos como bolcheviques (asimilados), porque la Revolución de octubre había traumatizado las conciencias occidentales. Aunque estuvieron, en gran medida, en los principios del movimiento de los consejos, muy pronto per-

[1] *Cf.*, sobre este aspecto particular, el sugestivo libro de H. y E. HANNOVER, *Politische Justiz 1918-1933*, Fischer-Bücherei, 1966. De los mismos autores, *Der Mord an Rosa Luxemburg und Karl Liebknecht. Dokumentation eines politischen Verbrechens*, Suhrkamp, 1967.

dieron el control de éstos totalmente, en la medida en que se institucionalizaron. En el Congreso Nacional de los Consejos de obreros y de soldados en Alemania, que tuvo lugar en Berlín del 16 al 21 de diciembre de 1918, no obtuvieron más que 10 delegados sobre un total de 489. A pesar de los esfuerzos de todos sus amigos, Liebknecht y Rosa Luxemburg no consiguieron ser admitidos. Precisamente en este congreso expiará la revolución, al decidirse la elección de una Asamblea Nacional Constituyente para enero. A partir de este momento, el único recurso será el amotinamiento.

Entre estas dos tendencias, los independientes desempeñan un papel que no siempre resulta fácil discernir. Indudablemente constituyen una fuerza organizada, y mucho más importante que los espartaquistas. Por otra parte, formalmente, los espartaquistas no se escindirán de los independientes hasta finales del mes de diciembre de 1918, para constituirse entonces como partido comunista (liga espartaquista). En realidad, los independientes están divididos, y seguirán estándolo hasta el momento en que, tres años después, el ala izquierda se fusionará con los antiguos espartaquistas y la derecha se reintegrará a la S.P.D. mayoritaria. Durante las turbulentas semanas de noviembre-diciembre, adoptan una actitud constantemente indecisa. Se integran en el consejo de comisarios del pueblo a principios de noviembre, pero se retiran a finales de diciembre, en el momento en que la política de la S.P.D. se transforma en una sangrienta represión de la extrema izquierda.

b) *Las semanas difíciles: noviembre de 1918-enero de 1919.*

Ebert, que había sido nombrado canciller por el príncipe Max de Bade, no puede zafarse de la corriente revolucionaria, por lo menos en la primera fase.

El 10 de noviembre, una asamblea de los consejos obreros y de soldados de Berlín, que se reúne en el Circo Busch, elige un consejo de comisarios del pueblo. Este consejo, compuesto por seis miembros, comprende tres comisarios pertenecientes a la S.P.D. mayoritaria: Ebert, Scheidemann y Otto Landsberg,

y tres comisarios socialistas independientes: Haase, Dittmann y Barth. La asamblea elige, además, un comité ejecutivo, depositario de la soberanía y encargado de controlar a los comisarios. Sin embargo, muy rápidamente este comité ejecutivo se diluye y deja de ejercer cualquier tipo de autoridad efectiva.

La mayor preocupación de Ebert, a partir de este momento, será evitar que se extienda la revolución. Es preciso que las cosas vuelvan a su cauce lo antes posible. Sin embargo, la situación en Berlín es explosiva y los comisarios no encuentran el medio de zafarse de las presiones de los espartaquistas. Este enemigo, el bolchevismo, es el enemigo común de la socialdemocracia y del ejército; en consecuencia, no tendrán más opción que unirse para salvar al país del contagio bolchevique, acción que se emprende sin tardanza a partir del momento en que Ebert toma el poder, con el total acuerdo de los independientes. Ya ni se habla, naturalmente, de sustituir a Hindenburg y a Groener[2], jefes del ejército imperial. Muy al contrario, el propio Groener actuará de mediador entre el ejército y el nuevo poder.

Mientras tanto, Ebert se preocupa también de anexionarse una parte de la clase obrera. El 12 de noviembre anuncia la adopción de la jornada de ocho horas. El 15 de noviembre los sindicatos (dominados por la S.P.D. mayoritaria) firman un acuerdo con el patronato (conocido con el nombre de acuerdo Stinnes-Legien). Se trata de resolver los problemas del trabajo en el seno de una «comunidad del trabajo», agrupando a patronos y obreros. ¡Evidentemente, este es el signo típico de un período revolucionario! El 23 de diciembre, una disposición introduce los convenios colectivos en el derecho alemán.

A pesar de todo, la agitación proseguía. El 18 de noviembre, «Rote Fahne», órgano espartaquista, inicia su regular aparición. Pero la situación no estará realmente tensa hasta diciembre. El 16 de diciembre, una tentativa de eliminación del comité ejecutivo, por motivaciones aún hoy bastante confusas, provocó indirectamente un tiroteo durante el cual 16 es-

[2] Groener sucedió a Ludendorff a finales de octubre.

partaquistas resultaron muertos. La emoción es realmente grande en los medios obreros.

El 16 de diciembre, el congreso nacional de los consejos de obreros y de soldados decide fijar, en contra de los espartaquistas, la elección de una asamblea constituyente para el 19 de enero. Era un modo de indicar que la situación revolucionaria debía finalizar. Al mismo tiempo, Ebert se preocupa de terminar con la agitación revolucionaria en Berlín y en otras grandes ciudades. A causa de esto estallará, a finales de diciembre, el trágico asunto de la división de marina. Se trata de tres mil marineros aproximadamente, antiguos insurrectos (Kiel), llegados hasta Berlín al servicio de la revolución. Atrincherados en el palacio real, constituyen una amenaza permanente para Ebert, al que incluso en una ocasión consiguieron aislar en su despacho de la cancillería. Al fin el ejército carga contra ellos. El 24 de diciembre tienen ya sesenta muertos, pero conservan el castillo.

Es el momento (29 de diciembre) en que los comisarios independientes abandonan el consejo, del que desaprueban la tendencia antirrevolucionaria. Noske interviene entonces preparando a los cuerpos especiales del ejército, que aplastarán a los revolucionarios. La destitución del prefecto de policía Eichorn constituirá el pretexto para una inmensa manifestación espartaquista. Una huelga general se declara el 6 de enero. Parece ser éste el momento en que Liebknecht y Rosa Luxemburg empiezan a pensar en la posibilidad de hacerse con el poder. Del 9 al 13 de enero, la represión sangrienta caerá sobre Berlín. Los muertos se cuentan por centenas y por millares. Liebknecht y Rosa Luxemburg son asesinados el 15 de enero, cuando estaban arrestados. Al mismo tiempo, son «limpiados» algunos islotes revolucionarios, sobre todo en Bremen y en la cuenca del Ruhr.

c) *La ambigüedad de la «revolución».*

La ambigüedad fundamental de esta revolución de noviembre consiste en que, en realidad, nunca tuvo lugar. Para llegar

a este convencimiento, quizá sea preciso reflexionar sobre la Revolución de octubre, que, en un momento determinado, llega literalmente a obsesionar a los «hombres de noviembre» (Novemberleute): quisieron ver en la revolución de noviembre el «febrero» alemán. Se esperaba octubre. Fueron esencialmente los comunistas quienes desarrollaron esta comparación, que, durante cierto tiempo, incluso les sirvió de guía para la acción revolucionaria. El propio Lenin, que siempre miró con extrema atención los sobresaltos revolucionarios de Alemania, en junio de 1920 llegó incluso a comparar el *putsch* Kapp que acababa de producirse, con el asunto Kornilov. Pero es sobre todo al intentar buscar los puntos de comparación como mejor apreciaremos las características propias de esta falsa revolución.

Una tesis en boga entre numerosos historiadores alemanes es que, igual que en febrero, en Rusia, la revolución de noviembre dejó subsistir un «doble aparato estatal». Por una parte, la administración clásica, que no fue nunca marginada. Por la otra, sobre todo, los consejos de obreros y de soldados. Pero la gran diferencia sería que mientras el campesinado ruso podía constituir un fermento revolucionario, el campesinado alemán al contrario, era reaccionario. Además, el gobierno constituido en febrero no concluyó la paz, ya que desde el 9 de noviembre, e incluso antes, la causa se entendía en Alemania desde el punto de vista del cese de las hostilidades. Por otra parte, contrariamente a la burguesía rusa, débil y desorganizada, la burguesía alemana fue un temible adversario. Finalmente, el proletariado alemán, ya parcialmente integrado en la sociedad burguesa, no pudo desempeñar el papel de fuerza de choque de la revolución, como en Rusia. Resulta claro, efectivamente, que los elementos más radicales procedían de los consejos de soldados, los cuales, frecuentemente, eran relativamente poco socializantes.

Simplificando, si la revolución de noviembre se hizo por la paz, terminó el 9 de noviembre. Si se hizo por la República (¡lo que ni siquiera es seguro!), ocurre lo mismo. Este es el inmenso malentendido del 9 de noviembre, de este gran día berlinés, de estas horas «revolucionarias» que no sirvieron para nada. Al

contrario, saber si la revolución se hizo en nombre del socialismo, que es la verdadera cuestión, quizá sea más simple y más complejo a un tiempo. Más simple, porque mirándolo de cerca, los actores del 9 de noviembre no quisieron el socialismo. Apenas una República democrática burguesa (y es evidentemente porque estuvo plenamente convencido de ello desde el principio, por lo que el Estado Mayor dejó actuar e incluso apoyó a Ebert y a Ascheidemann). Más complejo, porque, por una parte, es muy difícil, si no imposible, analizar las motivaciones de los manifestantes del 9 de noviembre; sin duda estaban divididos y sería muy temerario afirmar que se esperaba la revolución. La revolución era posible, ciertamente, pero los que hubieran podido realizarla hicieron todo lo posible por impedirla. Incluso la proclamación de la República, en el fondo, no fue más que una concesión. Por otra parte, los espartaquistas, que fueron los únicos que intentaron algo después del 9 de noviembre, eran demasiado débiles y cometieron graves errores tácticos.

El 9 de noviembre fue, pues, un inmenso espejismo. La revolución terminó aun antes de haber empezado. Las semanas que siguieron hasta la elección de la Asamblea Nacional Constituyente, no fueron semanas revolucionarias, sino tiempo de motines. A pesar de todos sus esfuerzos, Liebknecht y Rosa Luxemburg no consiguieron transformar los amotinamientos en insurrección. La única posibilidad estaba, de noviembre a enero, en los consejos de obreros y de soldados, pero ya hemos visto cómo fueron totalmente circunvenidos y finalmente marginados de toda actividad política real.

d) *La crisis del federalismo y Baviera.*

Aunque aquí se trata esencialmente de la crisis provocada por las tentativas socializantes de Baviera, sin embargo es ante todo de una crisis del federalismo de lo que hay que hablar. Esta crisis se inicia a principios del mes de noviembre de 1918 y pesará sobre toda la República de Weimar. La crisis bávara no fue más que un elemento de esta crisis.

A partir del 18 de noviembre, o sea, un día *antes* de Berlín, la República fue proclamada en Munich, barriendo la más antigua de las dinastías reinantes en Alemania, la de los Wittelsbach. El iniciador del movimiento fue un periodista, Kurt Eisner, socialista de tendencia más bien utópica, afiliado al partido socialista independiente. Desde el principio, descontando la oposición a la guerra, la pauta dominante es la oposición a Prusia. Sobre esta base consigue incluso, en parte, anexionarse los partidos burgueses. Aquí los consejos de obreros y de soldados desempeñaron un papel mucho más importante que en el resto de Alemania. Eisner consiguió incluso mantenerse después de las elecciones en la dieta bávara del 12 de enero de 1919, que le ponen en minoría. A partir de la reunión de la Asamblea nacional de Weimar, el 6 de febrero, Eisner se convierte en campeón de los Länder. Sin embargo, será asesinado el 21 de febrero por un extremista de derechas (Arco-Valley). La emoción fue grande en Munich después de este asesinato y la situación degeneró rápidamente. El Landtag (dieta) bávaro, conservador, fue absolutamente marginado por los consejos. Muy rápidamente los consejos se radicalizan, proclamando al fin, a instancias de Rusia y de Hungría, una «República de los Consejos» (7 de abril). De hecho, los consejos habían perdido todo contacto con las masas; incluso ni el nuevo partido comunista podría ya apoyar la nueva línea política. Terminará aliándose para intentar salvarla. La contrarrevolución se organizó rápidamente bajo la dirección del primer ministro de la S.P.D., Hoffmann, y, en el plazo de dos semanas, aplastó totalmente la revolución (finales de abril-principios de mayo de 1919). Las ejecuciones se contaron por centenares. A partir de este momento, la contrarrevolución se instala en Munich, de donde ya no se moverá, permitiendo en particular, durante muchos años, las actividades de Hitler.

Pero los acontecimientos de Baviera, si no tienen un gran significado en el plano revolucionario —porque desde el principio los socialistas bávaros fueron desbordados por los acontecimientos, porque la línea que se siguió no tenía salida—, deben sin embargo hacerse resaltar en el contexto más general de la

crisis del federalismo. De hecho, bajo distintas formas, el conjunto de Estados del sur de Alemania manifestó, de noviembre a febrero, una desconfianza cierta con respecto a Berlín, es decir, con respecto a Prusia. La mayor parte de los Estados del Sur habían procedido muy rápidamente a las elecciones (12 de enero en Munich, 15 de enero en el Wurtemberg, 23 de enero en el país de Baden). Tanto más cuanto que Hugo Preuss, a quien Ebert había encargado el anteproyecto de la Constitución, era partidario de una Alemania más unitaria. A principios de febrero, Eisner presentó en Weimar contraproposiciones en nombre de cinco Estados (Baviera, Sajonia, Wurtemberg, Baden y Hesse). En este plano, ciertamente, Eisner fue representativo de una corriente federalista muy fuerte.

III. La Asamblea Nacional Constituyente de Weimar

Las elecciones se llevaron a cabo el 19 de enero de 1919. En Berlín, como en Varsovia menos de un siglo antes, «reina el orden». En el país, exceptuando el caso de Baviera, la situación es relativamente tranquila (excepto algunos islotes revolucionarios que subsisten). La situación económica es mala: el paro es grande, el abastecimiento de víveres es muy deficiente. En las elecciones, los espartaquistas, que acaban de constituirse en partido comunista (31 de diciembre-1 de enero), no presentaron candidatos, contra la opinión expresada en el congreso por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg. Esta es la época, para los comunistas de la tendencia ultraizquierdizante, que conducirá, meses después, a una escisión. Esta tendencia fue denunciada por Lenin en su folleto *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo,* publicado en junio de 1920[3]. Es cierto, sin embargo, que los resultados de estas elecciones confirma-

[3] En el capítulo V, Lenin denuncia la oposición de izquierdas en el seno del partido comunista alemán, pero en el capítulo VII (Éd. Sociales, 1953, página 45) ataca el error de enero de 1919, de haber considerado que «el parlamentarismo está pasado de moda políticamente» y el no haber participado en las elecciones.

rían los temores de los izquierdistas: gracias al mito del sufragio universal, fue posible poner fin «legalmente» a la revolución.

a) *Las elecciones del 19 de enero de 1919 y la mayoría parlamentaria.*

El antiguo sistema de escrutinio mayoritario fue abandonado por el sistema de escrutinio proporcional. Naturalmente, el sistema prusiano (por clases) fue abolido. Votaron las mujeres, y también los soldados. La mayoría de edad política fue determinada en los veinte años (aun cuando la mayoría de edad civil siguió determinada en los veintiún años). La participación electoral alcanzó el 83 por 100.

Los resultados de estas elecciones fueron bastante curiosos. Según si se consideran desde el punto de vista de la revolución de noviembre o desde el de la coalición democrático-burguesa, la interpretación es completamente distinta.

Con algo más de 11,5 millones de votos (o sea, cerca del 40 por 100 de los sufragios expresados y 165 escaños), la S.P.D. mayoritaria parece haberse llevado la parte del león. Los socialistas independientes no obtienen más que 2,3 millones de votos (o sea, 7,8 por 100 de los sufragios expresados y 22 escaños). La izquierda parece, pues, victoriosa, ya que, por sí sola, representa cerca del 45 por 100 del país. De hecho, no así, de aquí toda la ambigüedad de este escrutinio.

Por una parte, en efecto, la S.P.D. está decepcionada, ya que esperaba —bastante legítimamente— alcanzar la mayoría absoluta. Y está lejos de ello. *Por otra parte,* la alianza con los independientes está acabada desde finales de diciembre. No hay que pensar por tanto en la posibilidad de un gobierno socialista homogéneo (S.P.D. - independientes), de todos modos, incluso entre los dos, los partidos socialistas no han obtenido la mayoría, aunque se acerquen mucho a ella. La revolución está definitivamente acabada. La S.P.D. no puede hacer ya otra cosa que buscarse una alianza más a la derecha, con los partidos burgueses, ya que no se trata en modo alguno de no dirigir el nuevo gobierno. A partir de este momento, aparece ese fenó-

meno, bien conocido en Francia, de un gobierno que deberá situarse *necesariamente* más a la derecha que la cámara de la que ha salido.

Mirándolo más detenidamente, resulta obvio que si algún éxito hay en este escrutinio electoral del 19 de enero, es el éxito de la mayoría parlamentaria de julio de 1917, la misma que votó la moción de paz. Esta moción reunió, en efecto, a la S.P.D. mayoritaria con el Zentrum católico (partido de Erzberg) y con el partido del progreso (Fortschritts-*partei),* partido de la burguesía demócrata y liberal que se convirtió, después de noviembre, en el partido demócrata *(Deutsche demokratische Partei).* El Zentrum consiguió 5,9 millones de votos (o sea, 19,7 por 100 y 91 escaños); los demócratas, 5,6 millones de votos (18,6 por 100 y 75 escaños). Estos mismos partidos habían militado desde 1917 en favor de la parlamentarización del régimen: veían, pues, sus esfuerzos coronados por el éxito, al tiempo que el noviembre alemán cobraba su auténtico significado. Así nació la célebre coalición de Weimar.

En estas mismas elecciones y bajo el nombre de partido nacional popular alemán *(Deutschnationale Volkspartei,* comúnmente llamado «nacional-alemán»), se contaron también los conservadores y monárquicos convencidos (3,1 millones de votos, 10,3 por 100 y 44 escaños). El antiguo partido nacional liberal se constituyó bajo el nombre de partido populista *(Deutsche Volkspartei);* dirigido por Gustav Stresemann, representó durante toda la República de Weimar al partido de la gran burguesía comerciante, muy próximo a los medios industriales y a las finanzas. El primer paso de los populistas es bastante débil: 1,3 millones de votos, o sea, 1,4 por 100 y 19 escaños[4].

El 6 de febrero la asamblea se reúne en Weimar. Se escogió esta ciudad porque Berlín pareció poco seguro a mediados de enero, momento en que fue preciso fijar la sede de la constituyente. Evidentemente, aquí se puede hacer una comparación con la elección de Versalles en 1871. Además, la elección de

[4] No se incluyen en la relación ciertos partidos pequeños, generalmente pertenecientes al centro derecha, que obtuvieron en total un 1,6 por 100 de votos y 14 escaños.

Weimar era doblemente simbólica. Por una parte, se daba una cierta satisfacción a los Estados del Sur, opuestos a la preeminencia de Prusia y de Berlín. Por otra parte, se querían marcar los lazos de unión con el espíritu de Weimar, espíritu de la gran época goetiana. Finalmente, la ciudad era fácilmente defendible militarmente y disponía de un gran teatro moderno que podía servir de marco a los trabajos de la asamblea. Hasta otoño de 1919, después de la adopción de la Constitución, la asamblea no vendrá a radicarse en Berlín, en los locales del Reichstag.

El 11 de febrero, Ebert es elegido, por 277 votos contra 51 y 51 abstenciones, presidente del Reich hasta la elección del futuro presidente en el marco de la Constitución. El 13 de febrero, Ebert nombra a Scheidemann (S.P.D. mayoritario) jefe de gobierno, formando éste un gobierno de coalición con el Zentrum (especialmente con Erzberger) y con los demócratas (especialmente con Hugo Preuss).

b) *El Tratado de Versalles y su ratificación por la asamblea de Weimar.*

A partir de finales de febrero empezaba en París la gran conferencia de la paz. Pero ésta se llevará a cabo en dos etapas: en primer lugar, se hará sin la presencia de los vencidos, que no serán invitados a «comparecer» hasta el mes de mayo, para que les sean comunicadas las condiciones de los aliados. Es exactamente así, de acuerdo con el sentido más literal de la palabra, como hay que entender la expresión *Diktat.* En el ánimo de los aliados, especialmente de Clemenceau, las condiciones de paz no debían ser aceptadas más que mediante firma y no mediante discusión. Por otra parte, se hizo todo lo posible para humillar a la delegación alemana, que dirigía el ministro de Asuntos Exteriores, conde Brockdorff-Rantzau. El tren que conducía la delegación alemana hasta París cruzó Francia con toda lentitud; llegando a Versalles, la delegación fue consignada en un hotel, aislada del resto del mundo por empalizadas, para impedirle todo contacto con el mundo exterior.

El documento elaborado por los aliados fue entregado a la delegación alemana el 7 de mayo. Clemenceau, en su discurso, puso el acento especialmente sobre el «segundo Versalles», refiriéndose a la proclamación del imperio, que tuvo lugar en Versalles el 18 de enero de 1871, por Bismarck.

Para mejor señalar aún el carácter de *Diktat,* los aliados no concedían a los alemanes más que un plazo de quince días para que no les fueran comunicadas las observaciones, preguntas o contraofertas que creyesen convenientes, pero autorizándolos únicamente a hacerlo *por escrito* (el plazo fue prorrogado por una semana más).

Cuando el texto del tratado elaborado por los aliados se dio a conocer, levantó, como era de esperar, una ola de indignación por toda Alemania. El 12 de mayo, el canciller Scheidemann hizo saber que en ningún caso firmaría semejante tratado. Fue particularmente criticado el artículo 231, que hacía recaer sobre Alemania la total responsabilidad de la guerra (responsabilidad moral, pero también financiera).

El 22 de junio, la asamblea no tuvo más solución que aceptar la firma del tratado por 237 votos contra 138. El tratado se firmó definitivamente el 28 de junio.

El tratado de Versalles era también un *Diktat,* sobre todo por su contenido. En el plano territorial, Alemania perdía, además de todas sus colonias (Togo, Camerún, y el Sudoeste africano, transformados en territorios bajo mandato de la S.D.N.), Alsacia y Lorena (a lo que no se ponían reparos), una parte del Schleswig, Dantzig, Memel, importantes territorios en Polonia, una parte de la Baja Silesia (que pasaba a la nueva Checoslovaquia), la región de Eupen y de Malmedi (que pasaba a Bélgica). En total, cerca de 1/8 de su territorio de antes de 1914 y un 1/10 de su población.

Otras cláusulas fueron mucho más cruelmente sentidas: en primer lugar, cláusulas militares. Desmilitarización de la orilla izquierda del Rhin, así como una zona de 50 kilómetros al este del Rhin, abolición del servicio militar obligatorio, limitación del ejército a 100.000 hombres, armamento limitado —sólo se autorizó una artillería ligera de 288 piezas—, la marina queda-

ba reducida prácticamente a nada. Sobre todo fueron consideradas como una afrenta las cláusulas penales o casi penales: además del artículo 231, se preveía también la posibilidad de juzgar a ciertos responsables, desde Guillermo II, de quien se pedía la extradición, hasta los más modestos oficiales. Las reparaciones, cuyo principio estaba ya asentado, acabarían de determinarse en cuanto a su totalidad, mediante ulteriores conferencias. Al contrario, la delegación alemana había propuesto determinar en el tratado el total de las reparaciones y fijarlas en cien millares de marcos oro, pagaderos en cincuenta años. Los aliados no aceptaron.

c) *La Constitución de la República de Weimar.*

Ebert había nombrado al profesor Hugo Preuss secretario de Estado en el interior[5], a partir del 14 de noviembre de 1918, con la misión de preparar un anteproyecto de constitución que sirviera de base a los trabajos de la futura Asamblea Constituyente. Preuss, conocido profesor, de tendencias liberales y demócratas, se inscribió en el partido demócrata alemán. Al efectuar esta elección, es evidente que Ebert buscaba una garantía burguesa a la revolución de noviembre, muy en la línea general de su política. Se trataba de no asustar ni a la burguesía ni al ejército.

La Constitución, compuesta por 181 artículos, se discutió de febrero a julio. Fue votada el 31 de julio por 262 votos a favor y 72 en contra (socialistas independientes, populistas y nacionalalemanes). Fue promulgada el 11 de agosto de 1919, que se convirtió así en el día de la Constitución: a todo lo largo de la República de Weimar se pudo medir la creciente indiferencia con que se conmemoró.

El Reich alemán es una República, afirmaba el artículo primero. ¡Pero es la única vez en todo el texto constitucional que aparece la palabra república! Curioso compromiso, acentuado por el que se realiza para la adopción de la bandera. Contra

[5] En Alemania, los cargos de secretario de Estado están considerados no como cargos políticos, sino como cargos administrativos.

quienes quieren conservar los colores imperiales, negro-blanco-rojo, se adoptan los colores de 1848: negro-rojo-oro. Para la marina se conservan los antiguos colores, con los nuevos en el escudo. Esta cuestión de los colores del Reich será, durante toda la vida de la República de Weimar, objeto de discusión.

En cuanto a las relaciones del Reich con los Estados, se adoptaron también soluciones intermedias. Por una parte se suprimen algunos Estados minúsculos (como Turingia), pero Prusia no se ve sustancialmente afectada. La autonomía de los Estados continúa siendo bastante amplia: en los planos constitucional, legislativo y administrativo. Las materias de la competencia del Reich están determinadas por la Constitución, pero son bastante extensas. Se introduce el principio *«Reichsrecht bricht Landesrecht»* (el derecho del Reich rompe el derecho del Estado) (en caso de conflicto).

Las soluciones más originales son las que afectan a la organización de los poderes públicos a nivel del Reich. Por una parte, un Reichstag electo mediante sufragio universal, directo, y *escrutinio proporcional.* Asimismo se crea una cámara federal, el Reichsrat (en cuyo seno los poderes de Prusia se ven limitados), pero los poderes de esta cámara federal son muy restringidos y no tendrá más que un papel de segundo orden.

Lo que, sobre todo, introduce una forma particular de régimen parlamentario es el bicefalismo del ejecutivo. Un presidente del Reich, electo para un mandato de siete años mediante sufragio universal, con amplios poderes, que puede principalmente someter las leyes votadas por el Reichstag (que no merecieran su aprobación) a un referéndum popular. En caso de crisis, el presidente puede, mediante ordenanzas, tomar las medidas necesarias para el mantenimiento de la seguridad y del orden público (el célebre artículo 48), pero el Reichstag puede, si lo desea, anular estas ordenanzas. Este célebre artículo 48 será frecuentemente utilizado, a partir de 1930, para legislar, a falta de una mayoría parlamentaria. Junto a este presidente existe un gobierno dirigido por el canciller del Reich, nombrado por el presidente y responsable ante el Reichstag. El presidente del Reich dispone del derecho de disolución del Reichs-

tag, derecho éste que puede ejercer de forma prácticamente ilimitada.

Este curioso sistema, que combina el parlamentarismo clásico con el régimen presidencial, que más tarde sería llamado precisamente parlamentarismo weismarino (u orleanista), tiene algunos lazos de parentesco con el régimen constitucional que se estableció en Francia después de la revisión de 1962.

En efecto, este sistema permite el funcionamiento del régimen parlamentario clásico sin demasiadas modificaciones: éste fue el caso hasta 1925, es decir, hasta la muerte de Ebert. Bajo el mandato de Hindenburg, sobre todo a partir de 1930, favorece la constitución de «gobiernos presidenciales», apoyándose sobre los poderes propios del presidente, a falta de un apoyo posible en el Reichstag.

Hay que subrayar la importancia que se da al referéndum en el texto. Por una parte, la posibilidad para el presidente de someter un texto legislativo al pueblo, en caso de desacuerdo con el Reichstag; por otra parte, la posibilidad para 1/10 de los electores de formular un proyecto de ley para someterlo al pueblo, o la facultad de diferir la promulgación de una ley si 1/3 del Reichstag y 1/20 de electores lo pidiesen.

En resumen, la Constitución creaba una democracia parlamentaria según el sistema occidental, con algunas peculiaridades. No solucionaba, sin embargo, el problema de Prusia ni los del federalismo. Los consejos de obreros desaparecieron totalmente. Imputar a esta Constitución los yerros de la República de Weimar, como alguna vez se ha hecho, no es más que un contrasentido. El sistema elaborado pecaba quizás por un exceso de perfección, es decir, de complicación. En condiciones normales, como las del período comprendido entre 1924 y 1929, rindió excelentes servicios. Ninguna Constitución hubiera permitido vencer una situación de crisis como la de Alemania en 1930-1932. La adhesión es lo que hace en realidad la fuerza de un régimen, y la falta de adhesión de los ciudadanos fue, ciertamente, el peor mal que sufrió Weimar.

CAPÍTULO II

LA BUSQUEDA DE UN ORDEN POLITICO Y SOCIAL A TRAVES DEL CAOS: LOS AÑOS DE CRISIS (1919-1923)

En Weimar, la asamblea intentó dar a Alemania, apoyándose en una mayoría demócrata y liberal, los elementos de un régimen político nuevo, nada menos que revolucionario. Pero una cosa era alabar la coalición de Weimar, moderada y realista, y otra el tener en cuenta la situación *real* del país. Política, económica y socialmente, la situación era desastrosa.

Los primeros años de la República de Weimar fueron años de crisis. Crisis políticas, crisis económica, financiera, y monetaria, tentativas de *putsch* (tanto a la derecha como a la izquierda), separatismo renano y bávaro, sacudirán a la joven República hasta el final del año 1923. Los acontecimientos se suceden a un ritmo de locura y frecuentemente son inextricablemente complicados.

Hemos visto ya la situación de *Baviera:* la revolución sobrevivió, más radical aún que en noviembre, para desaparecer a principios de mayo de 1919. En *Berlín,* en la primavera de 1919, Noske quiere eliminar completamente la oposición obrera. A principios del mes de marzo, aliándose con Von Lüttwitz, organizó una nueva represión sangrienta contra una

huelga. En el curso de esta represión, Leo Jogisches fue asesinado[6] (10 de marzo). En total cayeron varios centenares de obreros. Una represión análoga se organizó en algunas otras ciudades: Magdeburgo, Leipzig. Para Noske, la cuestión consiste en eliminar el espartaquismo ante todo, ya que le parece que es el peligro más grave. En algunos casos (especialmente en Sajonia), la situación era realmente anárquica. Frecuentemente se trata de motines y no de auténticos movimientos revolucionarios (como en Baviera, por ejemplo); a veces, incluso, simplemente de terrorismo de extrema izquierda.

I. Primeros asaltos contra la República: 1919-1922

a) *El separatismo y los plebiscitos.*

Durante los primeros años de la República de Weimar las tendencias separatistas, en algunos Estados, constituyeron un peligro permanente muy grave. El slogan *«Los von Berlin»* se utilizó entonces con mucha frecuencia, a veces con éxito, para justificar ciertas tentativas.

En el año 1919 estalla la crisis en Renania. Esta región, profundamente católica, había «sufrido» particularmente a causa de su integración a Prusia, donde dominaba el protestantismo. Las tendencias particularistas estaban muy acusadas inmediatamente después del armisticio. Además, en aquel momento parte de Renania estaba ocupada por el ejército francés. Algunos de los jefes de este ejército (sobre todo Foch y Mangin) militaban, ya fuera por la anexión por parte de Francia de la orilla izquierda del Rhin, ya fuera «al menos» por la creación de una entidad separada de Alemania. En estas condiciones, Mangin, al mando de las tropas de ocupación, se vio obligado a sostener y animar a los separatistas renanos y su jefe Dorten[7],

---

[6] Después de la desaparición de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht en enero, Leo Jogiches era el líder más popular de los comunistas.

[7] Sobre este episodio se pueden encontrar interesantes precisiones en la obra de Paul-Marie DE LA GORCE, *La République et son armée,* col. «Les grandes études contemporaines», Fayard, 1963, págs. 195-237.

a pesar de la oposición del gobierno francés. Finalmente, Dorten proclamó una República renana, el 1 de junio de 1919. Sin embargo, esta primera crisis renana no duró mucho y todo volvió a sus cauces con bastante celeridad. La crisis, sin embargo, se reprodujo en 1923, de un modo mucho más amplio, viniendo a añadirse a las demás dificultades del Reich.

Durante este mismo período hay que tener en cuenta también la agitación antirrevolucionaria en Baviera: estos dos elementos, la lucha contra la revolución y el separatismo, estaban entrelazados bastante íntimamente.

En efecto, el nuevo régimen que Baviera tenía en aquel momento entró muy rápidamente en grave conflicto con la autoridad central del Reich. Cuando éste, cediendo a la presión de los aliados, quiso aplicar una ley sobre la entrega de armas en poder de los particulares, Baviera se resistió, negándose a desarmar a las milicias, que habían sido armadas con la intención de aplastar la revolución. La crisis estalló en agosto de 1920 y se prolongó hasta 1921. Una nueva crisis estalló en el momento en que, después del asesinato de Erzberger (26 de agosto de 1922), Baviera se negó a aplicar en su territorio la ordenanza del presidente del Reich sobre la protección de la República: fue preciso negociar un acuerdo entre el Reich y Baviera para solucionar esta violación de la Constitución. Sin embargo, el Reich no llegó jamás a hacer ejecutar sus decisiones por la fuerza, como lo hizo en otros casos, cuando la resistencia procedía de la extrema izquierda (octubre de 1923 en Sajonia y Turingia).

En 1920 y 1921 se efectuaron los distintos plebiscitos previstos por el Tratado de Versalles con referencia a los territorios en litigio.

En Schleswig, el plebiscito se realizó en dos etapas, en febrero de 1920 la primera y en marzo del mismo año la segunda. En el Norte, la mayoría se decidió por Dinamarca; en el Sur, por Alemania. La región de Eupen-Malmedi se declaró en favor de Bélgica, pero la sinceridad del escrutinio fue puesta en duda. En cambio, en Prusia oriental el escrutinio favoreció a Alemania.

Las mayores dificultades provinieron de la Alta Silesia. Por

una parte, las relaciones estaban tensas desde 1918 entre el nuevo Estado polaco y Alemania. Por otra parte, el plebiscito del 21 de marzo de 1921 fue un elemento desencadenador de pasiones. Los resultados (717.000 votos a favor de Alemania y 420.000 votos a favor de Polonia) parecieron favorecer a Alemania. Sin embargo, una frontera es cosa difícil de trazar, porque la población está muy entremezclada. Los disturbios estallan, provocados en primer lugar por los polacos, que intentan apoderarse del territorio por la fuerza. Los alemanes, que no pueden responder con la Reichswehr, les oponen los cuerpos especiales del ejército. Los combates se prolongan hasta el mes de junio. Finalmente, en octubre de 1921, la Sociedad de Naciones consigue imponer una frontera.

b) *Los asaltos de la derecha («putsch» Kapp). La victoria burguesa en las elecciones de 1920.*

Aprovechándose de la ola contrarrevolucionaria que se extiende por Alemania después del aplastamiento de los espartaquistas (y de los disturbios de 1921), la derecha reaccionaria ataca de frente y con una violencia cada vez más acentuada al nuevo régimen republicano.

Los primeros ataques llegan de los medios parlamentarios, es decir, esencialmente de los nacionalalemanes, extraordinariamente bien dirigidos por un antiguo ministro de Guillermo II: Helfferich. Fue él probablemente quien inspiró la idea de la deposición del antiguo jefe de Estado Mayor del ejército imperial, Hindenburg, ante la comisión del Reichstag encargada de la encuesta sobre los motivos de la derrota. Durante el transcurso de dicha deposición (18 de noviembre de 1919) Hindenburg lanzó la célebre teoría de «la puñalada por la espalda» *(Dolchstoss legende)*. Según ésta, el ejército no habría sido derrotado de no haberle traicionado el pueblo, de no haber hecho traición los partidos políticos. Hindenburg, en plena gloria, el vencedor de Tannenberg, mejor situado que nadie para conocer las verdaderas causas de la derrota, mentía descaradamente. Sin embargo, esta «teoría» tuvo un éxito fulminante, tanto

más cuanto que parecía apuntar fundamentalmente hacia la socialdemocracia que encarnaba el nuevo régimen, así como a hombres tipo Erzberger, autor de la resolución de paz de 1917 y firmante del acuerdo de armisticio de Rethondes. Se hizo todo lo posible para desacreditar sistemáticamente, frente a la opinión pública, a los hombres del nuevo régimen: los marxistas (es así como se llamaba a los socialistas en tanto que la denominación de bolcheviques se reserva para los comunistas), los «criminales de noviembre», los republicanos.

Así es como, en diciembre de 1919, Helfferich desencadena una campaña de inaudita violencia contra Erzberger, ministro de Finanzas del gabinete Bauer. Llega Helfferich incluso hasta poner en duda la integridad personal de éste y su capacidad política. Se llevó a cabo un proceso por difamación, que duró cerca de dos meses (enero-marzo de 1920). Este proceso apasionó a la opinión pública. El 26 de enero, Erzberger fue víctima de una tentativa de asesinato por parte de un joven nacionalista. Finalmente, el 12 de marzo, el juicio constituyó un éxito completo para Helfferich (a pesar de la condena a una pena de multa muy ligera, el tribunal reconoció, en efecto, el fundamento de las acusaciones hechas a Erzberger), y fue presentado como una victoria de los hombres del imperio contra los de la República. Erzberger tuvo que retirarse temporalmente de la vida política[8].

La sentencia se pronunció el 12 de marzo de 1920: el 13 de marzo a las seis de la mañana estalló el *putsch* Kapp. La proximidad de estas dos fechas puede parecer simbólica, quizá no sea más que una coincidencia, pero en cualquier caso es una coincidencia muy significativa. En efecto, todo parece indicar que en este período los adversarios por la derecha de la República se sentían ya suficientemente fuertes. El *putsch* no se decidió en una noche: en realidad traduce un descontento latente en la Reichswehr nueva, a todo lo largo del año 1919. Von Lüttwitz

[8] Este juicio es también característico de la justicia alemana durante la República de Weimar. Como lo es también el pronunciado el 22 de febrero, de una escandalosa clemencia, contra el autor de la tentativa de asesinato de Erzberger.

y Kapp (alto funcionario prusiano, completamente desconocido fuera de los ambientes ultranacionalistas), intentan organizar este descontento y conducir la Reichswehr a ejercer una dictadura militar. La Reichswehr está efectivamente amenazada. En primer lugar por la reducción de tropas fijada por el Tratado de Versalles; además, las disposiciones del tratado que exigen la extradición de ciertos criminales de guerra son inquietantes. Sobre todo, los cuerpos especiales del ejército (principalmente los del mar Báltico) empezaban a plantear serios problemas y se estaban convirtiendo en focos de agitación antirrepublicana. En 1920 la situación es ya dramática para ciertos cuerpos, amenazados con la suspensión. Los aliados exigen principalmente la disolución de dos brigadas, particularmente agitadas y nacionalistas (llevan ya la luz gamada como emblema), se trata de las brigadas Erhardt, estacionadas en Silesia. Kapp, Ludendorff y Lüttwitz proyectan un *pustch* que estallará el 3 de marzo: la brigada de marina entró en Berlín, ocupando los ministerios. Noske, al saber lo que ocurría, pidió en el curso de la noche la intervención de la Reichswehr, y Von Seeckt, uno de los jefes del ejército, se negó, alegando que «la Reichswehr no dispara sobre la Reichswehr». Kapp es proclamado canciller, mientras el gobierno huye y se refugia primero en Dresde y luego en Stuttgart. Sin embargo, la población no se siente identificada; muy al contrario, rápidamente se organiza una resistencia obrera y popular que hace fracasar el *putsch*. Estalla una huelga general y en pocas horas Berlín está completamente paralizado. Cuatro días más tarde, el *putsch* se deshace como una pompa de jabón. La brigada de marina se retira. Sin embargo, en algunas ciudades hubo exacciones: en Leipzig, en Munich, etc. En total hubo cerca de 300 muertos. En la subsiguiente vuelta al orden, Noske, organizador de la represión antiobrera, pierde su puesto, víctima de la unidad que acaba de manifestarse en la clase obrera.

Sin embargo, el fracaso del *putsch* Kapp no significa en modo alguno una victoria del régimen. Muy al contrario. Las condiciones precisas en que finaliza el *putsch,* la promoción de Seeckt, que había negado el apoyo de la Reichswehr para evi-

tar el *putsch,* la amnistía general que se votó rápidamente, la negativa de una reestructuración total de la Reichswehr, más que comprometida en los días cruciales, la utilización de tropas sediciosas para aplastar los movimientos obreros, muestran muy claramente las debilidades, las vacilaciones y los compromisos de la coalición de Weimar. Finalmente, como han escrito varios historiadores, el único vencedor de estas jornadas fue la Reichswehr, de la que todo indica que salió reforzada, ya que su autonomía en el seno del régimen estaba de ahora en adelante firmemente asentada. Los socialistas no quisieron ver en aquellas jornadas la posibilidad de una amplia coalición obrera. Por último, en sus consecuencias más directas, el *putsch* Kapp se volvió contra la coalición de Weimar: en efecto, muy pronto se procedió a unas nuevas elecciones. La asamblea nacional, que aún estaba reunida, se separó, y el primer Reichstag fue elegido.

Las elecciones se celebraron el 6 de junio de 1920. Fuetas perdieron 29 escaños; los socialistas mayoritarios, 51, y el Zentrum, seis. Los extremos aumentaron sensiblemente: los nacionalalemanes ganaron 22 escaños; los populistas, 43; los socialistas independientes, 59, y los comunistas, que no presentaron candidatos en 1919, obtuvieron cuatro escaños. Así fue como empezó a perfilarse la radicalización de las masas. Hay que subrayar especialmente la doble victoria, por la derecha, de los nacionalalemanes y *sobre todo* la de los populistas, que progresivamente ocupaban el lugar de los demócratas. La pequeña burguesía, que había depositado su confianza en la República, parecía retirársela menos de de un año después. En la izquierda, el éxito de los independientes es asombroso. La coalición de Weimar estaba muerta. La S.P.D. era quien más perdía, condenada por todos: abandonaba el gobierno. Una nueva coalición se formó bajo la dirección de Fehrenbach (Zentrum) y se constituyó un gobierno de coalición «burguesa», que englobaba a los populistas. No habían pasado dos años desde la revolución de noviembre y apenas tres meses desde la victoria obrera contra los que habían intentado el *putsch.*

La derecha no depone las armas, sino todo lo contrario. Los

años 1921 y 1922 fueron escenario de numerosos atentados políticos, destinados a producir un clima de inseguridad. En la extrema derecha se crearon varias organizaciones terroristas (la más conocida fue la O.C., Organización Cónsul). Gareis, socialista independiente, diputado del Landtag de Baviera, fue asesinado el 9 de junio de 1921. El 26 de agosto del mismo año es asesinado Erzberger. Después de una nueva campaña desencadenada contra él, sobre todo por Helfferich, el ministro de Asuntos Exteriores, Walter Rathenau, es asesinado el día 24 de junio de 1922, dos meses después de haber firmado el acuerdo de Rapallo con la URSS. Después de esto se adopta una legislación para la protección de la República.

c) *La contestación en la izquierda.*

Si la República se veía amenazada por la derecha, no lo estaba menos por la izquierda. La línea del partido comunista, ultraizquierdista, se había doblegado un tanto desde 1919, pero había acarreado una escisión. Por otra parte, a finales del año 1920, una importante fracción de los independientes se fusionó con el partido comunista, mientras que la otra fracción se fusionó con los socialistas mayoritarios en 1922.

Durante este período turbio de la República de Weimar, casi cada año y de una manera permanente, se desarrollan diversos movimientos obreros. A veces se trata tan sólo de simples motines, otras veces de auténticas tentativas de *putsch,* finalmente alguna que otra vez de simples provocaciones policíacas.

En primer lugar, en 1920, inmediatamente después del *putsch* Kapp, no se ha podido establecer de una manera irrefutable que no se produjera una verdadera tentativa de *putsch* en la cuenca del Ruhr. Pero la represión fue despiadada. Se habló mucho del «Ejército Rojo». Este «ejército» ocupó varias ciudades en la cuenca del Ruhr. En Sajonia y en Turingia, Max Hölz, más aventurero que comunista, tuvo aterrorizadas a varias regiones. También aquí la represión fue terrible. Hölz consiguió escapar.

Es 1921, sobre todo, el año marcado por las tentativas de revolución. Se proclamó una huelga general, pero fue un fracaso. En Alemania central fue donde se desarrollaron sobre todo los combates de gran envergadura. La situación estaba especialmente tensa en Mansfeld, en las fábricas Leuna, donde los combates se prolongaron varios días. El 31 de marzo todo ha terminado. Unos meses más tarde, Hölz fue detenido y severamente condenado. Esto representó el hundimiento para el partido comunista alemán.

El error táctico era evidente. Y tenía que costar muy caro. Si el proletariado alemán no estaba maduro todavía para la revolución (o ya no lo estaba), estos movimientos repetidos acreditan cada vez más la tesis según la cual la intención de los comunistas es derrocar el régimen. Esta acusación, a veces no del todo infundada, había de tener un papel cada vez más importante durante la República. Las derechas la explotaron considerablemente; y, diez años más tarde, tuvo una influencia considerable en el acceso «legal» de Hitler al poder.

d) *Los incidentes de la política exterior hasta la ocupación de la cuenca del Ruhr.*

En el período que siguió a la firma del Tratado de Versalles, el problema principal de la política exterior es el de las reparaciones. Este problema pesa sobre toda la República de Weimar, esencialmente a causa de las incidencias económicas, pero también a causa de las incidencias en la vida política interior alemana. A partir de 1922, Alemania intentó «construir» una política exterior autónoma, dando un rodeo en cierta medida al Tratado de Versalle y a los impedimentos que éste imponía: la política de Rapallo y más tarde la «gran» política de Stressemann.

Una serie de conferencias internacionales se celebraron a partir de 1919 (después del Tratado de Versalles) para determinar el total de la deuda de las reparaciones alemanas y las formas de pago.

Al problema de las reparaciones se añade otro más: el de la

ocupación de algunas partes de Alemania (ocupación destinada a garantizar el pago de las reparaciones: por ejemplo, la ocupación de Düsseldorf, Duisburgo y Ruhrort el 15 de marzo de 1921). Finalmente se planteó el problema del desarme (más tarde el del rearme) de Alemania.

La primera conferencia, que fue la de Spa (5-16 de julio 1920), trató a un tiempo del desarme y de las reparaciones. Se fijaron los porcentajes de reparaciones a percibir por los distintos países (Francia, 52 por 100; Imperio británico, 22 por 100; Italia, 10 por 100; Bélgica, 8 por 100, etc.). Pero no quedó resuelto el auténtico problema, el del total de las reparaciones. Este problema se abordó en la conferencia de Londres (marzo 1921). Las cifras son elocuentes: Alemania propone 50 millares (en realidad son 30, gracias a ciertas rebajas) de marcos oro. ¡Los aliados exigen finalmente 132 millares! Alemania recibe un ultimátum. El canciller Wirth, que sucede a Rathenau, inauguró con él la *Erfüllungspolitik*.

Con la conferencia de Cannes se inaugura un nuevo ciclo de conferencias, en enero de 1922. En ella, Alemania esboza su nueva política exterior, que desembocaría en Locarno unos años después. Parece apreciarse un principio de relajamiento en la tensión de las relaciones, especialmente en las relaciones franco-alemanas, pero Briand es depuesto y Poincaré le sucede (15 de enero de 1922). Poincaré, hostil a la política de conferencias y que quiere la escrupulosa aplicación del Tratado de Versalles, impedirá el desarrollo de esta política de acercamiento, que no se reemprendió hasta algunos años más tarde.

En el mes de abril de 1922 se celebra una conferencia en Génova, a la que, por primera vez, se invita a la URSS. Esta conferencia no dio ningún resultado, pero en cambio, entre bastidores se desarrolló un encuentro germano-soviético cuyo resultado fue el acuerdo de Rapallo (16 de abril de 1922).

Detalladamente, el acuerdo de Rapallo no es demasiado importante: la disposición principal es la renuncia recíproca a toda reparación de guerra y la solución de los problemas pendientes sobre la base de la reciprocidad. Pero en cambio, el alcance político del acuerdo es fundamental. Los dos países es-

tablecen relaciones diplomáticas (interrumpidas en 1918). El acuerdo cayó como una bomba en los círculos diplomáticos. Alemania y la URSS, los dos «parias» de la Europa de la posguerra, salen de su aislamiento y se afirman capaces de seguir una política abierta fuera de la Entente. Por otra parte, Rapallo inaugura igualmente una actividad política de colaboración entre la Reichswehr y el ejército rojo, que se prolongará durante mucho tiempo... Rathenau, firmante alemán de este tratado, judío, pagaría con su vida, dos meses más tarde, esta política audaz.

A causa de esto, a finales del año 1922 la situación de la República de Weimar es completamente insegura. Quizá la República hubiera podido rehacerse, pero el año 1923 se abrió con un inmenso trueno que desencadenó una serie de disturbios sin comparación con los que, hasta aquel momento, la República había conocido.

II. El año terrible: 1923

a) *Ocupación de la cuenca del Ruhr.*

Desde el 23 de noviembre de 1922, el gobierno está presidido por W. Cuno, director de una compañía marítima (la célebre Hamburg-Amerika). Los socialistas están de nuevo en la oposición. El nuevo gobierno está formado por hombres cuya firma «garantiza el crédito». Es decir, que responde al espíritu con que fue constituido.

Apenas entrado en funciones, ya chocó, igual que sus predecesores, contra el delicado problema de las reparaciones. Desde 1919, Alemania había pagado ya varios millares de marcos oro. Pero al final de este año parece estar agotada. La inflación empieza a tomar peligrosas proporciones. Poincaré, inmerso en sus propias dificultades financieras, no quiere ceder en nada. En diciembre de 1922 hace comprobar por la comisión de las reparaciones una falta de Alemania en la entrega de 200.000 postes de telégrafos. A principios de enero la misma

comisión comprueba un retraso en la entrega de carbón. Esto constituirá el pretexto. A pesar de la oposición de los ingleses y los americanos, el 11 de enero de 1923, con el pretexto de proteger una misión de ingenieros, Francia y Bélgica invaden la cuenca del Ruhr.

El gobierno alemán se encuentra entonces enfrentado a una situación nueva, a la que difícilmente puede responder a nivel diplomático. Da la orden a todos los funcionarios de negarse a obedecer a las autoridades de ocupación; es el principio de la célebre *resistencia pasiva.* Millones de obreros y empleados se declaran en huelga. La ocupación se endurece. La región ocupada es cortada del resto de Alemania por una aduana. Estallan numerosas escaramuzas y refriegas, enfrentando a los trabajadores con las fuerzas de ocupación. El 31 de marzo, 13 obreros mueren durante una manifestación, a causa del fuego declarado por las tropas francesas. A finales de mayo, Leo Schlageter, agitador alemán, es fusilado después de haber sido juzgado por una corte marcial. Varios miles de ferroviarios fueron expulsados de la zona de ocupación.

El gobierno Cuno, impotente, y totalmente desbordado por los acontecimientos, se diluye y desaparece entre la indiferencia general el 12 de agosto de 1923. El nuevo canciller, Gustav Stressemann (populista), constituye un gobierno de gran coalición (de la S.P.D. a los populistas). Cuando se pone al frente del gobierno, Alemania está al borde del abismo político y económico.

b) *La inflación.*

La inflación tomó proporciones anormales a partir de 1922. Si a principios de 1922 el marco papel vale aún 1/200 de dólar, a finales del mismo año ya no vale más que 1/10.000 de dólar. A principios de 1922 los precios aumentaron aproximadamente un 70 por 100, lo cual había causado un aumento de salarios (sólo del 60 por 100).

A principios de 1923 un dólar vale 18.000 marcos. A partir de finales de enero el precio del dólar sube hasta 50.000 mar-

cos. El Reichsbank consiguió situar la tarifa a 20.000 marcos a finales del mes de febrero. Pero la carrera prosigue en el mes de abril. En mayo el dólar pasa a 50.000 marcos y en junio a 150.000. En julio se ha rebasado el hito del millón: a mitad de agosto, 4 millones; a finales de septiembre, 160 millones. También el hito de los mil millones se rebasa con mucha rapidez. A partir de este momento ya no hay moneda corriente en Alemania. No hay más que remitirse a los sellos de correos de la época, que señalan precios fantásticos que se elevan a veces por encima de varios miles de millones.

Las consecuencias de esta inflación son enormes. En primer lugar en el plano psicológico. En una sociedad «evolucionada», la moneda es un punto de referencia, y este punto de referencia se había esfumado. Toda la sociedad parecía hundirse, la confianza había desaparecido totalmente. Las consecuencias de esta inflación en el plano psicológico son incalculables. Serán necesarios varios años para restablecer un mínimo de confianza en la moneda y finalmente, en el régimen político que permitiera semejante catástrofe.

En segundo lugar, las consecuencias en el plano económico y social. Hay que distinguir cuidadosamente las consecuencias de la mala situación económica y, más concretamente, las de la inflación. La clase obrera se ve mucho más afectada por la situación económica. A partir de esta época hay una auténtica miseria obrera, pero también hay que decir que, en la coyuntura, ésta está esencialmente ligada a las huelgas. La inflación no tuvo más que una influencia pasajera en los ingresos obreros. Una vez superada la crisis, a finales de noviembre, todo vuelve a su cauce.

Desde este punto de vista, la inflación tuvo consecuencias mucho más dramáticas en las personas con ingresos fijos de la pequeña burguesía (rentistas, pequeños propietarios, jubilados). Se ha dicho que este sector de la pequeña burguesía se proletarizó en este período: ciertamente fue así, y esto contribuyó en gran medida a precipitarlos en los brazos del fascismo. Sin embargo, no hay que dejarse engañar por un grave error de óptica. El pequeño propietario ya estaba arruinado, aun antes

de esta inflación «galopante». La persona que hubiera conseguido ahorrar 50.000 marcos en 1914, no poseía ya más que 5.000 en 1920, 500 en 1922 y 20 a principios de 1923. Ciertamente, en agosto de 1923 ya no le quedaban más que 0,0005 pfennings, pero esto en realidad ya carecía de importancia.

Sin embargo, la inflación llegó a tener influencias benéficas en determinados círculos (lo que da mucho que pensar sobre los orígenes del movimiento). Las grandes empresas pudieron así librarse de sus deudas, reducidas a cero, muy rápidamente. Algunos grandes industriales, gracias a esto, pudieron multiplicar por diez su fortuna: el ejemplo típico es Hugo Stinnes.[9]

c) *La agitación de derechas, Baviera, Hitler.*

La ocupación de la cuenca del Ruhr tuvo una consecuencia inesperada: la comisión de vigilancia del desarme alemán suspendió sus actividades. El general Von Seeckt aprovechó inmediatamente la ocasión para desobedecer al máximo las prohibiciones que pesaban sobre Alemania y es justamente en este período cuando aparece la Reichswehr negra, que funcionaba en la clandestinidad. Esta Reichswehr negra, compuesta en general por antiguos cuerpos especiales casi oficializados, se convirtió en un auténtico peligro para la República. El 1 de octubre de 1923, el comandante de esta Reichswehr en Küstrin, el mayor Buchrucker (nazi), intentó un *putsch* en dirección a Berlín. El fracaso fue lamentable, pero la Reichswehr negra fue disuelta.

Mucho más graves fueron los acontecimientos en Baviera que debían conducir al *putsch* de Hitler (8 de noviembre de 1923).

El 26 de septiembre de 1923, Stresemann anunció el final de la resistencia pasiva en la cuenca del Ruhr. Esta medida contradictoria tuvo profundas repercusiones políticas en el país.

Baviera quiso aprovecharse de ello para llevar a cabo un

[9] Observaciones muy juiciosas al respecto en Helmut HEIBER: *Die Republick von Weimar* («Deutscher Taschenbuch Verlag», núm. 4.003), págs. 98 y ss.

putsch interno, del que se esperaba que pudiera extenderse muy rápidamente. El 26 de septiembre proclama el estado de excepción en su territorio (violando las reglas constitucionales) e inviste a Von Kahr de poderes dictatoriales. También el Reich proclama el estado de excepción y confía poderes extraordinarios al ministro de Defensa: Gessler (y no a Von Seeckt, lo que molestó al ejército y los sectores extremistas). La situación se puso tensa algunos días después de un modo brusco. Baviera se niega a plegarse al Reich y pretende investir las tropas federales estacionadas en su territorio. El Reich no quiere emplear la fuerza armada contra Baviera.

Mientras, estalla el *putsch* de Hitler. Desde dos años atrás, Hitler había conseguido implantar sólidamente su partido na cionalsocialista en Baviera[10]. De hecho, el N.S.D.A.P. no existía como fuerza organizada prácticamente más que en Baviera. Pero en Munich, desde hacía ya algunos meses, Hitler ejercía un auténtico terror político. Está más que bien visto por el gobierno ultrarreaccionario. El partido pasó de tener 6.000 miembros en 1921 a más de 50.000 en 1923. Las S.A. constituían una fuerza lo suficientemente importante para sostener un *putsch* (10.000 hombres). Sin embargo, en la crisis bávara, Kahr rehúsa el apoyo de Hitler, de quien desconfía. A causa de esto, el 8 de noviembre por la noche, Hitler interviene para disolver una reunión pública en la que el gobierno del Land explicaba su política. Hitler llenó la sala de nazis y, tras algunos segundos de conciliábulo con Kahr, anunció la constitución de un nuevo gobierno para todo el Reich, bajo su dirección, comprendiendo también a Ludendorff (que se había unido al movimiento proyectado por Hitler), a Kahr y a Von Lossow. Pero al día siguiente todo había concluido: un desfile nazi termina en fusilamiento, 16 nazis mueren. Hitler, herido, huye (fue prendido y juzgado unas semanas más tarde). Baviera recobró así la tranquilidad con bastante rapidez.

---

[10] Sobre los principios del partido N.S.D.A.P., *cf.* la obra de W. MASER: *Naissance du parti national socialiste allemand,* Fayard, 1967.

d) *Los disturbios provocados por los comunistas.*

Después del gran desastre de marzo de 1921, el partido comunista procedió a una amplia reestructuración. Thaelmann se afirmaba cada vez más como líder indiscutible a pesar de una doble oposición interna: una, izquierdizante; la otra, más «derechista».

El 28 de agosto, sobre la base de la ley para la protección de la República, el ministro del Interior del Land de Prusia ordenó la disolución del comité central de los consejos obreros del gran Berlín. Es curioso observar, a partir de esta época, la diferencia radical de reacción del gobierno del Reich, frente a las intrigas ultrarreaccionarias de Baviera y frente a las intrigas comunistas.

Parece ser que durante los meses de julio y agosto de 1923 la dirección del partido comunista pensó seriamente en organizar una insurrección armada contra la República de Weimar, realmente agotada en aquellos momentos. Si bien los comunistas han negado repetidamente esta preparación de la «gran noche», sin embargo, la manera en que el partido reconoció en 1924 el fracaso y el error de 1923 hace pensar que los preparativos estaban bastante avanzados a mitad del verano de 1923 (véase especialmente la carta de Clara Zetkin en el IX congreso del partido comunista en 1924).

El 10 de octubre se constituyó en Sajonia un gobierno de coalición socialcomunista. El 10 de octubre se produce el mismo fenómeno en Turingia. Parece ser que en ambos casos graves amenazas pesaban sobre las tropas de la Reichswehr estacionadas en estos dos Estados. De todos modos, el gobierno burgués de Stresemann no «podía tolerar» la participación de los comunistas en el gobierno, en Dresde. Desde el 21 de octubre, sobre la base del artículo 48 de la Constitución, el gobierno del Reich nombró un comisario para Sajonia y la Reichswehr y procedió a la ejecución forzada. El gobierno de Sajonia es desitituido y un nuevo gobierno S.P.D. le sucede a partir del 1 de noviembre. En Turingia los acontecimientos fueron aproximadamente análogos.

d) *Los disturbios provocados por los comunistas.*

Después del gran desastre de marzo de 1921, el partido comunista procedió a una amplia reestructuración. Thaelmann se afirmaba cada vez más como líder indiscutible a pesar de una doble oposición interna: una, izquierdizante; la otra, más «derechista».

El 28 de agosto, sobre la base de la ley para la protección de la República, el ministro del Interior del Land de Prusia ordenó la disolución del comité central de los consejos obreros del gran Berlín. Es curioso observar, a partir de esta época, la diferencia radical de reacción del gobierno del Reich, frente a las intrigas ultrarreaccionarias de Baviera y frente a las intrigas comunistas.

Parece ser que durante los meses de julio y agosto de 1923 la dirección del partido comunista pensó seriamente en organizar una insurrección armada contra la República de Weimar, realmente agotada en aquellos momentos. Si bien los comunistas han negado repetidamente esta preparación de la «gran noche», sin embargo, la manera en que el partido reconoció en 1924 el fracaso y el error de 1923 hace pensar que los preparativos estaban bastante avanzados a mitad del verano de 1923 (véase especialmente la carta de Clara Zetkin en el IX congreso del partido comunista en 1924).

El 10 de octubre se constituyó en Sajonia un gobierno de coalición socialcomunista. El 10 de octubre se produce el mismo fenómeno en Turingia. Parece ser que en ambos casos graves amenazas pesaban sobre las tropas de la Reichswehr estacionadas en estos dos Estados. De todos modos, el gobierno burgués de Stresemann no «podía tolerar» la participación de los comunistas en el gobierno, en Dresde. Desde el 21 de octubre, sobre la base del artículo 48 de la Constitución, el gobierno del Reich nombró un comisario para Sajonia y la Reichswehr y procedió a la ejecución forzada. El gobierno de Sajonia es desitituido y un nuevo gobierno S.P.D. le sucede a partir del 1 de noviembre. En Turingia los acontecimientos fueron aproximadamente análogos.

Mientras, el partido comunista intenta sublevar a la clase obrera. En Berlín, la manifestación de masas proyectada fracasa lamentablemente. Choques sangrientos tuvieron lugar en Hamburgo. Un auténtico alzamiento se lleva a cabo, organizado en muy dudosas condiciones, ya que la dirección del partido comunista no lo aprobó unánimemente. Algunos centenares de obreros lucharon durante dos días contra las fuerzas del orden. La gran masa de obreros de Hamburgo no se adhirió. Fue un nuevo fracaso.

El 23 de noviembre el partido comunista queda prohibido en todo el territorio del Reich (igual que el partido nazi), por obra de Von Seeckt, quien había recibido poderes excepcionales el día del *putsch* de la cervecería. La prohibición contra el partido comunista fue levantada el 1 de marzo de 1924.

e) *La nueva crisis del separatismo.*

Aprovechándose de la crisis de otoño de 1923, aparecieron nuevos movimientos separatistas en la región renana. De nuevo los apoyan las tropas de ocupación.

Después de algunas tímidas tentativas en junio-julio de 1923, los separatistas, animados por Dorten, intentaron, tras el fin de la resistencia pasiva, aprovecharse de la confusión general. Se declaran disturbios por toda la región renana. El 30 de septiembre, una manifestación se termina con un tiroteo. La República renana es declarada varias veces durante el mes de octubre. El general de Metz, comandante de la zona de ocupación del Palatinado, permitió la proclamación de una República del Palatinado, independiente de Baviera (Espira, 12 de noviembre).

Sin embargo, parece ser que todos estos movimientos, por lo menos durante esta época, estuvieron completamente alejados de las masas. La «resistencia pasiva» de la población, el abandono de los movimientos separatistas por las tropas de ocupación, algunos choques, terminaron con estas tentativas.

En los meses de octubre y noviembre de 1923, la República de Weimar parece agonizante. El edificio penosamente levan-

tado en 1919 se resquebraja por todas partes. Tanto en la extrema derecha como en la extrema izquierda se esperaba el más mínimo fallo para ser inmediatamente explotado. La economía, exteriormente el menos, parece en mal estado. Sin embargo, en el plazo de pocos meses la situación se restableció y la República de Weimar pudo, por fin, inaugurar sus años apacibles. Al contrario de lo que tenía que ocurrir nueve años más tarde, la crisis, en realidad, era mucho menos profunda de lo que parecía. El poder económico no se ha visto afectado: al contrario, saldrá fortalecido de la inflación. Esta es la diferencia fundamental entre esta crisis y la que llevó a Hitler al poder. Sin embargo, esta larga crisis dejó profundas marcas en la vida política alemana, y el régimen salió de ella profundamente transformado. Se puede decir que a partir de este momento el régimen está emplazado, sobre todo si se piensa, por ejemplo, en las «lecciones» que Hitler sacó de su fracaso de noviembre de 1923. Nunca más por lo menos en ciertas capas sociales, consiguió ser aceptado el régimen como podía haberlo sido en 1920, por ejemplo. La legitimidad de la República burguesa habrá de ser reconquistada día tras día.

CAPÍTULO III

LA SEUDOESTABILIDAD (1924-1929)

I. El restablecimiento provisional del régimen (política interior)

a) *El restablecimiento de la situación económica y monetaria.*

Es preciso juzgar el restablecimiento casi espectacular de Alemania en el triple plano financiero, económico y monetario.

El restablecimiento del marco. De hecho, la gran crisis, que para muchos tuvo aspectos apocalípticos, se había terminado en noviembre de 1923. Después de terminar la resistencia pasiva, que había terminado con las últimas reservas económicas del Estado (costaba, como término medio, unos 30 millones de marcos oro diarios), el gobierno de Stresemann se impuso el deber de construir una nueva moneda. No se trataba tan sólo de un simple cambio de billetes de banco, era necesario, entre el público, crear también una mínima confianza con respecto a la nueva moneda. A partir del 15 de octubre se creó una nueva unidad, el Rentenmark, que es una fase transitoria, tenía que coexistir con el antiguo marco. El 15 de noviembre, siendo Schacht el nuevo comisario del Reich para la moneda, la moneda antigua se cambiaba por la nueva a una tasa del Renten-

mark contra 1.000 millares de marcos. Algún tiempo después se creó el nuevo Reichsmark, que sustituyó definitivamente a todos los demás títulos a partir del 11 de octubre de 1924. Los antiguos billetes fueron puestos fuera de circulación el 5 de junio de 1925.

Las finanzas, los capitales y las inversiones. Durante la crisis, el movimiento de fugas de capital al extranjero no dejó de aumentar. En este punto la situación se restableció muy rápidamente, después que fuera adoptado el plan Dawes (terminado a partir del 9 de abril de 1924). El plan Dawes, que fue violentamente combatido en Alemania y finalmente ratificado a pesar de todo, regulaba el problema de las reparaciones. Aliviaba un tanto la carga que pesaba sobre los alemanes y sobre todo racionalizaba el sistema de pagos. Funcionó correctamente hasta el momento en que fue adoptado un nuevo plan en 1930 (plan Young). Alemania había pagado ya más de 10 millares de marcos oro. Hasta 1930, sobre la base del plan Dawes, pagó aún algo más de siete millares. Sin embargo, el aspecto más importante del plan Dawes —que según expresión del historiador alemán A. Rosenberg, hacía de las reparaciones un gigantesco asunto de las finanzas americanas— es que permitió la rápida puesta en marcha de los negocios alemanes. Los aliados reconocieron que les era preciso permitir la buena marcha de la economía alemana e incluso contribuir a ella. Alemania pronto se benefició de una ayuda extranjera de 800 millones de marcos oro, y una vez restablecida la confianza, se benefició de nuevos préstamos, normalmente de origen americano. Alemania pidió créditos por valor de más de 20 millones de marcos, la mayor parte a corto plazo. No obstante, rápidamente, a partir de 1924, la economía alemana había superado —provisionalmente— la crisis de capitales.

El dinamismo de la economía. Durante estos años de estabilidad la economía alemana hizo progresos auténticamente prodigiosos y ascendió rápidamente a las primeras filas de la economía mundial. Modernización, racionalización, concentración, fueron los rasgos fundamentales de la economía alemana durante estos años. Las concentraciones horizontales susti-

tuyeron a las concentraciones verticales de la época de la inflación. El movimiento de cartelización se aceleró; así, por ejemplo, se formaron trusts célebres como Vereinigte Stahlwerke e I. G. Farben Industrie. No hubo vacilaciones en cuanto a la destrucción de fábricas no rentables (incluso en el sector metalúrgico). Naturalmente, el índice de productividad acusó la transformación: en dos años los progresos fueron del orden de pasar de un 15 por 100 a un 40 por 100, según las ramas. Incluso los salarios parecieron tomar un nuevo auge, lo que explica la falta de combatividad de la clase obrera durante este período. El paro, aunque no desaparece, es netamente reabsorbido. El número de parados auxiliados, que en abril de 1924 eran aún de 700.000, en julio de 1925 descendió a 195.000. Ascendió a dos millones durante la recesión de 1926, para estacionarse finalmente en 650.000 antes de la gran crisis de 1929. Desde el punto de vista económico los años 1927-1928 fueron considerados como los años de la prosperidad.

b) *Las ambigüedades de la situación política y parlamentaria.*

El gobierno Marx —de coalición burguesa—, que sucedió a Stresemann en noviembre de 1923, se vio obligado a disolver el Reichstag. El 4 de mayo de 1924 se celebraron nuevas elecciones, que evidentemente resultaron influidas por los acontecimientos que habían marcado a la República en los dos últimos años, pero también, coyunturalmente, por la agitación contra el plan Dawes dirigida por la extrema derecha. La radicalización de las masas pareció acentuarse: la derecha ganó cerca de tres millones de votos. Los nazis, que se presentaban por vez primera (aliados con los «racistas»), obtuvieron casi dos millones de votos y 32 escaños. La S.P.D. pierde más escaños de nuevo. Los comunistas obtuvieron 62 escaños y cerca de cuatro millones de votos. Los grandes derrotados son el centro y los moderados de ambas tendencias. Sin embargo, la situación se restableció parcialmente en diciembre. Como consecuencia de un conflicto acerca del plan Dawes, se convocaron

nuevas elecciones a partir del 7 de diciembre de 1924. Una vez estabilizada la situación económica y política, la radicalización disminuyó: los nazis perdieron la mitad de sus votos, que fueeron absorbidos por los nacionalalemanes (que entraron en el gobierno), los comunistas perdieron más de un millón de sufragios, que reabsorbió la S.P.D. El nuevo gobierno Luther, formado en enero de 1925, fue un gobierno de coalición burguesa y nacional (de los nacionalalemanes a los demócratas).

El año 1925 estuvo marcado por un acontecimiento político de gran importancia, que señala muy claramente la ambigüedad de esta estabilidad. Ebert, víctima de una campaña de calumnias por parte de la extrema derecha (¡el tribunal ante el que atacó a su adversario en el proceso por difamación reconoció que su actuación durante una huelga en Berlín en 1918 constituyó un acto de traición!), víctima también de las consecuencias de un escándalo político-financiero (asunto Barmat), murió el 28 de febrero de 1925. En la primera vuelta, que tuvo lugar el 29 de marzo de 1925, todos los partidos presentaron un candidato: el candidato nacionalalemán (Jarres) iba en cabeza con un 38 por 100 de los votos. El candidato de la S.P.D. consiguió un 29 por 100, el candidato del Zentrum (Marx) obtuvo un 14 por 100, Thaelmann un 7 por 100 para el partido comunita. El resto se lo repartieron entre el candidato demócrata (5 por 100), el de los bávaros (3,7 por 100) y Ludendorff (1 por 100).

Para la segunda vuelta, los nacionalalemanes, conscientes de haber alcanzado el límite de votos posibles con Jarres, solicitaron a Hindenburg, quien aceptó presentarse. Los partidos del centro y la S.P.D. se agrupan alrededor de Marx. Thaelmann no se retiró. Los resultados fueron los siguientes:

Hindenburg	14.655.000 votos;	48,5 %
Marx	13.751.000 votos;	45,2 %
Thaelmann	1.931.000 votos;	6,3 %

Hindenburg, el antiguo jefe del ejército imperial, monárquico convencido, sucedía a un hombre del 9 de noviembre de 1918. Ciertamente, se puede afirmar que los comunistas

tienen una gran responsabilidad en el resultado de estas elecciones: una sencilla suma basta para demostrarlo. Sería, sin embargo, un juicio un poco precipitado y que no tendría suficientemente en cuenta las circunstancias de la época[11].

Hindenburg parecía querer entrar en el juego de la Constitución. Pero a partir de 1926, tomó postura decididamente contra los proyectos de expropiación de bienes de los antiguos príncipes, sin indemnización. Hindenburg intervino en la campaña y contribuyó a que fuera rechazado el proyecto que habían sometido a referéndum socialistas y comunistas. En mayo de 1926 intentó, mediante un decreto presidencial, imponer los antiguos colores imperiales junto a los colores de la República, en las embajadas y en los consulados del extranjero. ¡El canciller Luther, que refrendó el decreto, tuvo que retirarse, pero el decreto siguió vigente!

La elección de Hindenburg fue indudablemente un fracaso del régimen democrático y parlamentario, cuyos efectos tenían que notarse unos años después.

Sin embargo, las elecciones de 1928 demostraron que en ausencia de acontecimientos económicos graves que impugnaran los mismos cimientos de la sociedad, existía una mayoría demócrata en el país. Los efectos de la «prosperidad» se hicieron notar. Los nazis volvieron a caer prácticamente en la nada (se quedaron sólo con un 2 por 100 de votos y 12 escaños), los nacionalalemanes perdieron 30 escaños, los comunistas progresaban muy poco (más 1,6 por 100 y nueve escaños más). Los vencedores son los partidos de la coalición de Weimar: la S.P.D. ganó 21 escaños (totalizando así 153), el Zentrum, aún aliado con los católicos bávaros, se mantiene. Los demócratas, que no volvieron a conseguir nunca más los votos del 19 de enero de 1919, seguían débiles, pero los populistas, prácticamente, les sustituyen (desde 1920): tienen 45 diputados y, sobre todo, su jefe, Stresemann, es el inamovible ministro de Asuntos Exteriores desde 1923. Nuevamente se constituye un

[11] Sin embargo, es un hecho probado que en aquel tiempo el Komintern recomendó la retirada de Thaelmann para la segunda vuelta. Los dirigentes comunistas alemanes fueron censurados por esta «indisciplina».

gobierno dirigido por un socialista, presidido por Hermann Müller; se apoya sobre una mayoría de 301 votos (teóricamente) en el Reichstag (el total era de 491). Sin embargo, fue el último gobierno parlamentario de la República de Weimar: dieciocho meses después de estas elecciones estalló la crisis económica.

c) *La Reichswehr y la República.*

La Reichswehr no fue precisamente quien menos se aprovechó del levantamiento de la República. Durante este período más apacible, tuvo menos ocasiones de ejercer un papel político, pero sobre todo a partir del momento en que fue elegido Hindenburg, fue objeto de una particular solicitud por parte de los poderes públicos.

En el plano político continúa siendo, un poco como el ejército francés después de la derrota del 1871, el refugio de todos los adversarios del régimen. La Reichswehr, como el ejército de los inicios de la tercera República francesa, no sirve a la República, sino al Estado. Como tal, en el Estado Mayor sobre todo, se ve como la continuadora directa de la gran tradición militar prusiana. Para modernizarse, para eludir las disposiciones impuestas por los aliados, no dudó en pactar acuerdos secretos con el ejército rojo, a pesar del antibolchevismo militante del que era el foco.

La nueva Reichswehr es en primer lugar la obra del general Von Seeckt, quien la dirigió con una autoridad indiscutible e indiscutida desde 1920 hasta el 8 de octubre de 1926 (Von Seeckt tuvo que retirarse a consecuencia de un pequeño escándalo: autorizó al primogénito del Kronprinz a participar en una maniobra militar). Seeckt podía serlo todo menos republicano. Dos veces se negó categóricamente a hacer intervenir el ejército, del que era jefe, contra los elementos de este mismo ejército amotinados contra el régimen (cuando el *putsch* Kapp, cuando el *putsch* de Hitler y la tensión entre el Reich y Baviera), su *leit-motiv* fue el célebre *«Reichswehr schiesst nicht auf Reichswehr»*.

Pero Seeckt supo también hacer del nuevo ejército alemán una moderna herramienta. Hitler, después de su ascensión al poder, no tuvo más que continuar la obra emprendida. El desarme de Alemania no fue más que una ficción. Ficción que fue cuidadosamente mantenida todo el tiempo que la comisión aliada permaneció en Alemania, y que se levantó a partir del momento en que se fueron los aliados (1927). A principios de 1928, el inamovible ministro de Defensa, Gessler, comprometido por el *crack* de una sociedad de filmes propiedad del ejército, tiene a su vez que retirarse. Hindenburg impuso entonces a su antiguo adjunto de 1918: el general Groener.

El presupuesto de la Reichswehr fue aumentando constantemente. Se duplicó de 1924 a 1928 y, encima, los gastos contabilizados no correspondían más que al cincuenta por ciento de las sumas que se gastaron realmente. Para eludir las prohibiciones resultantes del Trado de Versalles, Alemania instaló fábricas en el extranjero (Suecia, España, la URSS).

El ejército vio favorablemente algunas de las agrupaciones paramilitares montadas por antiguos combatientes o por partidos políticos. Si el Roterkaempferbund comunista fue clausurado el 3 de mayo de 1929, después de la manifestación del 1 de mayo, el ejército en cambio anima al Stahlhelm (ligado a los nacionalalemanes) que cuenta con más de 400.000 miembros, igual que los S.A. de Hitler. En cuanto al Reichsbanner de la S.P.D., se propuso como objetivo la defensa de la República.

II. La «gran política exterior» de la República de Weimar (1924-1929): La era Stresemann

El período de estabilización de la República fue también el período Stresemann, ya que fue un período denominado por el ministro de Asuntos Exteriores, que intentó y consiguió parcialmente devolver a Alemania su lugar en la escena diplomática.

Frecuentemente se ha querido presentar a Stresemann como un pacifista, como el precursor —junto con Briand— de la

idea europea. Estos últimos años las ideas se han aclarado un tanto en este sentido. Parece que se ha llegado a comprender mejor cuál era el gran «designio» de Stresemann. En primer lugar, es preciso recordar que Stresemann, en efecto, no provenía en modo alguno de la izquierda. Bajo el imperio está en el Reichstag con el partido nacional liberal. Durante la guerra mostró tendencias anexionistas. No votó la resolución de paz del Reichstag de julio de 1917. Tampoco votó ni por el Tratado de Versalles ni por la Constitución de Weimar. Si bien rehusó la fusión con los nacionalalemanes a causa de la virulencia antirrepublicana de este partido, tampoco tomó una postura demasiado clara contra el *putsch* Kapp. Los populistas estuvieron en la oposición de 1921 a 1923. Tras la entrada de Stresemann en la cancillería, participaron continuamente en el gobierno hasta 1930, ya que Stresemann fue ministro de Asuntos Exteriores hasta el momento de su muerte (3 de octubre de 1929). Pero aunque fue la personalidad más conocida de su partido, tuvo siempre grandes dificultades para conseguir imponerse.

En realidad, Stresemann, que poco a poco se había ido ligando a la República, a medida que ésta se volvía más y más burguesa y conservadora (los grandes años fueron sobre todo años de coalición burguesa), hizo *en primer lugar* todo lo posible para librar a Alemania de la impedimenta política, e incluso de la militar, que le imponía el Tratado de Versalles. Que por este motivo se viera obligado a jugar la carta pacifista y sobre todo europeísta (coronada con el premio Nobel, que obtuvo junto con Briand en 1927), no cambia para nada el enunciado del problema. Juzgó que en la Europa maltrecha de la posguerra ésta era la carta que había que jugar, y los acontecimientos le dieron parcialmente la razón.

a) *Del plan Dawes a Locarno.*

En el momento en que se estableció el plan Dawes (abril de 1924), Poincaré dirigía una política de aplicación estricta del Tratado de Versalles, a pesar del desacuerdo con los ingleses y la desaprobación americana. Pero en las elecciones francesas

del 11 de mayo de 1924 triunfó la coalición de izquierdas: Poincaré abandonó el gobierno siendo sustituido por Herriot. Cuando, en julio de 1926, Poincaré se reincorporó al gobierno para formar un gabinete de unión nacional, se vio obligado a mantener a Briand en el ministerio de Asuntos Exteriores y continuar con la política exterior de distensión de la coalición de izquierdas.

El principal obstáculo a la política activa de Alemania parecía, pues, superado. Gran Bretaña, al contrario, bajo el impulso del embajador en Berlín (D'Avernon) lleva a cabo una política calificada en aquellos momentos de «germanófila».

Desde el término de la resistencia pasiva (septiembre de 1923) las relaciones franco-alemanas habían ido mejorando progresivamente. La industria alemana fue la primera en querer terminar con un ostracismo que le estaba costando demasiado caro. Se firmó un acuerdo con la «Misión interaliada de control de fábricas y de minas» (MICUM) que prevenía las nuevas entregas de carbón y de materiales diversos. Este acuerdo funcionó correctamente hasta el momento en que entró en vigor el plan Dawes y favoreció el que se reemprendieran las relaciones en un plano más relajado.

Desde la conferencia de Londres (agosto de 1924), los primeros cambios de impresiones indican que la época del Diktat parece superada. Stresemann mantuvo un aparte con Herriot y obtuvo de él un acuerdo de principio sobre la retirada de las tropas francesas de la cuenca del Ruhr. La retirada debía llevarse a cabo en un plazo máximo de un año, y Dortmund, simbólicamente, debía ser evacuada inmediatamente.

Efectivamente, la cuenca del Ruhr empezó a ser evacuada a partir del 14 de julio de 1925.

Mientras, el 10 de octubre de 1924, los 800 millones de marcos oro suscritos en beneficio de Alemania son liberados por obra del plan Dawes. La atmósfera se distendía cada vez más.

Una nube en el panorama: el 15 de enero de 1925, habiendo quedado claro en la conferencia de los embajadores que el desarme de Alemania no había progresado lo suficiente, se anuncia que la zona de Colonia no estará liberada el 10 de

enero. Grande fue la emoción que esta decisión provocó en Alemania: sobre todo fue una decepción para Stresemann. Pero, indirectamente, esta medida fue a desembocar en los acuerdos de Locarno, como consecuencia de una maniobra diplomática emprendida por Stresemann con este fin.

El 9 de febrero de 1925, el gobierno alemán dirigió un memorándum a los aliados proponiendo la conclusión de un acuerdo que, además de garantizar las actuales fronteras de Francia y Alemania, previera un sistema que permitiere un arreglo pacífico de las eventuales diferencias. Naturalmente, este texto estaba inspirado en el reciente protocolo de Ginebra —en el marco de la S.D.N.— sobre la solución pacífica de las diferencias. Briand y Austen Chamberlain expresaron inmediatamente su aprobación por la idea. Mientras, el ambiente está cada vez menos tenso: la cuenca del Ruhr terminó de evacuarse a finales de agosto de 1925.

De hecho, la iniciativa que tomó Alemania en febrero de 1925 se llevó a cabo plenamente de acuerdo con los ingleses. Por otra parte, el acuerdo propuesto no garantizaba más que el *statu quo* de las fronteras occidentales de Alemania. Es sabido hasta qué punto los alemanes consideraron una injusticia contra ellos el nuevo trazado de su frontera oriental. En este punto, las proposiciones de febrero se limitaban a remitirse implícitamente a una solución pacífica. Tras numerosos preparativos se llegó a convocar una conferencia en la localidad de Locarno (que reunió a Alemania, Gran Bretaña, Italia, Francia, Bélgica, Polonia y Checoslovaquia), que desembocó en la firma de un acuerdo general, el 16 de octubre de 1925.

Por otra parte, para dar continuidad a la política de Rapallo pero sobre todo para calmar las aprensiones de los soviéticos, Chicherin fue recibido en Berlín la víspera de la partida de Stresemann hacia Locarno: se firmó un acuerdo comercial. Finalmente, había de firmarse un tratado con la URSS, en Berlín, el 24 de abril de 1926. Este tratado, destinado a constituir Rapallo, da fe de la coherencia de la política exterior de Alemania, incluso si, en el fondo, a partir de esta época, un «viraje» occidental queda netamente definido.

b) *De la entrada en la S.D.N. al plan Young.*

Locarno no era más que una etapa, pero una etapa importante, indispensable en el camino para alcanzar la plena igualdad de Alemania con las demás potencias europeas y mundiales.

A partir de 1926 se superó una nueva etapa en este sentido: la entrada de Alemania en la Sociedad de Naciones, de la que había sido mantenida al margen desde que fuera creada. Esta entrada, además, se hizo por la puerta grande: Alemania, potencia de primera magnitud, no podía entrar en la S.D.N. más que como miembro permanente del consejo. Esta misma exigencia impidió el acceso inmediato en marzo de 1926 de Alemania. Efectivamente, algunos Estados, entre ellos Brasil, exigieron que les fuera concedido al mismo tiempo que a Alemania la categoría de miembros permanentes del consejo. Estalló entonces una pequeña crisis que había de durar hasta el mes de septiembre de aquel mismo año. Alemania fue entonces admitida sin ninguna dificultad y fue inmediatamente miembro permanente del consejo.

La ceremonia de la admisión de Alemania fue un auténtico triunfo para el «tándem» Briand-Stresemann. Los patéticos discursos pronunciados llevaban la marca de la época, de las esperanzas de paz, pero también y sobre todo de los malentendidos. Como se convirtió en un malentendido la célebre entrevista de Thoiry, cerca de Ginebra, el 17 de septiembre de 1926. Briand y Stresemann, en una tarde, pasaron revista a todos los problemas pendientes entre los dos países. Un plan grandioso fue elaborado: ¡a cambio de una ayuda financiera a Francia (que pasaba entonces por una grave crisis financiera que había conducido otra vez a Poincaré al gobierno unos meses antes), ésta se comprometía a evacuar todos los territorios que aún ocupaba en Alemania! A través de esta proposición se ve muy claro hasta qué punto la situación económica de Alemania había mejorado en los tres últimos años. El comunicado que hablaba de una «solución conjunta» de los problemas causó sensación. Era evidente, pues, que Thoiry no era más que un malentendi-

do, aún más, un *quid pro quo*. Briand, sobre todo, había actuado por cuenta propia. Stresemann, que veía ya la supresión del artículo 231 del Tratado de Versalles —supresión que le tenía obsesionado—, pronto comprendió el error. Poco tiempo después la situación financiera de Francia estaba restablecida y no quedaba nada del demasiado célebre almuerzo de Thoiry.

A pesar de todo, el año 1926 se terminó apoteósicamente, ya que el 10 de diciembre de 1926 fue concedido el premio Nobel de la paz a Briand y a Stresemann conjuntamente.

Sin embargo, después de estos triunfos, después de Locarno en 1925, ya no hubo más evolución. El problema de las reparaciones no estaba solucionado (el plan Dawes tenía el grave defecto de no indicar el número de anualidades a pagar por Alemania); consecuentemente, Alemania seguía ocupada. Este era un problema auténticamente grave: para los aliados, sobre todo para Francia, el problema de las reparaciones y el de la ocupación eran dos cosas íntimamente ligadas. Los alemanes se rebelaban vigorosamente contra esto, porque demostraba, a buen seguro, la supervivencia del espíritu de Versalles.

El pacto Briand-Kellog (agosto de 1928, en el cual Alemania también participa), que ponía «la guerra fuera de la ley», permitió un encuentro entre Poincaré y Stresemann, dos hombres que simbolizaban dos políticas contradictorias. La conversación no aportó ningún elemento nuevo.

En 1928, sería Alemania la que, por boca del canciller Müller, solicitó la revisión del plan Dawes. Alemania pidió también la evacuación de todas las tropas (quedaban aún 60.000 hombres). Por otra parte, el agente del pago de las reparaciones, Parker Gilbert, muy ligado a los medios financieros americanos, solicitó también una revisión del plan Dawes.

Una comisión de expertos, presididos por un americano, Young, instala su sede en París de febrero a junio de 1929. Alemania está representada en este comité (lo que no sucedió cuando el establecimiento del plan Dawes) por Schacht. Tras muy ásperas discusiones, se llegó a un acuerdo sobre la base de 52 anualidades. Los ingresos debían hacerse por mediación del banco de liquidaciones internacionales, creado para este fin.

El plan fue firmado el 7 de junio de 1929, y complementado por una serie de acuerdos que se firmaron en La Haya. Francia se comprometió a evacuar rápidamente las tropas: el 30 de junio ya estaba hecho. La única obligación que se mantuvo después de esto fue la de mantener desmilitarizada la orilla izquierda del Rhin.

Indiscutiblemente, el plan Young representa un gran éxito para la política de Stresemann. La postura de Alemania, en 1929, quedó considerablemente reforzada. Sin embargo, en Alemania el plan Young fue combatido por la extrema derecha, que intentó provocar un referéndum al respecto.

Stresemann murió el 3 de octubre de 1929. Una nueva era se abría: se había producido el crack de Wall-Street y el gobierno de gran coalición presidido por Hermann Müller caía el 27 de marzo de 1930. Esta nueva crisis debía ser la última; en menos de tres años condujo a Hitler a la cancillería.

CAPÍTULO IV

LA PERMANENCIA DE LA CONTESTACION IDEOLOGICA Y CULTURAL

Sea cual sea la época de la República de Weimar en que nos situemos, la contestación es siempre igualmente profunda en las ideologías, y, de forma más general, en los medios intelectuales, *tanto de derechas como de izquierdas.* La República nunca llegó a ser aceptada, bajo ninguna de las formas que tomó de 1919 a 1933, en estos ambientes; al contrario, nunca dejó de ser impugnada y sometida desde cualquier sector político a una crítica constante y fundamental.

Sin embargo, hay que reconocer que de esta crítica permanente, en los círculos políticos, culturales y artísticos, surgió una vida cultural de una riqueza excepcional. Tanto en el teatro como en el cine, la pintura, la arquitectura y la literatura, los años veinte fueron años de oro *(die goldenen zwanziger).* Las ideas en ebullición fueron de una riqueca y de una diversidad no comparables a ningún otro país en la misma época.

I. La crítica ideológica de derechas o la extensión del pensamiento antidemocrático

A partir de 1919 se constituyeron cierto número de círculos

políticos, frecuentemente agrupados en derredor de un escritor (por ejemplo, Stefan George, cuyo grupo adoptó el emblema de la cruz gamada, sin por ello estar ideológicamente cerca de los nazis), o de una revista (por ejemplo el grupo de la «Tat»). No se trata, en este capítulo, de estudiar de modo exhaustivo todos estos grupos, cuyo número fue muy elevado. Nos contentaremos con analizar sólo algunos, entre los más importantes[12].

Ante todo, es conveniente recordar que, de forma general, si hubo *un medio* particularmente hostil a la República y a la idea democrática, fue, de 1918 a 1933, el universitario. Ante todo, el cuerpo de profesores, pero también los estudiantes. El profesorado fue siempre un foco de reaccionarios, que se caracterizaba por un antisemitismo muy pronunciado (incluso durante la República, una cátedra era difícil de obtener para un judío), y que se mantenía ligado a los valores más tradicionales de la Alemania imperial.

El mundo de los estudiantes no iba a la zaga del de los profesores. En 1918, Noske reclutó a gran parte de sus cuerpos voluntarios entre los estudiantes. Los Burschenschaften seguían siendo focos de la reacción. A partir de 1926, Baldur von Schirach creó la Unión de Estudiantes Nacionalsocialistas, que obtuvo constantes éxitos en las elecciones estudiantiles.

a) *El nacionalbolchevismo.*

Este movimiento fue profundamente característico de una época marcada por la Revolución bolchevique e intentaba conciliar las viejas tradiciones nacionalistas con la revolución obrera.

De hecho, no se trataba de un partido formalmente constituido, sino de grupos de intelectuales, de hombres políticos, centrados alrededor de ciertas publicaciones. Estos *Linke Leute von Rechts* (los hombres de izquierdas de la derecha), como les

---

[12] Un buen panorama del conjunto sobre dicha cuestión lo ofrece la obra del profesor Kurt SONTHEIMER, *Antidemokratisches Denken in der Weimarer Republik,* Munich, 1962.

llamó un periodista en aquel tiempo, ciertamente no contribuyeron a cambiar el curso de los acontecimientos, pero estaban profundamente arraigados en su época[13].

El concepto de nacionalbolchevismo, designa, de hecho, a una serie de elementos dispares que no tenían en común más que una cierta atracción por el bolchevismo soviético. Por otra parte, el origen de los principales seguidores de esta tendencia muestra perfectamente el carácter ambiguo del nacionalbolchevismo. Unos procedían de la extrema izquierda, los otros, en cambio, de la extrema derecha. Sin embargo, no habría nada tan falacioso como hacer ver elementos de convergencia entre lo que podríamos llamar, por ejemplo, el ala «nacionalista» de los comunistas y el ala izquierdizante de la derecha nacionalista. Ciertamente, es posible, en un plano intelectual, ver un acercamiento, sobre todo en los años 1931-1932, cuando el partido comunista acentuó la vertiente nacional *(cf.* programa electoral de 1930, «por la liberación *nacional* y social de Alemania»). Fue precisamente en esta época cuando uno de los hermanos Strasser, Otto, que había ya roto con Hitler, creó la Schwarze Front. No obstante, es patente que había diferencias irreductibles entre estas dos tendencias. No se trata solamente de la importancia que cada uno de los dos bandos pusiera respectivamente en el nacionalismo o en el socialismo: lo que estaba en causa era toda una *Weltanschauung,* que ponía un abismo infranqueable entre las dos tendencias.

Uno de los representantes del nacionalbolchevismo, Ernst Niekisch, desempeñó un papel primordial en la revolución de Baviera. Igualmente, las tendencias del comunismo «nacional», sobre todo en Hamburgo, desempeñaron un papel importante en los primeros años.

Como ésta, se hicieron numerosas tentativas de aproximación entre los dos bandos. Las columnas de los periódicos se

---

[13] Muy buen estudio por Otto Ernst SCHÜDDEKOPF, *Linke Leute von Rechts,* Stuttgart, 1960, que puede complementarse con un ensayo consagrado al nacionalbolchevismo realizado por uno de los antiguos y prestigiosos líderes de este movimiento: Karl O. Paetel, *Versuchung oder Chance,* Gotinga, año 1965.

vieron invadidas por las polémicas, pero los resultados no fueron nunca apreciables. No había más que un punto en el que se estaba de acuerdo: la hostilidad al régimen de Weimar.

b) *Los nuevos nacionalismos.*

Ciertas agrupaciones nacionalistas existían antes de Weimar. La más conocida entre éstas era la Alldeutscher Verband (liga pangermanizante). Pero después de 1919 varios grupos nuevos hicieron su aparición, expresando una nueva forma de nacionalismo, a veces incluso con pretensiones intelectuales, a veces simples grupos de reivindicación expansionista y racista *(völkische Bünde)*. Estos grupos fueron muy numerosos y muy diversificados, implantados a todo lo largo de Alemania. En cada pequeña ciudad coexistían las secciones de diversos y numerosos grupos «patrióticos». La influencia de estos grupos en la vida local fue siempre considerable; los notables están siempre muy bien representados en ellos, tanto, que muy frecuentemente la vida política local se desarrolla alrededor de estos grupos. En la izquierda, sólo la S.P.D. consiguió implantarse suficientemente para actuar eventualmente como contrapeso. En efecto, los comunistas no estaban arraigados más que en las regiones industriales, y casi exclusivamente en los centros urbanos.

Frecuentemente, estos grupos patrióticos estaban más o menos ligados a los nacionalalemanes. Hasta 1929, los nazis no consiguieron reemplazar a los nacionalalemanes; pero existe una gran diferencia entre el reclutamiento, la propaganda y todas las demás actividades nazis y las de las antiguas agrupaciones nacionalistas: los nazis pusieron el acento en las masas. Ya no se trataba de agrupaciones de «cuadros»[14].

Sin embargo, a partir de 1919, en ciertos ambientes se desa-

[14] *Cf.*, a este respecto, los desarrollos de Arthur ROSENBERG (no confundir con el ideólogo nazi) en *Faschismus und Kapitalismus (Theorien über die sozialen Ursprünge und die Funktion les Faschismus)* por O. BAUER, H. MARCUSE y A. ROSENBERG, Francfort-Viena, 1967 (fundamentalmente las páginas 74 a 141: «Der Faschismus als Massenbewegung»).

rrolló un nuevo nacionalismo que, incluso después de las primeras victorias del nazismo, se mantuvo al margen de éste.

Es el caso de hombres como Oswald Spengler o Moeller van den Bruck, que desarrollaban sus ideas antidemocráticas y antiparlamentarias. En 1923 apareció la primera edición del libro de Moeller van den Bruck, *El Tercer Reich.* Alrededor de este autor se creó un grupo que se lamaría Juniklub.

Los movimientos llevaban nombres evocadores, como el de la «revolución conservadora», cuya cabeza visible era Moeller van den Bruck, quien insistía sobre lo que le separaba del nacionalismo clásico. Esta revolución conservadora, que tuvo su apogeo de 1928 a 1930, poco después de los gobiernos ultraburgueses de la República, se presentó como un movimiento contrarrevolucionario.

Ernst Jünger animaba a un grupo de «nacionalistas revolucionarios». La inclinación por la violencia es más acusada. La experiencia de la guerra había marcado profundamente a esta generación. Algunos de ellos habían participado en los cuerpos voluntarios o incluso en los asesinatos políticos, como el escritor Ernst von Salomon, que fue uno de los asesinos de Rathenau.

El Jungdeutscher Orden (orden joven-alemana) representa, alrededor del «gran maestro» Arthur Mahraun, una experiencia aún más original. Si bien hace suyos todos los temas de la derecha, exaltación de la comunidad nacional, etc., contiene también un gran odio hacia la plutocracia y el capitalismo. La orden tenía una base místico-religiosa, aunque con miras mucho más concretas con respecto a la política interior. Se pudo hablar de una «revolución del centro». La agrupación contaba con más de 40.000 miembros, pero tenía una audiencia mucho más amplia. En 1930, cuando el peligro nazi empezaba a precisarse poco antes de las elecciones del 14 de septiembre, intentó sumergirse en la política activa. Se fusionó con el partido demócrata, que estaba en plena descomposición en aquellos momentos, para fundar el Straatpartei. Se trataba de salvar el régimen para renovarlo después desde dentro. En este sentido, en el movimiento general de radicalización, se puede afirmar que

se trataba de una radicalización del centro. Fue un fracaso, sobre todo con respecto a un problema particularmente removido en Alemania a partir de la subida de Hitler: el antisemitismo. El Jungdo no era sistemáticamente antisemita, pero estaba constreñido por su clientela. Por otra parte, el partido demócrata era tradicionalmente el partido de la burguesía judía. Poco después de las elecciones, que fueron un fracaso, se produjo la ruptura.

II. Una crítica ideológica de izquierdas: La «Weltbühne»

Una tentativa interesante la constituyó el movimiento que surgió alrededor de una revista semanal: la «Weltbühne»[15]. A un nivel político puro, la «Weltbühne» no representaba una fuerza considerable, pero su alcance, la calidad y el nivel de la revista atrajeron y agruparon a su alrededor a una *élite* intelectual de primera categoría.

La «Weltbühne», creada y dirigida hasta su muerte (1926) por Siegfried Jacobsohn, apareció por primera vez en 1905, con el nombre de «Schaubühne». Entonces no se ocupaba más que de crítica teatral[16], pero en 1914 empezó a interesarse por la vida política. En 1918 cambió de nombre y se convirtió en la «Weltbühne».

La «Weltbühne» puede considerarse como la revista de los intelectuales de izquierdas durante la República de Weimar. Con un alto nivel cultural, literario y artístico, no cesó de denunciar los peligros que corría la República. Hostil al rearme, tuvo incluso, hacia el final, serios problemas con los gobiernos de derechas de Brüning, Von Papen y Schleicher. Después de un gran proceso, su director, Carl v. Ossietzky, fue condenado y encarcelado por atentar contra la seguridad del Estado. Más tarde, Hitler volvió a encarcelarlo. Obtuvo el premio Nobel de

---

[15] Sobre la *Weltbühne, cf.* la obra de Alf Enseling, *Die Weltbühne, Organ der Intellecktuellen Linken,* Münster, 1962.

[16] Es importante recordar que el teatro siempre ha ocupado en Alemania un lugar importante, sobre todo en el plano político.

la paz y no pudo asistir a la ceremonia de entrega. Murió poco tiempo después, minado por los años de cárcel y de campo de concentración.

Ante todo, la «Weltbühne» era pacifista y hostil al nacionalismo militarista tradicional. Las ironías del más célebre de los periodistas de la revista, Tucholsky, eran de una dureza inigualable y son célebres aún hoy[17].

A partir de 1930, la «Weltbühne» se fue haciendo más y más crítica con respecto a los comunistas, de quienes denuncia el dogmatismo. Incluso condenaba a la Unión Soviética.

La influencia de la «Weltbühne» desbordó ampliamente el círculo de sus lectores (tiraje, 13.000). Fue una de las revistas más leídas en un determinado ambiente intelectual; fue también uno de los blancos favoritos de los nacionalistas, que denunciaban el carácter cosmopolita y judaizante de la revista.

III. La expansión cultural y la contestación de la sociedad moderna

La vida intelectual de la República de Weimar fue de una riqueza excepcional. En muchos aspectos, Weimar realizó una auténtica vanguardia.

a) *El cine.*

Ciertamente, el cine es lo más conocido entre las producciones artísticas de la época. Este cine está caracterizado por el expresionismo, pero este expresionismo hay que relacionarlo con la época. El expresionismo en el cine surgió durante el período anárquico de la República, entre 1919 y 1923[18]. La

---

[17] *Cf.* TUCHOLSKY, *Deutschland, Deutschland über alles,* 1929, reedición fotomecánica Rowohlt Verlag, 1964. *Ausgawählte Werke,* 2 tomos, Rowohlt, año 1965.

[18] Sin embargo, hubo ya antes de la guerra algunos filmes que anunciaban el expresionismo, sobre todo *El Estudiante de Praga,* de Stellan RYE (1913), *El Golem,* de P. Wegener y H. Galeen (1914). Para una buena visión del conjunto del cine alemán de la época de Weimar, *cf.* Lotte H. EISNER, *l'Écran démoniaque* (Eric Losfeld), 1965.

primera película expresionista importante fue *El Gabinete del doctor Caligari*, de Robert Wiene (1919). En medio del desastre por el que Alemania acababa de pasar, entre el desfondamiento de los valores seculares, Wiene sumerge al espectador en un cine que linda con el cine de horror, confluyendo con ello con la antigua tradición de las leyendas alemanas. Por otra parte, el horror constituye una de las tendencias de este cine, con obras del tipo de *Nosferatu*, de Murnau (1922) y *El doctor Mabuse,* de Fritz Lang (1922).

Este cine expresa del modo más profundo la confusión del individuo, sobre todo en esta época, 1923, en la que toda la sociedad parecía desmoronarse. Paralelamente se desarrolló la técnica del manejo de las masas, cuya relación con la época es evidente. Esta técnica va emparejada con la puesta en causa del maquinismo: *Metropolis,* de Fritz Lang (1926), es absolutamente característica de ello.

Se puede afirmar que el cine alcanzó una determinada forma de perfección, pero la introducción del sonoro transformó completamente el carácter de esta escuela. Todavía se realizaron algunas obras maestras y luego llegó el fin, coincidiendo, por otra parte, con el advenimiento de Hitler. Sin embargo, algunas de estas películas son típicas: *El Angel Azul,* de Joseph v. Sternberg (1930), inspirada en una novela de Heinrich Mann *(Profesor Unrat),* igual que la película que Pabst sacó de *La ópera de cuatro reales (Dreigroschenoper). El Señor Maldito,* de Fritz Lang (1931), es una obra maestra en su género, que traduce admirablemente el clima de terror, de angustia, de suspicacias en que vivía Alemania desde el principio de la crisis. En la misma línea encontramos también *Mädchen in Uniform,* de L. Sagan (1931).

b) *El teatro.*

Desde siempre, el teatro ha tenido un papel importante en la vida intelectual, social y política alemana.

Antes de la guerra de 1914-1918, el teatro alemán había sido profundamente renovado por Strindberg e Ibsen. De in-

temporal, el teatro pasó a insertarse cada vez más en la vida cotidiana. Pero después de la guerra el teatro se orientó en dos direcciones bastante distintas entre sí: por una parte, el expresionismo; por otra, el teatro puramente político. Sin embargo, una primera revolución conquistó a ambas tendencias: la de la *mise en scène*. Junto a Max Reinhardt, que domina el teatro de antes y después de la guerra, sólo Piscator y su teatro popular pusieron en duda los cánones de Reinhardt.

El teatro expresionista estaba dominado por dos autores: Georg Kaiser y Fritz von Unruh. La marca de Strindberg se encuentra fundamentalmente en ellos. La obra de Kaiser *El mundo estaba loco (Die Welt war verrückt)*, se expresa en una serie de dramas, de los que el más conocido es *Gas*. *Gas* está enteramente dominado por las fábricas y la servidumbre del hombre.

En la obra de Fritz von Unruh, es la guerra lo que está en el trasfondo. El antiguo oficial denuncia la guerra y la autoridad; empezó muy pronto a llamar la atención sobre el renaciente nacionalismo.

La segunda dirección del teatro es la vía política. Esto constituyó una auténtica novedad, casi una revolución. El teatro comprometido no era desconocido, pero el teatro única y exclusivamente político constituía una auténtica revolución. Los nombres que dominaron esta tendencia en esta época fueron Ernst Toller (autor), Erwin Piscator *(metteur en scène)* y Bertolt Brecht.

Erwin Piscator fue el verdadero teórico del teatro político[19]. Se introdujeron grandes innovaciones, en la elección de los temas (revolucionarios) y en la técnica (proyección de cintas de actualidad para poner la sala en condiciones). La participación de la sala se convirtió en uno de los principales objetivos de este teatro proletario. Uno de los mayores éxitos lo constituyó la obra de Ernst Toller *Hop la wir leben!*, montada por Piscator[20].

---

[19] *Cf. Le Théatre politique*, Erwin PISCATOR, L'Arche, 1962.
[20] Editada por Éditeurs Français Réunis, 1966. Esta obra no se estrenó en Francia hasta 1966 (por el teatro Gérard Philippe de Saint-Denis).

Ernst Toller era doblemente conocido en Alemania, por su obra teatral por una parte (sobre todo *Masse Mensch* en 1920 y *Die Maschinenstürmer* en 1922), pero también, por otra parte, por su compromiso político, fundamentalmente en la República de los consejos de Baviera. Esta actividad política le había costado cinco años de cárcel[21].

Su obra *Hop la wir leben!* fue uno de los mayores éxitos teatrales de la época.

Es el momento en que Brecht comenzó sus grandes obras, cuya cúspide —en aquella época— fue el famoso *Dreigroschenoper* (1928). Luego fue *Mahagonny* (1929), y *Die heilige Johanna der Schlachthöfe* (1930), que trata de la situación de los obreros de los mataderos de Chicago.

c) *La arquitectura*[22].

Weimar vio el nacimiento de la arquitectura moderna. El movimiento más característico fue el Bauhaus, *aunque no estuvo exclusivamente* consagrado a la arquitectura.

El primer iniciador fue Henry van de Velde. Antes de 1914 era director en Weimar de dos escuelas, la Kunstgewerbeschule y la Hochschule für bildende Kunst. Se le miraba como a uno de los pioneros del «funcionalismo», intentando hacer aparecer el proceso de fabricación en la arquitectura y rechazando la ornamentación.

Después de la guerra, en 1919, y por consejo de Van de Velde, Gropius fue nombrado director de las dos escuelas con plenos poderes. Reunió las dos escuelas en una sola, para señalar que arte y técnica deben enseñarse simultáneamente. A par-

[21] Es provechosa la lectura de los recuerdos de Ernst TOLLER sobre este período, *Eine Jugend in Deutschland,* Roro Taschenbuch 583, 1963.

[22] Remitirse a las obras siguientes: Hans Maria WINGLER, *Das Bauhaus,* 1919-1933 (Weimar, Dessau, Berlín), Colonia, 1962. Se trata de una recopilación de documentos, de extractos de lecciones profesadas en el Bauhaus y de reproducciones. Walter GROPIUS, *Idee und Aufbaudes Staatlichen Bauhauses,* Weimar y Munich, 1923. *Neue Arbeiten der Bauhaus-werkstaetten,* Weimar, año 1925. Herbert Bayer, Walter Gropius e Ise Gropius, Bauhaus, 1919-1928, N. Y. 1938, Stuttgart, 1955.

tir de aquel momento la escuela se llamó Das Staaliche Bauhaus Weimar. Se enseñaban en ella las técnicas del arte, pero también se creaban prototipos para la producción en serie (estética industrial).

La escuela fue criticada en Weimar por «socialista». No era cierto, por lo menos en el sentido político. Pero es cierto que la idea de que el arte no es el resultado de los trabajos de un genio aislado, inspirado y que trabaja para una *élite,* o la idea de que no existe una esencia de lo bello, podían molestar a la burguesía de la época, influida por la estética de Ruskin.

El Bauhaus fue cerrado por los nazis en 1933.

El programa del Bauhaus comprendía dos tipos de enseñanzas para cada materia: *Werklehre* (técnicas, materiales, etc.) y *Formlehre* (dibujo, estética...).

Los profesores más célebres fueron Johannes Itten, Paul Klee, Wassily Kandinsky, Moholy-Nagy. Klee y Kandinsky realizaron investigaciones teóricas durante su estancia en el Bauhaus. La mayor parte de los escritos de Klee datan de aquella época.

Capítulo V

VUELTA PROGRESIVA AL CAOS Y MUERTE DE LA REPUBLICA DE WEIMAR

No es posible hacer de la gran crisis económica, que empezó con el *crack* de Wall Street, la causa única y exclusiva de la rápida subida de Hitler y de su ascensión «legal» al poder, menos de cinco años después de unas elecciones en que su movimiento no obtuvo más que un 2,7 por 100 de votos. Era evidentemente necesario que, tanto en el plano político como en el económico, la crisis encontrara en Alemania un terreno particularmente favorable. A estos dos niveles, efectivamente, la estabilidad y la prosperidad que marcaron los años 1924-1928 no fueron a fin de cuentas más que aparentes. Más exactamente, se puede decir que se trataba de una estabilidad y de una prosperidad «superficiales»; no se resolvió ninguno de los auténticos problemas que Alemania tenía planteados. *A posteriori,* podemos afirmar que estos años no fueron más que una pausa. A pesar de todos los esfuerzos que hicieron, los republicanos, de tendencias democrático-burguesas, quienes representaban *grosso modo* la ideología weimariana y que por lo tanto habían inspirado el nuevo régimen, no lograron imponerlo. Si, como afirma Th. Eschenburg, la democracia fue

«improvisada»[23] en 1919-20, hubiera sido preciso dedicar los años de respiro a asentar de un modo más sólido el régimen entre las masas. Un esfuerzo económico especial era necesario, como también lo hubiera sido asentar la economía sobre unas bases sanas. En lugar de esto, los hombres de Weimar prefirieron constantemente, mientras les fue posible, las soluciones que reputaban más fáciles.

Facilidad política, no vacilando en constituir gobiernos de coalición burguesa, totalmente desvinculados de las fuerzas vivas del país y que se apoyaban fundamentalmente, si no exclusivamente, sobre la gran burguesía capitalista, de la que algunos de los grandes hombres políticos de Weimar eran, casi oficialmente, los mandatarios[24]. Además, *facilidad económica:* la afluencia de capitales extranjeros permitió, sin lugar a dudas, un despegue económico veloz y espectacular, pero necesitado, por el propio hecho de su origen, de grandes inversiones, nutriéndose en el fondo de su propia sustancia.

Es así como, en realidad, la crisis que comenzó a nivel económico con el *crack* de Wall Street y a nivel político el 27 de marzo de 1930 con la caída del gabinete de amplia coalición del canciller Hermann Müller y que debía acarrear la muerte de la primera República alemana, se vislumbraba ya en 1928 y durante los primeros meses de 1929.

a) *Primeros síntomas de la crisis económica y social.*

Realmente, la prosperidad no duró más que un año apenas: 1927 (sin embargo, con algo más de 500.000 parados). A par-

[23] *Cf.* Th. ESCHENBURG, *Die imprivisierte Demokratie,* Piper München, año 1963.

[24] Es el caso de Stresemann, que incluso había sido uno de los dirigentes de los sindicatos patronales alemanes antes de 1914. También es el caso de Hugo Stinnes, de Alfred Hugenberg, etc. En cuanto a Hindenburg, después del «regalo» que le hicieron los terratenientes en 1926 (una gran finca en Prusia oriental) se convirtió, a partir de 1930, en su emisario casi oficial. Cinco días antes del nombramiento de Hitler como canciller, el Reichstag anunció la creación de una comisión de investigación sobre una gran estafa en la ayuda a la agricultura, de la que probablemente Hindenburg o sus amigos y vecinos se beneficiaron.

tir de 1928 se inicia una recesión, por otra parte no específica de Alemania solamente (sobre todo Australia, Bulgaria, Bolivia). Las finanzas del Estado, encontraron serias dificultades ya a finales de 1927. En el plano de los grandes municipios y en los Länder, la deuda tomó proporciones considerables.

La balanza de pagos del Reich no cesó de aumentar su déficit: 4 millares en 1925, 4,5 en 1927. La diferencia se obtuvo siempre mediante créditos exteriores, la mayor parte de éstos constituidos por capitales a corto plazo.

Un grave conflicto social sacudió a Alemania en octubre de 1928. Una petición de aumento de salarios provocó un *lock-out* para más de 200.000 obreros en la cuenca del Ruhr, a partir del 1 de noviembre de 1928. Este conflicto es característico de la nueva tendencia dominante entre el patronato alemán. En efecto, el patronato se negó a doblegarse ante la sentencia de arbitraje que juzgó como demasiado favorable para los sindicatos. Como es evidente, el patronato se organizó y no vacilaba ya ante las medidas de fuerza para imponer su política. Un segundo arbitraje, pronunciado esta vez por el ministro del Interior, Severing (S.P.D.), fue más favorable al patronato, que indudablemente consiguió con ello una gran victoria.

Simultáneamente, el paro aumentaba de forma regular. Cuando se votó la ley sobre ayuda a los parados (16 de julio de 1927), éstos no excedían en número de 800.000. El invierno 1928-29 fue muy riguroso: en abril de 1929, o sea, *seis meses antes de la crisis,* el número de parados ascendía a 2,3 millones.

b) *Radicalización de la vida política.*

A pesar de la aparente prosperidad, los partidos y algunas agrupaciones políticas, sobre todo los situados en las dos vertientes, realizaron una profunda transformación interna o cambiaron la dirección de su línea política en un sentido mucho más radical.

En la izquierda, a partir de 1928, el partido comunista adoptó la línea ultraizquierdizante que le fue propia en todas partes, incluso en el frente popular, en 1935-36. La consigna

provenía evidentemente del Komintern. Stalin inició su campaña contra los kulaks. Cualquier tipo de alianza con los socialdemócratas que severamente proscrita. Al contraario, a partir de aquel momento se actúa como si el adversario que hubiera que vencer fuese la S.P.D., que es «el escondrijo más seguro del fascismo». El episodio del 1 de mayo de 1929 es muy significativo; el partido comunista se empeñó en manifestarse, a pesar de la prohibición de realizar manifestaciones callejeras, sobre todo por su afán de distanciarse a toda costa de los socialistas; el enfrentamiento era previsible y, por otra parte, estaba previsto: costó 25 muertos. En una palabra, se trata de la táctica de clase contra clase, practicada simultáneamente en Francia con la misma rigidez y con idénticos resultados. Con la única diferencia de que en Francia, después del fracaso del ensayo de semejante táctica en Alemania, fue posible tomar nota de la lección muy rápidamente...

En la derecha, la radicalización tomó otras formas. En primer lugar, el partido nacional alemán, después de su derrota en las elecciones de mayo de 1928, fue el primer partido que intentó encontrar una nueva línea. Esta se tradujo con la elección como jefe del partido de Alfred Hugenberg, gran magnate de la prensa y del cine, de ideas monárquicas y reaccionarias muy acentuadas. De hecho, a penas un año después de su elección, Hugenberg concluyó un acuerdo táctico con Hitler para una gran campaña nacional (con petición de plebiscito) contra el plan Young. La vieja derecha alemana, que hasta entonces había tratado siempre a Hitler de plebeyo y demagogo, no vacilaba ya en aliarse con un agitador. Aunque el plebiscito fue un fracaso, ya que no llegó a reunir ni una cuarta parte de los sufragios precisos, sin embargo, enturbió considerablemente la atmósfera política.

El Stahlhelm sufrió también una profunda mutación. Creado en 1918 como una asociación de excombatientes, en un principio se acantonaron en este papel y nombraron a Hindenburg miembro de honor. En esta época, el Stahlhelm parecía más ligado a los populistas que a los nacionalalemanes. Rápidamente se convirtió en un organismo paramilitar que fue denunciado

reiteradamente por los aliados. A partir de 1926, se lanzó a la acción política. Cuenta entonces con más de 450.000 miembros, de los que la mitad estaba afiliada al Jungstahlhelm y constituía la vanguardia agresiva de la agrupación[25].

Pero sobre todo, fueron Hitler y el partido nacionalsocialista quienes empezaban a representar una fuerza con la que la derecha debería contar cada vez más. Después de su salida de la cárcel (1925), Hitler se dedicó a rehacer el partido sobre nuevas bases. Lo consiguió perfectamente. La progresión fue constante: de 25.000 miembros en 1925, en 1927 alcanzaba ya más de 70.000 (incluyendo a las S.A., fuerzas de choque, que contaban con 30.000 miembros). Esta cifra subió hasta 108.000 en 1928 y 178.000 en 1929. El partido nazi se convertía en un *partido de masas,* antes de 1930 (que representó su primer gran éxito electoral), incluso si estos éxitos eran aún débiles y su ideología dudosa desde el punto de vista popular. Efectivamente, en 1926, Hitler había conseguido ya marginar completamente los elementos socializantes, que se agrupaban alrededor de los hermanos Strasser[26]. En las elecciones de Turingia, en enero de 1930, los nazis tuvieron cierto éxito (11,5 por 100 de votos) y consiguieron también por primera vez un puesto de ministro en un Land. A partir de aquel momento fueron «ministrables». Durante los once meses que separaron el *crack* de Wall Street de las elecciones de septiembre de 1930, la agitación nazi fue en aumento, los adherentes afluyeron por decenas de miles. A finales del año 1930, los nazis se habían convertido en un peligro real para la República. Su importancia en el Reichstag les permitió bloquear toda constitución de mayoría. Incluso consiguieron tranquilizar la opinión de los industriales cuando Hitler, con ocasión de un proceso en el que estaban comprometidos tres oficiales nazis, declaró que su partido no tenía intenciones de tomar el poder por la fuerza, sino por la vía parlamentaria

---

[25] Un estudio sistemático del Stahlhelm ha sido realizado por V. R. BERGHAHN, *Der Stahlhelm-Bund der Frontsoldaten,* Düsseldorf, 1966.

[26] Sobre esta tendencia «socializante» del nazismo, *cf.* Reinhard KÜHNL: *Die nationalsozialistische Linke,* 1925-1930 (Marburger Abhandlungen zur politischen Wissenschaft), 1966.

legal (es el famoso juramento de respetar la legalidad del 25 de septiembre de 1930).

I. La tentativa Brüning (1930-1932)

a) *Significado de la experiencia Brüning.*

No solamente, como se dice en el vocabulario parlamentario, el gabinete de gran coalición de Hermann Müller estaba «gastado» después de dos años, si no que, sobre todo, no correspondía ya a ninguna realidad política, económica y sociológica. Los intereses de la burguesía industrial y capitalista y los de los sectores de obreros y empleados que representaba la S.P.D., si parecieron concordar durante un cierto período, tenían que divergir forzosamente a partir de la primera señal de alarma y más aún en el momento en que la crisis se abatió con toda su brutalidad sobre Alemania.

Desde finales de 1929, los sectores industriales alemanes, Hindenburg y la Reichswehr, se lanzaron a la búsqueda de un hombre que relevase a Hermann Müller y a la socialdemocracia, cuya permanencia en el poder en este período de crisis no era ya tolerable. En este momento fue cuando se iniciaron los pactos entre bastidores que terminaron por ser fatales a la República y que condujeron a Hitler al poder. Todo se desarrolló entre algunos hombres que gozaban de la confianza del ejército, de Hindenburg y sobre todo de la de los sectores de los grandes terratenientes y de la industria.

Fue entonces cuando surgió de la penumbra el general Von Schleicher. Toda su carrera se hizo en el Estado Mayor. Había asegurado funciones de ligazón entre la Reichswehr y el Reichstag, lo que le situaba en el centro de la vida política. Cuando Groener fue nombrado ministro de Defensa, en 1928, fue su hombre de confianza. Fue incluso jefe de la oficina ministerial de la Reichswehr. En las negociaciones previas que condujeron a la constitución del gabinete Brüning, desempeñó, junto con Groener, un papel de máxima importancia. Después,

su papel no dejó de acrecentarse hasta llegar a su propio nombramiento en la cancillería en noviembre de 1932.

Exteriormente, nada distinguía esencialmente al gabinete Brüning de los gobiernos que lo precedieron, sino un indiscutible giro a la derecha, pero que, a nivel parlamentario, no parecía ni tan sólo llegar a los nacionalalemanes. Incluso los principales cargos, exceptuando los que hasta entonces estuvieron en manos de la S.P.D., ni siquiera cambiaron de manos.

El propio Brüning no era, después de todo, más que el líder de la fracción del Zentrum en el Reichstag. Cierto es que, siendo ex oficial, seguía vinculado al ejército, y consideró la propuesta de Hinderburg de hacerse cargo de la cancillería, como una orden a la que «me es imposible sustraerme». De hecho parece ser que Brüning no era totalmente consciente del papel que se pretendía hacerle representar. Sin embargo, era perfectamente consciente del peligro que corría la República, tanto por la evidente ascensión de los nazis (que no pasaban de la docena en el Reichstag electo en 1928), como por la, según él, potencia comunista. Anunció, pues, sin ambages su decisión de disolver el Reichstag si no existía una mayoría capaz de sostenerle. Más exactamente, se trataba de no encontrar una mayoría para deponerle: el gobierno Brüning representa, en este sentido, una etapa intermedia en el camino que conducía hacia la eliminación del Reichstag. Se mantuvo durante dos años gracias a la neutralidad del Reichtag. No existe una mayoría que le sostenga, pero tampoco la hay contra él.

En los meses siguientes, Brüning precisó el sentido de su iniciativa: se trataba, a falta de una mayoría positiva en el Reichstag, de legiferar mediante ordenanzas presidenciales del artículo 48. Cierto, estas ordenanzas no se dirigen más que a los casos de disturbios de la seguridad pública, pero poco importa. Se estableció un programa de austeridad que fue decretado mediante una serie de ordenanzas de Hindenburg. Comenzaba la era de la Präsidialregierung[27]. Pero la Constitución preveía

[27] «Gobierno presidencial»: en el vocabulario jurídico alemán de la época se entendía por ello un gobierno que se apoyara en la confianza y en los poderes del presidente del Reich, al no poder apoyarse en el Reischstag.

que el Reichstag pudiese anular estas ordenanzas presidenciales, caso de desearlo. En otros términos, la Präsidialregierung no era posible más que si el Reichstag mostraba una benevolente neutralidad. En el mes de julio, el Reichstag anuló las ordenanzas financieras, tras haberse mostrado incapaz de votar ningún tipo de medidas, a falta de una mayoría. Brüning replicó inmediatamente con la disolución. Así desapareció el último Reichstag con mayoría republicano-demócrata de la República de Weimar. Es sintomático el hecho de que las nuevas elecciones fueron convocadas lo más tarde que permitía la Constitución (sesenta días).

La campaña electoral fue particularmente agitada. Los nacionalsocialistas se mostraron activos, multiplicando sus reuniones y entorpeciendo las de los demás.

La situación económica continuaba degradándose. El número de parados ascendía ya a casi tres millones.

El partido comunista publicó su programa «por la liberación *nacional* y *social* de Alemania».

Los resultados de estas elecciones estuvieron a la altura de la situación: los nazis pasaron bruscamente de 12 a 107 diputados (de 810.000 votos a 640.000, o sea, 18,3 por 100 de los votos). La S.P.D. perdió cerca de 600.000 votos (aunque había cinco millones de electores nuevos). Los comunistas ganaron 1,5 millones de votos. Los nacionalalemanes fueron los que más perdieron (dos millones de votos menos que en 1928).

b) *El fracaso de Brüning.*

La tentativa hecha por Brüning de restablecer la situación política, económica y social, gobernando durante un período transitorio dejando el Reichstag al margen, hubiera podido dar resultado si hubiese conseguido agrupar a su alrededor el número suficiente de hombres y de partidos. Pero ya no era posible. A esto hay que añadir que el efecto de estas elecciones en el extranjero fue catastrófico. Los valores alemanes se vieron en pleno desastre en todos los centros bursátiles.

Sin embargo, a pesar de todo, Brüning consiguió imponerse

provisionalmente. La burguesía, representada por los partidos del centro y de la derecha moderada, no quiso separarse tan pronto de quien ella misma puso en el poder en el mes de marzo. Para evitar las sorpresas «parlamentarias», el Reichstag se reunía cada vez con menos frecuencia. Indudablemente hubo una cierta complicidad de la derecha, sobre todo con los nacionalalemanes, que acababan de estallar, una importante fracción de los cuales reprobaba la línea aventurera de Hugenberg (el nuevo movimiento llevaba el evocador nombre de *Volkskonservativ,* es decir, «conservador popular»). Igualmente, la S.P.D. se prestó al juego del «mal menor» que Brüning representaba para ella.

Si la agitación en el Reichstag se calmó un tanto, en todo el país, en cambio, no dejó de aumentar. Teniéndola en cuenta, los partidos de derechas (nazis, nacionalalemanes, populistas), tomaron la iniciativa, en Prusia, de pedir un referéndum para la disolución del Landtag de Prusia. El gobierno de Prusia era terreno vedado de la S.P.D. ¡El partido comunista se unió a esta campaña! Finalmente, fracasó el 9 de agosto de 1931.

La situación económica continuaba desintegrándose. El número de parados pasó de 4,4 millones en diciembre de 1930 a cerca de cinco millones a principios de 1931. En el invierno de 1931, terrible invierno, el número de parados llegó a la cifra astronómica de seis millones. Una crisis financiera se abatió entonces sobre Alemania como consecuencia de la quiebra del Kreditanstalt de Viena (11 de mayo de 1931), seguida de la quiebra de uno de los más importantes bancos alemanes, el Danat-Bank (julio de 1931).

De nuevo parece que el barco hace aguas por todas partes: ya no hay remedio posible. Un proyecto de unión aduanera entre Alemania y Austria fracasó ante la oposición de los aliados y la condena de la corte de La Haya (septiembre de 1931).

Se produjo una tregua provisional cuando el presidente Hoover, el 20 de junio de 1931, propuso una mora de un año para todas las deudas internacionales ligadas a las indemnizaciones o a la reconstrucción. La bolsa berlinesa conoció la primera alza después de dos años.

El 10 de octubre de 1931, Hindenburg recibió a Hitler por primera vez. La conversación no arrojó ningún resultado. Al día siguiente se constituyó el frente de Harzburgo, con ocasión de una gran reunión en la que se encontraron todos los adversarios de la República; nazis, cascos de acero, nacionalalemanes. El propio Schacht hizo su aparición. Cada vez más, parece ser, los ambientes financieros abandonaban a Brüning. A partir de este momento, sus días estaban contados. Mediante una especie de insensible desplazamiento, es cada vez más la socialdemocracia la que permite el mantenimiento de Brüning en el gobierno. Acantonada en la neutralidad, finalmente aprueba las medidas de éste, por lo menos a nivel parlamentario. Se considera a Brüning como un mal menor, única alternativa contra el nazismo. Hindenburg apareció entonces como uno de los últimos obstáculos al nazismo: la cuestión estaba en rodearlo.

Llegando ya a su expiración el período de mandato de Hindenburg y no pudiendo el parlamento ponerse de acuerdo para una prórroga por vía legislativa, el 13 de marzo de 1932 se procedió al escrutinio. Hitler era candidato, como lo era también Duesterberg por el casco de acero y Thaelmann por el partido comunista. ¡Hindenburg se presentó por los republicanos, entre los que se cuenta la S.P.D.! El resultado de la primera vuelta fue elocuente:

Hindenburg	18,6 millones;	49,6 %
Hitler	11,3 millones;	30,1 %
Thaelmann	4,9 millones;	13,2 %
Duesterberg	2,5 millones;	6,8 %

A Hindenburg no le faltaba más que un 0,4 por 100 para la mayoría absoluta y tuvo que someterse a la segunda vuelta el 10 de abril de 1932. Duesterberg se retiró.

Hindenburg	19,3 millones;	53,0 %
Hitler	13,4 millones;	36,8 %
Thaelmann	3,7 millones;	10,2 %

A pesar de resultar Hindenburg electo, el escrutinio fue un triunfo para Hitler. La vieja derecha quedó vencida. Los nazis

se convertían en la primera fuerza política del país. Aunque el 13 de abril de 1932, tres días después de la reelección de Hindenburg, las S.A. y las S.S. fueron prohibidas, esto no redujo en nada la irresistible ascensión de Hitler. El partido va de triunfo en triunfo, sobre todo en mayo, durante las elecciones en los distintos Länder.

Justamente en esta época Schleicher se aproximó a Hitler, con razón de la prohibición de la S.A., contribuyendo así a la caída de Groener, ministro del Interior en aquellos momentos, por haberse negado éste a disolver el «Reichsbanner» socialista (como el Stahlhelm). A partir de este momento, la ruptura entre el gobierno y Hindenburg era inevitable. Esta se produjo unos días más tarde en curiosas circunstancias.

Desde hacía algunos años, Hindenburg iba cada vez con más frecuencia Neudeck, a la finca que recibió en 1927. La influencia de los grandes terratenientes no dejó de aumentar sobre el anciano (tenía ya 85 años). El gobierno Brüning había puesto a punto un proyecto de reforma de la ayuda a la propiedad rural en Alemania oriental, así como una política de colonización. Los propietarios agitaban entonces el espectro del «bolchevismo agrario». A todo esto hay que añadir los efectos de Schleicher, que intrigaba cada vez más netamente contra Brüning y que fue recibido en Neudeck en mayo. El propio hijo de Hindenburg se unió a la cábala. El 29 de mayo, ya de regreso en Berlín, Hindenburg convocó a Brüning sometiéndole unas condiciones inaceptables. El 30 de mayo, el gobierno presentó la dimisión. La experiencia, pues, había sido un fracaso. La elección que hizo Hindenburg mostraba claramente que de lo que se trataba era de dar una nueva orientación al régimen y que se había roto definitivamente con cualquier forma de democracia parlamentaria.

II. Los ocho últimos meses (junio de 1932 - enero de 1933)

a) *Frantz von Papen: un caballero brillante en la cancillería.*

Fue Schleicher quien aconsejó a Hindenburg la elección de

F. von Papen, totalmente desconocido hasta entonces, a no ser en el Herrenklub (el club más aristocrático de Berlín). Este personaje jamás había participado en política. Ex oficial de caballería, era el hombre del ejército. El gobierno que constituyó el 2 de junio fue un gobierno de barones, de hombres de mundo. El hecho de que este gobierno no dispusiese más que de 70 partidarios en el Reichstag, sobre los 577 diputados que lo formaban, no parecía tener ya ninguna importancia. El 4 de junio, el Reichstag fue disuelto, lo que daba un respiro de casi dos meses. Mientras, desde el 16 de junio, la prohibición que pesaba sobre las S.A. había sido levantada. Todo parecía indicar que se había entrado en el camino del «nuevo Estado» reclamado a gritos desde hacía algunos meses en los círculos de extrema derecha.

El 9 de julio, Von Papen podía firmar los acuerdos de Lausana que prácticamente ponían fin a las indemnizaciones. Sin embargo, la campaña electoral de junio-julio alcanzó un grado de violencia que sobrepasaba toda medida debido a que los nazis aprovecharon la ocasión para hacer demostraciones de fuerza. Hubo cien muertos y más de mil heridos. El 17 de julio, por ejemplo, los nazis organizaron un desfile en un feudo comunista: Altona (en el arrabal, de Hamburgo). Los comunistas respondieron a la provocación: 17 muertos en ambos lados. Los planes de Von Papen se precisaron cuando, el 20 de julio, procedió al golpe de Estado en Prusia. ¡Destituyó al gobierno socialdemócrata y nombró un comisario del Reich en la persona de Von Papen! La S.P.D., que disponía de una policía [28] muy organizada, dejaba hacer. Se había franqueado una nueva etapa en la instauración de un nuevo orden. Habiendo tomado las exacciones nazis unas proporciones insoportables, fue dictada, el 9 de agosto, una ordenanza contra el terror político, que preveía la pena de muerte. El 11 de agosto se cometió un horrible asesinato en Potempa (Alta Silesia). Varios nazis pisotearon hasta darle muerte a un joven comunista, ante los ojos de su madre. El 22 de agosto, cinco de estos nazis fueron condenados

[28] La policía prusiana contaba con 90.000 nombres.

a muerte. ¡Hitler envió un telegrama de apoyo a los asesinos! El 2 de septiembre, los asesinos fueron indultados. Von Papen no se había atrevido a desafiar a Hitler.

Y es que, mientras, Hitler se había convertido en el jefe del primer partido alemán. Las elecciones del 31 de julio dieron los resultados esperados. Los nazis pasaron de 107 a 230 diputados (13,8 millones de votos). Los nacionalalemanes perdieron cerca de 400.000 votos y cuatro escaños. Los populistas prácticamente desaparecieron de la escena política, no quedándoles más que siete escaños para 436.000 votos. El Zentrum ganó 10 escaños, los socialistas se mantenían. Los comunistas progresaban, pasando de 77 a 89 escaños. Así, pues, el Reichstag estaba más ingobernable que nunca.

Mientras, Hitler, que fue recibido por Hindenburg el 30 de agosto, exige la cancillería como condición *sine qua non* para sostener el gobierno. Hindenburg se negó.

El Reichstag se reunió el 30 de agosto exclusivamente para elegir su administración: Göring fue elegido presidente. Otra reunión tuvo lugar el 12 de septiembre. Después de una sesión rayana en lo ridículo, el Reichstag, que no se había reunido en total más que algunas horas, fue disuelto. Se fijaron nuevas elecciones para el 6 de noviembre.

Tres días antes de estas nuevas elecciones estalló una huelga «salvaje», desautorizada por los sindicatos (S.P.D.), en Berlín, en el sector de servicios municipales de transportes públicos. ¡Se vio entonces a nazis y comunistas colaborando en esta huelga! Probablemente se trataba, en Berlín, de recoger algunos votos entre los obreros, medio en el cual los nazis siempre fueron muy débiles en la capital. Al día siguiente, 6 de noviembre, los nazis perdieron muchos menos votos en Berlín que en el resto del Reich.

La sorpresa de estas elecciones la constituyó el retroceso de los nazis, que perdieron tres millones de votos y 34 escaños. Sólo los comunistas progresaron en forma notable, ganando 500.000 votos y 11 escaños (disponían de 100 escaños). La S.P.D. retrocede, perdiendo 12 escaños más. Los nacionalalemanes recuperaron parte de los votos que los nazis perdieron.

La situación del gobierno Von Papen continuaba siendo precaria. No existía mayoría posible. Schleicher, ministro de Defensa, intrigaba contra Von Papen, quien se retiró el 3 de diciembre con gran disgusto de Hindenburg.

b) *Von Schleicher, el general-canciller.*

El general Von Schleicher se pasó los 57 días de su cancillería intrigando. Pero ya la situación política sobrepasaba las posibilidades de la camarilla de oficiales que gravitaban a su alrededor.

Sin embargo, el retroceso de los nazis acarreó consecuencias bastante graves para Hitler. Los cofres del partido estaban vacíos, agotados hasta el último céntimo por las sucesivas campañas electorales del año 1932. La moral estaba baja, el poder parecía alejarse. Además, Schleicher intentó una última maniobra que llevó al partido nazi al borde de la ruptura, y estuvo a punto de conseguirlo. Schleicher se presentaba como un general social. Buscaba una apertura entre los obreros y un acercamiento hacia los círculos sindicalistas. Fueron restablecidos los convenios colectivos. En la misma línea, inició negociaciones con lo que quedaba del ala socialista del partido nazi, dirigida por Gregor Strasser. Este estuvo a punto de aceptar un cargo en el gabinete Schleicher. Dimitió del partido nazi y esta dimisión pareció encabezar una gran crisis que había de costarle mucho de superar a Hitler. Pero desde un punto de vista táctico, Hitler era el más fuerte: Strasser, vencido, se fue a Italia, y aunque regresó en enero, su hora había pasado ya.

Hitler se repuso con bastante rapidez, y consiguió, gracias al apoyo de Papen (que intrigaba entonces a favor de Hitler y contra Schleicher), reanudar el contacto con los círculos de la gran industria. Schacht también se entrometió. Una reunión con un grupo de banqueros e industriales, el 4 de enero de 1933, restableció la situación económica del partido.

Las últimas intrigas se desarrollaron alrededor del propio Hindenburg, que continuaba reticente, pero que fue circunvenido por Papen y por su propio hijo Oskar v. Hindenburg. En

efecto, el plan de Papen consistía en nombrar canciller a Hitler, pero rodeándole entre él mismo (en calidad de vicecanciller) y los nacionalalemanes. Hindenburg impidió una nueva disolución del Reichstag solicitada por Schleicher, quien a partir de aquel momento estaba condenado.

El 30 de enero, el nuevo gobierno Hitler prestó juramento: no había más que tres nazis, los demás eran representantes de la derecha clásica que esperaban «atar» a Hitler... La República de Weimar estaba muerta.

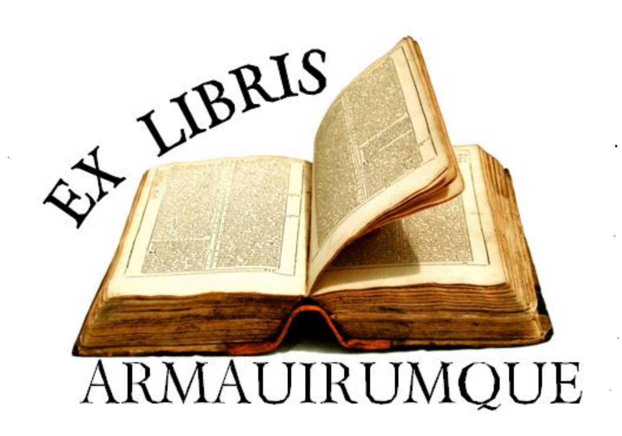
CONCLUSIÓN

Largo tiempo aún permanecerá el interrogante y será difícil llegar a comprender cómo una democracia pudo, en el plazo de unas semanas, suicidarse y transformarse en un totalitarismo desconocido hasta el siglo XX, para alcanzar después la más salvaje de las barbaries.

Sin embargo, no había más que releer a Montesquieu y reflexionar sobre su patología de los regímenes políticos. Quizá se hubieran recordado las causas de la transformación y del proceso de degeneración de los regímenes políticos. Nada se hace en un día. De hecho, creemos haberlo mostrado: la República de Weimar, como experiencia democrática, estaba perfectamente muerta antes del 30 de enero de 1933. ¿Quizá en marzo de 1927? ¡Quizá solamente en el momento de la caída de Brüning! De República, desde mucho tiempo atrás, no subsistía más que el nombre. Y quizá se querrá recordar también que los primeros campos de concentración para «políticos» fueron abiertos antes del 30 de enero de 1933. A la inversa, el fascismo hitleriano tampoco conquistó Alemania en una noche. Tras la cancillería, fue necesario conquistar paso a paso cada municipio y cada vez utilizando los mismos métodos, que bien hubieran podido despertar a los individuos. El

hitlerismo, en su forma «elaborada», no se instauró más que a partir de 1935 aproximadamente[29].

En cuanto a las causas del trágico fin de la primera República alemana, tan vano sería querer achacarlo a una sola causa (por ejemplo, la crisis) como buscar motivos psicológicos en el espíritu alemán o en el «resentimiento» contra los aliados. Se trata de política, y los errores cometidos fueron errores políticos. Hubo errores políticos tanto en la derecha como en la izquierda. El partido comunista y la S.P.D., el Zentrum y los demás partidos burgueses, todos tienen enormes responsabilidades. Sobre todo, parece ser, los hombres políticos raramente supieron abstraerse a consideraciones partisanas en el sentido más común del término. Cuando es sabido, por otra parte, hasta qué punto los partidos de esta época fueron partidos de interés o de clase, se puede llegar a la conclusión de que a la República le faltó el más preciado de los bienes: el sentido de la República, *res publica.*



[29] *Cf.* el notable estudio de la toma del poder en una pequeña ciudad alemana de 1930 a 1935, *Une petite ville allemande,* W. A. ALLEN, Laffont, año 1967.

SEGUNDA PARTE

ELEMENTOS DEL «DOSSIER» Y ESTADO DE LA CUESTION

CAPÍTULO PRIMERO

DOCUMENTOS

1. Extractos del Tratado de Versalles.
2. Extractos de la Constitución de la República de Weimar.
3. Cuadros sinópticos de las elecciones legislativas de 1919 a 1933.
4. Extractos del programa espartaquista (1919).
5. Cómo ve la situación el comité central del partido comunista, al día siguiente de las elecciones del 6 de noviembre de 1932.
6. El programa nacionalsocialista: los 25 puntos del programa (1920).
7. La «izquierda» nacionalsocialista: manifiesto en el momento de la ruptura de Otto Strasser con Hitler (1930).
8. Programa de los nacionalalemanes en 1920.

Documento 1

Tratado de Versalles (extractos)

Artículo 116.—Alemania reconoce y se compromete a respetar como permanente e inalienable la independencia de los

territorios que formaban parte del antiguo imperio de Rusia el 1 de agosto de 1914.

Conforme a las disposiciones insertadas en los artículos 259 y 292 de las partes IX (cláusulas financieras) y X (cláusulas económicas) del presente tratado, Alemania reconoce definitivamente la anulación de los tratados de Brest-Litovsk, así como cualquier otro tratado, acuerdo o convenio formulado por ellas con el gobierno maximalista en Rusia...

Artículo 117.—Alemania se compromete a reconocer el valor total de todos los tratados o compromisos que las potencias aliadas o asociadas formulasen con los Estados que han sido constituidos o que se constituirán en la totalidad o en parte de los territorios del antiguo imperio de Rusia, tal como existía el 1 de agosto de 1914, y a reconocer las fronteras de estos Estados tal como sean fijadas.

Artículo 119.—Alemania renuncia, en favor de las principales potencias aliadas y asociadas, a los derechos y títulos sobre sus posesiones de ultramar.

Artículo 227.—Las potencias aliadas y asociadas llevan a acusación pública a Guillermo II de Hohenzollern, ex emperador de Alemania, por ofensa suprema contra la moral internacional y contra la autoridad suprema de los tratados.

Un tribunal especial será constituido para juzgar al acusado, asegurándole las garantías esenciales del derecho a defenderse. Estará compuesto por cinco jueces, nombrados por cada una de las cinco potencias siguientes, a saber: los Estados Unidos de América, Gran Bretaña, Francia, Italia y Japón.

El tribunal juzgará sobre motivos inspirados de los principios más elevados de la política entre las naciones, con la inquietud de asegurar el respeto a las obligaciones solemnes y a los compromisos internacionales, así como a la moral internacional. Le corresponderá determinar la pena que estime debe ser aplicada...

Artículo 228.—El gobierno alemán reconoce a las potencias aliadas y asociadas la libertad de mandar comparecer ante sus propios tribunales militares a las personas acusadas de haber cometido actos contrarios a las leyes y costumbres de la

guerra. Las penas previstas por las leyes serán aplicadas a las personas que sean declaradas culpables. Esta disposición se aplicará no obstando para ello cualquier otro proceso o persecución ante una jurisdicción de Alemania o de sus aliados.

El gobierno alemán deberá entregar a las potencias aliadas y asociadas, o a aquélla entre éstas que le dirija la demanda, a todas aquellas personas que, habiendo sido acusadas de haber cometido un acto contrario a las leyes y costumbres de la guerra, le sean designadas ya sea nominativamente, ya por el grado, función o empleo al que estas personas hubieran sido asignadas por las autoridades alemanas.

Artículo 231.—Los gobiernos aliados y asociados declaran, y Alemania reconoce, que Alemania y sus aliados son responsables, por haberlos causado, de todas las pérdidas y de todos los daños sufridos por los gobiernos aliados y asociados y sus nacionales como consecuencia de la guerra, que les fue impuesta por la agresión de Alemania y de sus aliados.

Artículo 233.—El importe total de los susodichos perjuicios, por los cuales es debida una indemnización por parte de Alemania, será fijado por una comisión interaliada, que tomará el nombre de comisión de las indemnizaciones y será constituida en la forma y con los poderes indicados a continuación y en los anexos II y VII adjuntos.

Esta comisión estudiará las reclamaciones y concederá al gobierno alemán la equitativa facultad de hacerse escuchar. Las conclusiones determinadas al respecto serán redactadas y notificadas al gobierno alemán el 1 de mayo de 1921 lo más tarde, representando la totalidad de sus obligaciones...

Artículo 234.—La comisión de indemnizaciones deberá, después del 1 de mayo de 1921, estudiar de cuando en cuando los recursos y la capacidad de Alemania y tras haber dado a los representantes de este país la equitativa facultad de hacerse escuchar, tendrá todos los poderes para ampliar el período y para modificar las formas de pago a prever conforme al artículo 233; pero no podrá rebajar cantidad alguna sin la autorización especial de los diversos gobiernos representados en la comisión.

Artículo 264.—Alemania se compromete a no someter las

mercancías, productos naturales o fabricados de cualquiera de los Estados aliados o asociados, importados a territorio alemán, fuere cual fuere el lugar de donde llegasen, a derechos o cargas, comprendidos los impuestos internos, diferentes o más elevados que aquellos a que son sometidas las mismas mercancías, productos naturales o fabricados de otro cualquiera de los susodichos Estados o de cualquier otro país extranjero.

Alemania no mantendrá ni impondrá prohibición alguna o restricción a la importación al territorio alemán de toda mercancía, producto natural fabricado del territorio de cualquiera de los Estados aliados o asociados, sea cual sea el lugar de donde llegue; lo cual no se hará extensivo igualmente a la importación de las mismas mercancías, productos naturales o fabricados de otro cualquiera de los susodichos Estados o de otro país extranjero cualquiera.

Artículo 274.—Alemania se compromete a tomar las medidas legislativas o administrativas necesarias para garantizar los productos naturales o fabricados originales de cualquier potencia de las aliadas o asociadas contra toda forma de competencia desleal en las transacciones comerciales...

Artículo 428.—A título de garantía de la ejecución por parte de Alemania del presente Tratado, los territorios alemanes situados al oeste del Rhin, junto con las cabezas de puente, serán ocupados por las tropas de las potencias aliadas y asociadas durante un período de quince años, a contar a partir del momento en que este tratado entre en vigor.

Artículo 433.—Como garantía de la ejecución de las disposiciones del presente tratado, por las cuales Alemania reconoce definitivamente la abrogación del tratado de Brest-Litovsk, y de todos los tratados, convenios y arreglos formulados por ella con el gobierno maximalista en Rusia, y con vistas a asegurar el restablecimiento de la paz y de un buen gobierno en las provincias bálticas y en Lituania, todas las tropas alemanas que se encuentran actualmente en los antedichos territorios regresarán al interior de las fronteras de Alemania tan pronto como los gobiernos de las principales potencias aliadas y asociadas juz-

guen que es el momento oportuno, teniendo en cuenta la situación interior de estos territorios.

Documento 2

Constitución de la República de Weimar del 11 de agosto de 1919 (extractos)

Artículo 1.—El Reich alemán es una República. El poder del Estado procede del pueblo.

Artículo 3.—Los colores del Reich son negro-rojo-oro. El pabellón de la marina mercante es negro-blanco-rojo con los colores del Reich en la esquina superior interior.

Artículo 6.—El Reich tiene el derecho exclusivo de legislar en lo que concierne a:

1) las relaciones con el extranjero;
2) las colonias;
3) la nacionalidad del Estado, el derecho de libre circulación, la inmigración y la emigración, y la extradición;
4) la organización de las fuerzas armadas;
5) la moneda;
6) las aduanas, así como la unidad del territorio aduanero y comercial y la libre circulación de las mercancías;
7) correos y telégrafos, incluyendo los teléfonos.

Artículo 7.—El Reich tiene el derecho a legislar en lo que concierne a:

1) el derecho civil;
2) el derecho penal;
3) los procedimientos judiciales, incluida la ejecución de penas, así como la asistencia que las autoridades deben prestarse entre sí;
4) los pasaportes y la policía de los extranjeros;
5) la asistencia a los indigentes y las medidas en favor de los compañeros que estén dando su vuelta de Alemania (Wanderer);

6) el régimen de la prensa, las asociaciones y las reuniones;
7) la política en materia de población, las medidas en favor de la maternidad, de los niños de pecho, de la infancia y de la juventud;
8) la salubridad pública, la medicina veterinaria y la protección de las plantas contra las enfermedades y los insectos nocivos;
9) el derecho al trabajo, la seguridad y la protección de los obreros y empleados, así como la colocación;
10) la organización de las representaciones profesionales para el territorio del Reich;
11) las medidas en favor de aquellos que tomaron parte en la guerra y de sus parientes sobrevivientes;
12) el derecho de expropiación;
13) la socialización de las riquezas naturales y de las empresas económicas, así como de la producción, creación, distribución y formación de los precios de los bienes de orden económico para la organización colectivista;
14) el comercio, los pesos, las medidas, la emisión de papel moneda, los bancos y las bolsas;
15) el tráfico de los productos alimenticios o de consumo, así como de los objetos de necesidad diaria;
16) la industria y las minas;
17) los seguros;
18) la navegación marítima, la pesca en alta mar y costera;
19) los ferrocarriles, la navegación interior, la circulación automovilística en tierra, en el agua y por el aire, así como la construcción de grandes carreteras en tanto en cuanto interesan a la circulación general y a la defensa nacional;
20) los teatros y los cinematógrafos.

Artículo 13.—El derecho del Reich rompe el derecho del Estado...

Artículo 14.—Por no estar dispuesto de otra forma por las

leyes del Reich, sean las autoridades del Länder quienes ejecuten las leyes del Reich.

Artículo 25.—El presidente del Reich puede disolver el Reichstag, pero sólo una vez por el mismo motivo.

Las nuevas elecciones tienen lugar 60 días, todo lo más, después de la disolución.

Artículo 41.—El presidente del Reich es elegido mediante sufragio universal. Es elegible cualquier alemán que haya cumplido los treinta y cinco años.

Artículo 43.—El presidente del Reich es elegido por un plazo de siete años. Es reelegible. Antes de la expiación del mandato, el presidente puede ser relevado de sus funciones por referéndum, mediante petición dirigida al Reichstag. La decisión del Reichstag debe ser tomada por una mayoría de los dos tercios. La decisión impide al presidente del Reich la continuación de sus funciones. El rechazo por parte del pueblo está considerado cómo equivalente de una reelección e implica la disolución del Reichstag...

Artículo 48.—Si un Land no ejecuta las obligaciones que le incumben por la Constitución o por las leyes, el presidente del Reich puede obligarle con la ayuda de las fuerzas armadas.

En el caso de que, en el Reich alemán, la seguridad o el orden públicos sean sensiblemente turbados o amenazados, el presidente del Reich puede tomar las medidas necesarias para el restablecimiento de la seguridad y el orden públicos, empleando en caso necesario las fuerzas armadas. Para conseguir tal fin puede suspender totalmente o en parte los derechos fundamentales reconocidos en los artículos 114, 115, 117, 118, 123, 124 y 153.

El Reichstag debe ser informado sin tardanza de todas las medidas tomadas a título de los párrafos 1 y 2 de este artículo. A petición del Reichstag, estas medidas serán anuladas.

En caso de peligro inminente, el gobierno de un Land puede aplicar las medidas previstas en el párrafo 2. Estas serán suspendidas a petición del Reichstag o del presidente del Reich.

Artículo 53.—El canciller del Reich y, a propuesta suya, los

ministros del Reich, son nombrados por el presidente del Reich, quien igualmente pone fin a sus funciones.

Artículo 54.—El canciller del Reich y los ministros deben gozar de la confianza del Reichstag. Cada uno de ellos debe retirarse si el Reichstag le retira expresamente su confianza.

Artículo 73.—Una ley votada por el Reichstag será, antes de su publicación, sometida a referéndum popular *(Volksentscheid)* si el presidente del Reich, en el plazo de un mes, así lo decide. Una ley cuya publicación, sobre la moción de por lo menos un tercio de los miembros del Reichstag, hubiere sido aplazada, será sometida a referéndum popular si lo pidiese una veinteava parte de los electores.

Habrá lugar, además, a proceder al referéndum cuando el depósito de un proyecto de ley sea reclamado por una décima parte de los electores. La demanda de referéndum no puede dirigirse más que sobre una propuesta redactada en forma de proyecto de ley. Es sometida al Reichstag por el gobierno, quién hará saber su opinión. No habrá lugar a referéndum cuando el proyecto de ley reclamado sea adoptado por el Reichstag sin modificación alguna.

Para el presupuesto, las leyes sobre impuestos y las leyes sobre sueldos, sólo el presidente del Reich puede convocar un referéndum.

Artículo 75.—Una decisión del Reichstag puede ser invalidada por un referéndum sólo si la mayoría de los electores ha tomado parte en la votación.

Documento 3

Cuadros sinópticos de las elecciones legislativas de 1919 a 1933

Unicamente figuran en estos cuadros los partidos más importantes. No obstante, no hay que olvidar que siempre hubo una gran cantidad de pequeños partidos. Estos pequeños partidos, de tendencias centristas o de derecha (a veces también partidos regionalistas), consiguieron incluso detentar cincuenta escaños en total.

Elecciones del 19 de enero de 1919 (Constituyente de Weimar). (Participación electoral: 83 por 100.)

Partidos	*Votos*	*%*	*Escaños*
Nacionalalemanes	3.121.000	10,3	44
Populistas	1.345.000	4,4	19
Zentrum+bávaro	5.980.000	19,7	91
Demócratas	5.641.000	18,6	75
S.P.D.	11.509.000	37,9	165
Socialistas-independientes	2.317.000	7,8	22

Elecciones del 6 de junio de 1920. (Participación electoral: 79 por 100.)

Partidos	*Votos*	*%*	*Escaños*
Nazis	—	—	—
Nacionalalemanes	4.249.000	14,9	71
Populistas	3.919.000	13,9	65
Zentrum+bávaro	5.083.000	17,9	85
Demócratas	2.334.000	8,3	39
S.P.D.	6.104.000	21,6	103
U.S.P.D. (soc.-indep.)	5.047.000	17,9	83
Comunistas	589.000	2,1	4

Elecciones del 4 de mayo de 1924. Elecciones del 7 de diciembre de 1924. La primera cifra indica los resultados del 4 de mayo de 1924. (Participación electoral: en mayo, 76,3 por 100; en diciembre, 77,7 por 100.)

Partidos	*Votos*	*%*	*Escaños*
Nazis y adláteres	1.918.000	6,6	32
	903.000	3	14

Partidos	Votos	%	Escaños
Nacionalalemanes	5.698.000	19,5	95
	6.209.000	20,5	103
Populistas	2.694.000	9,2	45
	3.051.000	10,1	51
Zentrum+bávaro	4.861.000	16,6	81
	5.250.000	17,3	98
Demócratas	1.655.000	5,7	28
	1.921.000	6,3	32
S.P.D.	6.009.000	20,5	100
	7.886.000	26	131
Comunistas	3.963.000	12,6	62
	2.712.000	9	45

Elecciones del 10 de mayo de 1928. (Participación electoral: 74,6 por 100.)

Partidos	Votos	%	Escaños
Nazis	810.000	2,6	12
Nacionalalemanes	4.382.000	14,2	78
Populistas	2.680.000	8,7	45
Zentrum+bávaro	4.660.000	15,1	78
Demócratas	1.332.000	3,8	20
S.P.D.	9.100.000	29,8	153
Comunistas	3.265.000	10,6	54

Elecciones del 14 de septiembre de 1930. (Participación electoral: 82 por 100.)

Partidos	Votos	%	Escaños
Nazis	6.383.000	18,3	107
Nacionalalemanes	2.458.000	7	41

Partidos	*Votos*	*%*	*Escaños*
Populistas	1.518.000	4,5	30
Zentrum+bávaro	5.101.000	14,8	87
Demócratas (Staatsp.)	1.322.000	3,8	25
S.P.D.	8.578.000	24,6	143
Comunistas	4.592.000	13,1	77

Elecciones del 31 de julio de 1932. Elecciones del 6 de noviembre de 1932. La primera cifra indica los resultados del 31 de julio de 1932. (Participación electoral: en julio, 84,1 por 100; en noviembre, 80,6 por 100.)

Partidos	*Votos*	*%*	*Escaños*
Nazis	13.800.000	37,3	230
	11.700.000	33,1	196
Nacionalalemanes	2.100.000	5,9	37
	2.200.000	8,8	52
Populistas	436.000	1,2	7
	660.000	1,9	11
Zentrum+bávaro	5.800.000	15,9	97
	5.400.000	15	90
Demócratas	372.000	1,1	5
	336.000	1,3	8
S.P.D.	7.960.000	21,6	133
	7.248.000	20	121
Comunistas	5.283.000	14,3	89
	5.980.000	16,9	100

Elecciones del 5 de marzo de 1933. (Participación electoral: 88,3 por 100.)

Partidos	*Votos*	*%*	*Escaños*
Nazis	17.277.000	43,9	288
Nacionalalemanes	3.137.000	8	52

Partidos	Votos	%	Escaños
Populistas	432.000	1,1	2
Zentrum+bávaro	5.500.000	14	92
Demócratas	334.000	0,8	5
S.P.D.	7.181.000	18,3	120
Comunistas	4.848.000	12,3	81

Documento 4

Extractos del programa espartaquista (1919)

El 9 de noviembre, los obreros y los soldados destruyeron el antiguo régimen en Alemania. En los campos de batalla de Francia se habían disuelto las ilusiones sangrientas de un dominio mundial mediante el sable prusiano. Las pandillas de criminales que iniciaron el incendio universal y que arrastraron a Alemania hacia un mar de sangre, se hallaban ante la derrota. Y el pueblo, engañado durante tan largo tiempo, durante tanto tiempo olvidado de todo sentimiento de cultura, de honor y de humanidad, se ha despertado al cabo de cuatro años de su sueño de piedra, al borde del abismo.

El 9 de noviembre, el proletariado, sublevándose, se sacudió el yugo infame. Los Hohenzollern fueron expulsados por los obreros y los soldados agrupados en consejos...

En todas las revoluciones precedentes, una pequeña minoría del pueblo tomó la dirección de la lucha revolucionaria, le dio una finalidad y una orientación, y utilizó a las masas como instrumento para alcanzar la victoria de sus propios intereses, los intereses de una minoría. La revolución socialista es la primera que no puede ser conducida hasta la victoria más que en interés de la inmensa mayoría, y por la acción de la inmensa mayoría de los trabajadores...

Desde las más elevadas instancias del Estado hasta la última de las comunas, la masa proletaria debe liquidar los órganos de dominación de la hegemonía burguesa: consejo de ministros, parlamento, municipios.

A este efecto, debe apoderarse del poder mediante sus propios órganos de clase. A través de sus consejos de obreros y de soldados, deberá ocupar todos los cargos, supervisar todas las funciones, medir todas las necesidades sociales, sus propios intereses de clase y las tareas socialistas. Sólo una influencia recíproca, constantemente viva, entre las masas populares y sus órganos, los consejos de obreros y de soldados, puede garantizar la conducción de la sociedad con un espíritu comunista...

La revolución proletaria no implica en sus fines ningún tipo de terror, aborrece y odia el crimen. No tiene necesidad alguna de derramar sangre, porque no ataca a los seres humanos, sino a las instituciones y a las cosas. No desciende al ruedo con ingenuas ilusiones, de las que deba vengar su decepción mediante el terror. No es la tentativa desesperada de una minoría que intenta moldear el mundo según su ideal a fuerza de violencia. Resulta de la acción de las grandes masas, llamadas a millones para cumplir su misión histórica y transformar en realidades las necesidades impresas en la totalidad del pueblo...

Para permitir al proletariado la realización de las tareas que preceden, he aquí las proposiciones prácticas adelantadas por la Liga Espartacus:

A) *Medidas inmediatas de autoprotección de la revolución.*

1. Desarme de toda la policía, de todos los oficiales y de los soldados no proletarios. Desarme de todos aquellos que estén cercanos a las clases dominantes.
2. Requisamiento de todos los depósitos de armas y de municiones, así como de las empresas de abastecimientos por mano de los consejos de obreros y de soldados.
3. Armar a toda la población proletaria masculina y adulta como milicia obrera. Formación de una guardia proletaria de los consejos como parte activa de la milicia encargada de defender la revolución permanentemente contra los golpes de fuerza y las traiciones de la reacción.
4. En el ejército, supresión del poder de mando de los oficiales y suboficiales. La tropa los sustituirá por jefes electos

y constantemente revocables. Supresión de la obediencia militar pasiva y de la justicia militar. Disciplina consentida libremente.

5. Exclusión de los oficiales y capituladores fuera de todos los consejos de soldados.

6. Supresión de todos los organismos políticos y administrativos del antiguo régimen, que serán sustituidos por los hombres de confianza de los consejos de obreros y de soldados.

7. Creación de un tribunal revolucionario que juzgará en última instancia a los principales responsables de la guerra y de su prolongación, los dos Hohenzollern, Ludendorff, Hindenburg, Tirpitz, y sus cómplices, igual que a todos los conspiradores de la contrarrevolución.

8. *Requisamiento inmediato de todas las subsistencias para asegurar la alimentación del pueblo.*

B) *Primeras medidas de orden político y social.*

1. Liquidación de los Estados aislados en el Reich; república socialista una e indivisible.

2. Supresión de todos los parlamentos y de todos los municipios. Sus funciones serán asumidas por los consejos de obreros y de soldados, y por los comités y organismos que de ellos se desprenden.

3. Elecciones para los consejos de obreros en toda Alemania, con la participación de toda la población obrera de ambos sexos, en la ciudad y en el campo, con la empresa como base. Igualmente, elecciones para los consejos de soldados por los hombres de la tropa, excluyendo a los oficiales y capituladores. Derecho para los obreros y para los soldados a revocar en cualquier momento a sus delegados.

4. Elección por los delegados de los consejos de obreros y de soldados de toda Alemania, de un consejo central de los consejos, que deberá nombrar en su seno a una delegación ejecutiva, como instancia suprema del poder a la vez legislativo y administrativo.

5. Reunión del consejo central de los consejos, al menos

cada tres meses para empezar, reeligiendo cada vez a la totalidad de los miembros del mismo, a fin de facilitar que se mantenga un control permanente sobre la actividad del ejecutivo y un contacto vivo entre las masas de los consejos locales de obreros y de soldados del país y el órgano más alto del poder. Derecho de los consejos de obreros y de soldados a revocar y sustituir en cualquier momento a sus representantes en el consejo central, en el caso de que éstos no se comportasen como les corresponde por su mandato. Derecho para el ejecutivo a nombrar y a revocar a los comisarios del pueblo y a toda la administración central, bajo control del consejo central.

6. Abolición de todos los privilegios, órdenes y títulos. igualdad completa de los sexos ante la ley y ante la sociedad.

7. Introducción de leyes sociales decisivas, acortamiento de la jornada laboral con vistas a solucionar el problema del paro y teniendo en cuenta el debilitamiento físico de los obreros durante la guerra mundial. Jornada laboral de seis horas como máximo.

8. Transformación inmediata de las condiciones de alimentación, vivienda, higiene y educación dentro del sentido y del espíritu de la revolución proletaria.

C) *Reivindicaciones económicas inmediatas.*

1. Confiscar todas las fortunas e ingresos dinásticos en beneficio de la colectividad.

2. Anular todas las deudas de Estado y todas las demás deudas públicas, al igual que todos los créditos de guerra, exceptuando las suscripciones inferiores a determinado nivel, que será fijado por el consejo central de los consejos de obreros y de soldados.

3. Expropiar los bienes raíces de todas las empresas agrarias grandes y medianas; formar cooperativas agrícolas socialistas con una dirección unificada y centralizada para todo el país; las pequeñas empresas campesinas estarán en manos de sus explotadores hasta el momento en que éstos se unan voluntariamente a las cooperativas socialistas.

4. Supresión de todo derecho privado sobre bancos, minas y carreteras, y todas las demás empresas importantes de la industria y del comercio en provecho de la república de los consejos.

5. Expropiar todas las fortunas a partir de determinado nivel, que será fijado por el consejo central de los consejos de obreros y de soldados.

6. La república de los consejos se apropia de todo el conjunto de transportes públicos.

7. Elección en cada fábrica de un consejo de fábrica que tendrá como misión el solucionar los asuntos internos de acuerdo con los consejos de obreros; fijar las condiciones de trabajo, controlar la producción y finalmente sustituir totalmente a la dirección de la empresa.

8. Formación de una comisión central de huelga, que agrupe a los delegados de los consejos de fábrica comprometidos en el movimiento huelguista por todo el país. Esta comisión deberá coordinar la dirección de las huelgas frente al Estado y al capital, y asegurarles el apoyo extremadamente enérgico del arma política de los consejos de obreros y de soldados.

D) *Tareas internacionales.*

Reemprender inmediatamente las relaciones con los proletarios del extranjero, para asentar la revolución socialista sobre unas bases internacionales y para imponer y mantener la paz mediante la fraternización internacional y el alzamiento revolucionario del proletariado en cada país.

(Traducción de André y Dori Prudhommeaux; *cf.* la bibliografía.)

Documento 5

Cómo juzga la situación el partido comunista al día siguiente de las elecciones del 6 de noviembre de 1932

Las últimas elecciones en el Reichstag se han desarrollado, en numerosas empresas, bajo el signo de la lucha victoriosa

contra la disminución de salarios, bajo el signo también de la ola de huelgas que se ha desencadenado sobre Alemania y que ha alcanzado su punto máximo con la huelga de transportes de Berlín. El resultado del escrutinio atestigua el hecho primordial que constituye en este momento la lucha de clases, lucha que se desarrolla por toda Alemania bajo la dirección del partido comunista y bajo el impulso de los R.G.O. (sindicatos comunistas), bajo el signo de la unidad de acción de las masas obreras, que constituye un frente de huelga contra la ofensiva del capital y contra la reacción fascista...

El partido comunista ha conseguido continuar su penetración en las masas obreras de la socialdemocracia, al tiempo que ha conquistado importantes masas de obreros nacionalsocialistas, así como otros partidarios trabajadores de Hitler. Más aún, el partido comunista ha conseguido abrir una brecha en determinadas regiones católicas en las masas de obreros católicos, consiguiendo así superar incluso al Zentrum en algunos lugares.

... El partido comunista ha conseguido oponer una contraofensiva proletaria a la ofensiva fascista entre las masas que ha encontrado en la ascensión de Hitler durante estos últimos años su más perfecta expresión. Ha erigido un dique para contener la ola chauvinista en Alemania. En relación con el éxito de la ola de huelgas bajo la dirección del partido comunista y del R.G.O. en lucha contra las ordenanzas antisalariales del gobierno Papen-Schiller, el éxito obtenido por el partido comunista en detrimento de Hitler representa la prueba de que los comunistas, por su progresión, constituyen el frente internacional contra el fascismo.

Esto proporciona al aumento de votos del partido una significación mucho mayor... Si el partido comunista ha sido siempre, por lo que respecta al contenido de clase de su política, el único partido obrero alemán, es ahora, relativamente a su importancia entre el proletariado, el partido más importante del proletariado. Hemos conseguido superar en innumerables regiones industriales a la socialdemocracia, que hasta ahora había

logrado asimilar la mayor parte de la clase obrera alemana con el capitalismo.

En Berlín, donde el 20 de julio Papen y Bracht instituyeron la dictadura y donde, en las jornadas que precedieron a las elecciones, todo el aparato policíaco del Estado fue utilizado contra los obreros en huelga y contra el partido comunista indisociable de esta lucha obrera, el partido comunista aumentó el número de partidarios en cerca de 140.000 con respecto al 31 de julio. En el asiento del gobierno Papen, el partido comunista es el primer partido, muy por encima de los nazis. El avance con respecto a los nazis es de 141.000, y con respecto a los socialdemócratas de 215.000. Así, pues, la S.P.D., apoyo fundamental de la dictadura capitalista en lo social, ha sido adelantada en la capital por el partido revolucionario de la clase obrera. Esto se relaciona con el potente avance de los comunistas contra el partido hitleriano, que hemos conseguido hacer descender del primero al segundo lugar, al tiempo que con la respuesta de las masas en el campo avergonzadas por la clase dirigente contra el partido comunista, contra el bolchevismo...

El retroceso de la S.P.D. no debilita en modo alguno su papel fundamental de principal apoyo social de la burguesía; muy al contrario, precisamente porque el partido de Hitler pierde actualmente a sus partidarios de la clase obrera, en lugar de penetrar más profundamente en el proletariado, el papel de la S.P.D. es más importante para la política fascista del capital porque aún dispone de un sostén entre la clase obrera.

Lo que los obreros de la S.P.D. han vivido estos últimos días por parte de los dirigentes de la S.P.D. y de la A.D.G.B. en forma de propaganda de rompehuelgas que sus dirigentes han llevado a cabo, no es más que una muestra de los servicios activos ulteriores de los socialfascistas en la dictadura fascista. En el futuro, la dirección de la S.P.D. y la burocracia A.D.G.B. seguirán con menos escrúpulos aún la línea indicada por Leipart de «darle una oportunidad a Papen»...

(Declaración del comité central del partido comunista, publicada en la prensa comunista el 8 de noviembre de 1932. La

«Rote Fahne», órgano central de esta prensa, fue prohibida a principios de noviembre de 1932.)

Documento 6

El programa nacionalsocialista: los 25 puntos del programa (1920)

...El programa del partido obrero alemán es un programa con plazo fijo. En el momento en que los objetivos hayan sido alcanzados, los dirigentes no determinarán otros objetivos a fin de permitir, mediante un mantenimiento artificial de la insatisfacción en las masas, la permanencia del partido.

1. Pedimos la constitución de una gran Alemania, que reúna a todos los alemanes sobre la base del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos.
2. Pedimos la igualdad de derechos del pueblo alemán con respecto a las demás naciones, la abrogación de los tratados de Versalles y de Saint-Germain.
3. Pedimos tierra y colonias para alimentar a nuestro pueblo y para reabsorber el exceso de población.
4. Sólo los ciudadanos se benefician de los derechos cívicos. Para ser ciudadano hay que tener sangre alemana, la confesión importa poco. Luego ningún judío puede ser ciudadano.
5. Los no ciudadanos no pueden vivir en Alemania más que como extranjeros, y deben por tanto someterse a la jurisdicción para extranjeros.
6. El derecho a fijar la dirección y las leyes del Estado está exclusivamente reservado a los ciudadanos. En consecuencia, pedimos que toda función pública, sea cual sea su naturaleza, no pueda ser desempeñada más que por los ciudadanos. Combatimos la práctica parlamentaria, generadora de corrupciones y de atribución de los cargos por relación de partidos sin preocupación alguna por el carácter y por la capacidad.
7. Pedimos que el Estado se comprometa a procurar a todos los ciudadanos los medios de subsistencia. Si el país no puede alimentar a toda la población, todos los no ciudadanos deberán ser expulsados del Reich.

8. Es preciso impedir toda nueva inmigración de no alemanes. Pedimos que todos los no alemanes establecidos en Alemania a partir del 2 de agosto de 1914 sean obligados inmediatamente a abandonar el Reich.

9. Todos los ciudadanos tienen los mismos derechos y los mismos deberes.

10. El primer deber de todo ciudadano es el de trabajar, física o intelectualmente. La actividad del individuo no debe perjudicar en nada a los intereses de la colectividad, sino inscribirse en el marco de ésta y para el bien común. Por todo lo cual pedimos:

11. La supresión de ingresos para los ociosos y para todos aquellos que tengan la vida fácil, *la supresión de la esclavitud del interés.*

12. Considerando los enormes sacrificios de sangre y dinero que toda guerra exige del pueblo, el enriquecimiento personal gracias a la guerra debe ser estigmatizado como un crimen contra el pueblo. Por tanto, pedimos la confiscación de todos los beneficios de guerra, sin ninguna excepción.

13. Pedimos la nacionalización de todas las empresas que están actualmente en poder de los trusts.

14. Pedimos una participación en los beneficios de todas las grandes empresas.

15. Pedimos un aumento sustancial en las pensiones de los jubilados.

16. Pedimos la creación y la protección de una clase media sana, la entrega inmediata de los grandes almacenes a la administración comunal y su alquiler a bajo precio, a los pequeños comerciantes. Debe concederse prioridad a los pequeños industriales y comerciantes para todos los abastecimientos al Estado, a los Länder o a las comunas.

17. Pedimos una reforma agraria adaptada a las necesidades nacionales, la promulgación de una ley que permita la expropiación, sin indemnización, de los terrenos para fines de utilidad pública; la supresión de impuestos sobre los terrenos y el fin de toda especulación territorial.

18. Pedimos una lucha sin cuartel contra todos aquellos

que, por sus actividades, perjudican el interés público. Todos los criminales de derecho común, traficantes, usureros, etc., deben ser condenados a muerte, sin consideración alguna de raza o religión.

19. Pedimos un derecho público alemán en sustitución del derecho romano, servidor de una concepción materialista del mundo.

20. La extensión de nuestra infraestructura escolar debe permitir a todos los alemanes bien dotados y trabajadores al acceso a una educación superior, y como consecuencia a los cargos directivos. Los programas de todos los establecimientos dedicados a la enseñanza deben ser adaptados a las exigencias de la vida práctica. El espíritu nacional debe se inculcado en los colegios a partir de la edad del uso de razón (clase de instrucción cívica). Pedimos que el Estado subvencione los gastos de la educación superior de los niños especialmente dotados cuyos padres sean pobres, sea cual sea la clase social o la profesión de éstos.

21. El Estado debe preocuparse de mejorar el estado de salud pública mediante la protección de las madres y de los niños, la prohibición del trabajo infantil, la introducción de los medios apropiados para desarrollar las aptitudes físicas mediante la obligación legal de practicar el deporte y la gimnasia, y mediante un potente soporte económico a todas las asociaciones encargadas de la educación física de la juventud.

22. Pedimos la supresión del ejército mercenario y la creación de un ejército nacional.

23. Pedimos la lucha legal contra el engaño político *consciente* y su propagación por medio de la prensa. Para permitir la creación de una prensa alemana pedimos que:

a) Todos los directores y colaboradores de periódicos en lengua alemana sean ciudadanos alemanes.

b) La difusión de los periódicos no alemanes esté sometida a una autorización especial. Estos periódicos no pueden imprimirse en lengua alemana.

c) Sea prohibida por la ley toda participación financiera o toda influencia de no alemanes en los periódicos alemanes. Pe-

dimos que toda infracción de estas medidas sea sancionada con el cierre de las empresas de prensa culpables, así como por la expulsión inmediata fuera del Reich de los no alemanes responsables.

Los periódicos que vayan en contra del interés público deben ser suprimidos. Pedimos que la ley combata una enseñanza literaria y artística generadora de una disgregación de nuestra vida nacional, y la clausura de las organizaciones que contravengan estas medidas.

24. Pedimos libertad en el seno del Estado para todas las confesiones religiosas, en la medida en que no representen un peligro para éste y no ofendan el sentimiento moral de la raza germánica. El partido como tal defiende el punto de vista de un cristianismo constructivo, sin por ello ligarse a ninguna confesión determinada. Combate el espíritu judeo-materialista *tanto en el interior como en el exterior,* y está convencido de que un restablecimiento duradero de nuestro pueblo no puede conseguirse más que desde el interior y sobre la base del principio: «El interés general está por encima del interés individual.»

25. Para llevar todo ello a buen fin, pedimos la creación de un poder central potente, la autoridad absoluta del comité político sobre la totalidad del Reich y de sus organizaciones, así como la creación de cámaras profesionales y de oficinas municipales encargadas de la realización de las leyes-cuadro promulgadas por el Reich, en los distintos *Länder.*

Los dirigentes del partido prometen hacer todo lo posible para la realización de los puntos aquí enumerados, sacrificando su propia vida si fuere preciso.

Munich, a 24 de febrero de 1920.

Documento 7

La ruptura de la «izquierda» nazi con Hitler (4 de julio de 1930) (extractos)

Los socialistas abandonan el N.S.D.A.P.

¡Lectores, miembros del partido, amigos!

Hemos seguido durante estos meses la evolución del N.S.D.A.P. con inquietud, y con angustia creciente hemos podido comprobar que cada vez con más frecuencia y en asuntos cada vez más importantes, el partido actuaba contra determinados principios del nacionalsocialismo.

En numerosos asuntos concernientes a la política interior y a la exterior, y sobre todo en materia de política económica, el partido ha tomado posturas cada vez más irreconciliables con los 25 puntos que consideramos como único programa del partido; más grave aún nos ha parecido el aburguesamiento del partido, la preeminencia de la táctica sobre los principios, y sobre todo la observación alarmante de los progresos de la oligarquía dentro del aparato del partido, convirtiéndose así en la razón de ser del movimiento y situando sus intereses muy por encima de las exigencias del ideal.

Siempre hemos concebido y seguimos concibiendo el nacionalsocialismo como un movimiento conscientemente antiimperialista cuyo nacionalismo se limita a luchar por la defensa y la seguridad de la supervivencia y del crecimiento de la nación alemana, sin tendencias a dominar otros pueblos o países. Para nosotros, *la negativa a una guerra de intervención contra Rusia* mantenida por el capitalismo internacional y occidental ha sido siempre una exigencia evidente que se desprende tanto de nuestro programa como de las necesidades de una política exterior alemana. Así, pues, siempre hemos visto la postura de la dirección del partido en favor de una guerra de intervención como absolutamente contraria al programa y a los intereses de la política exterior alemana.

Para nosotros, la adhesión a la lucha del pueblo indio por su liberación del dominio inglés y de la explotación capitalista, constituye una necesidad que se desprende tanto de la ventaja que representa para la política de liberación alemana el debilitamiento de alguna de las potencias signatarias del Tratado de Versalles, como del sentimiento de apoyo a todo combate emprendido por un pueblo contra un usurpador que le explote. Es una consecuencia necesaria de nuestra ideología nacionalista el

reconocer a los demás pueblos lo que reclamamos para nosotros mismos, el cumplimiento del particularismo racial, ya que el concepto liberal del «carácter sagrado de la cultura» nos es desconocido.

Concebimos el nacionalsocialismo como un movimiento gran-alemán, cuyo trabajo dentro del Estado debe permitir *la edificación de la Gran Alemania racial,* rechazando el aparcelamiento en Estados, efectuado por razones dinásticas, religiosas o arbitrarias (*cf.* las intervenciones de Napoleón) y que impiden el agrupamiento unitario de las fuerzas nacionales como lo requiere la liberación y la afirmación en sí misma de Alemania. A partir de entonces, la postura cada vez más asentada de la dirección del partido, en favor del sistema de Estados, cuya supervivencia e incluso la extensión de sus poderes acaba de ser proclamada como una de las tareas fundamentales del nacionalsocialismo, debe ser considerada como nefasta para los intereses del Estado, y llena de peligros para la realización de la idea de una unidad gran-alemana.

Para nosotros, el nacionalsocialismo ha sido siempre y continúa siendo, ante todo, la gran antítesis del capitalismo internacional; un movimiento que realiza la idea del socialismo traicionado por el marxismo, de la creación de una economía nacional en provecho de esta nación y rompe el sistema del dominio del dinero sobre el trabajo, que impide la eclosión del alma racial y de una auténtica comunidad nacional...

No vemos, pues, en nuestra hostilidad hacia el marxismo y la burguesía ninguna diferencia radical, ya que el liberalismo que anima a ambos los convierte en nuestros adversarios. A partir de esto, la consigna única de la dirección del N.S.D.A.P. «contra el marxismo», no es más que una media verdad, y aumenta en nosotros la inquietud de que esto no hiciese más que ocultar una simpatía por la burguesía, la cual disimula sus intereses capitalistas bajo la misma consigna: no tenemos nada que ver con ello...

Documento 8

Programa de los nacionalalemanes en 1920 *(plataforma para las elecciones en el primer Reichstag)*

¡Hombres y mujeres de Alemania!

El día de las eledciones es el día en que se determina el destino de Alemania. En este día se decidirá si el pueblo alemán quiere adjudicarse una representación que posea la voluntad y el poder de reconstruir el Estado y la economía o si Alemania va a dirigirse hacia su caída definitiva y sin recurso posible...

El gobierno es responsable del *putsch* del 13 de marzo, por violar la Constitución y por faltar de buena fe frente a legítimas reivindicaciones...

El partido nacionalalemán pide:

Una política exterior fuerte y digna. Protección para los alemanes que viven en el extranjero o a lo largo de las fronteras. Un gobierno compuesto por los hombres más capacitados y por especialistas.

La depuración de las funciones públicas de los elementos que se han introducido subrepticiamente en ellas y que no son signos de ellas.

Derechos iguales para todos y rechazo de una dictadura clasista.

Seguridad para las personas y los bienes de todos los ciudadanos alemanes; (...)

La agrupación de todas las fuerzas contra el bolchevismo extranjero, destructor, de la cultura.

El partido nacionalalemán combate todo espíritu no alemán, destructur, tanto si es judío como si no lo es. Se opone al dominio cada vez más acentuado del judaísmo, desde la revolución, en el gobierno y en la vida pública...

Todos aquellos que tengan interés en defender el carácter alemán, la mujer y el niño, el hogar, contra la invasión de las potencias extranjeras, votarán por el partido nacionalalemán.

CAPÍTULO II

JUICIOS DE LOS CONTEMPORANEOS

El desarrollo y las crisis sucesivas de la República de Weimar fueron seguidos con mucho interés por los contemporáneos, quienes vieron dos peligros fundamentales: el renacimiento del militarismo alemán y la toma del poder por los «bolcheviques». Muy pocos fueron los que advirtieron los peligros reales, sobre todo después de 1930. Sobre todo, parece ser que los contemporáneos no comprendieron la influencia que podía tener el extranjero en los acontecimientos de Alemania. Mientras que, en realidad, la política internacional (sobre todo la actitud de los aliados en el problema de las indemnizaciones) era de primerísima importancia, parece que las crisis fueron seguidas desde fuera, como espectadores pasivos. Existía una innegable simpatía hacia las tentativas de construir una república al modo occidental, pero nunca llegó a comprenderse realmente el papel que el extranjero podía representar para apoyar estas tentativas (excepto, quizás durante la era Stresemann, en cierta medida).

Ofrecemos a continuación algunos juicios de contemporáneos, correspondientes a determinados hechos clave de la República de Weimar.

Sobre las elecciones de la Constituyente (19 de enero de 1919)

«Parecen ser los partidos conservadores y los nacionalalemanes quienes hasta ahora pagan los platos rotos de la revolución.»

«Les Dernières Nouvelles d'Alsace»
(21 de enero de 1919)

«Hay que observar que el fracaso de los socialistas independientes no es tan aplastante como se anunció... Los socialistas mayoritarios no tendrán pues la mayoría absoluta en la Asamblea Nacional... La cuestión reside en saber si van a colaborar con los demócratas o con los independientes. Es muy probable que los demócratas se unan a ellos o al centro según los problemas.»

«Le Temps» (24 de enero de 1919)

El «putsch» Kapp

«Ahora que el pronunciamiento se ha producido, toda la historia alemana de los últimos meses se aclara considerablemente y adquiere su lógica. Las interminables discusiones que retrasaron la ratificación de la paz, la propaganda contra Francia a propósito de los prisioneros de guerra, la explosión de furor que se organizó cuando los aliados reclamaron a los culpables el triunfo de M. Hellferich sobre M. Erzberger, las agresiones contra las comisiones interaliadas de control, todo ello no eran más que los trabajos de aproximación y los síntomas de la contrarrevolución. Quienes creyeron que las concesiones alejarían el peligro, se equivocaron completamente, puesto que, al contrario, lo precipitaron.»

«Le Temps» (14 de marzo de 1920)

«Una vez más el bolchevismo ruso y el militarismo prusiano trabajan paralelamente.»

«Le Temps» (18 de marzo de 1920)

Elecciones del 6 de junio de 1920

Causas del fracaso de la S.P.D.

«La socialdemocracia tenía la ruda misión, de buen grado o a disgusto, de hacer descender sobre la tierra el paraíso marxista... Quienes están decepcionados corren a la oposición de extrema izquierda, y los que quieren resistir refluyen hacia la extrema derecha. Tal es el espectáculo al que acabamos de asistir.»

«Le Temps» (9 de junio de 1920)

Los acontecimientos de 1923

Edmond Vermeil, uno de los más eminentes germanistas de la época en Francia, es uno de los pocos que emitió un juicio clarividente sobre Alemania, en la rúbrica que consagraba cada semana en «L'Alsace française» a este país.

«Mientras el gobierno de Berlín está expuesto a los ataques de los terratenientes de Prusia y de los nacionalistas o particularistas de Baviera, está amenazado por otro lado por el socialismo y el comunismo de Sajonia. Los comunistas han intentado (pues), en Turingia, instaurar una especie de dictadura. Y todos estos movimientos convergen evidentemente hacia la constitución de un bloque rojo en Alemania central, que comprendiese Sajonia, Turingia y Brunswick... La resistencia pasiva está llegando a su fin por la fuerza misma de las circunstancias. Pero la Alemania que saldrá de esta crisis nos parece mucho más descompuesta, más peligrosa que nunca. Una espantosa guerra civil se prepara. Antes de que sea demasiado tarde, sería preciso solucionar el problema de la cuenca del Ruhr.»

«L'Alsace française» (20 de octubre de 1923)

«Una Alemania comunista parece imposible y el espectro bolchevique en este país en que la agricultura va a su pleno rendimiento, donde la maquinaria industrial es de primer orden,

donde las masas proletarias saben perfectamente que su existencia depende de los campesinos proveedores de las mercancías y de las fábricas que les proporcionan trabajo regular y salarios, me parece un fantoche como mínimo cómico. ¿Es acaso posible una Alemania puramente nacionalista?

»Este es el problema, el reverso de la medalla, si se quiere. Cuando el golpe de Estado Kapp-Luttwitz, en el que hubiera podido hundirse el régimen weimarianos, vimos alzarse a todas las organizaciones proletarias, unirse y armarse con todas sus fuerzas aglomeradas contra el peligro. En estos momentos, ¿tendrían aún la misma capacidad?... ¿Y quién de nosotros ignora que el destino de Alemania está entre las manos de la socialdemocracia?»

«L'Alsace française» (17 de noviembre de 1923)

Sobre la elección de Hindenburg

«Esta vez la fachada republicana, tras la cual no ha dejado de agitarse la vieja Alemania imperial y militarista, se ha resquebrajado de arriba abajo y ya nunca más conseguirá engañar a nadie.»

«Le Temps» (28 de abril de 1925)

«Si la elección de Hindenburg revierte hacia la unidad nacional y si esta unidad halla una expresión pacífica, no hay ninguna duda de que habrá una actitud amistosa aquí, pero es también indudable que las intenciones pacíficas de Alemania bajo el mandato de Hindenburg serán mucho más difíciles de realizar que si hubiera sido elegido un presidente de tipo más pacífico y que sería entonces mucho más fácil transformar la tendencia del sentimiento americano que en estos momentos se presenta razonablemente amistoso.»

«The Times» (29 de abril de 1925)

La muerte de Stresemann

«En el terreno de la política interior, la desaparición de M. Stresemann amenaza con derrumbar irremediablemente el gabinete Müller y dislocar la coalición parlamentaria por la defección de los populistas. En el terreno de la política exterior, es de temer, ahora que M. Stresemann ya no está, un desarrollo más violento de la campaña de los nacionalistas contra el plan Young y contra los acuerdos de La Haya.»

«Les Temps» (4 de octubre de 1929)

El gobierno Brüning

«Es absolutamente sorprendente que un gobierno orientado hacia la derecha haya podido constituirse en un decir ¡Jesús!, cuando sabemos perfectamente que no habrá en el parlamento una mayoría normal para sostenerle...

»... Tal como está compuesto, el nuevo gabinete alemán es esencialmente representativo de los elementos de los partidos burgueses más dispuestos a la conciliación...

»El gabinete Brüning no es más que un gabinete minoritario que no tiene posibilidades de continuidad más que gracias a la complacencia de la derecha a veces, y a veces, de la izquierda, según las circunstancias, pero incapaz de imponer por sus propios medios una política clara y firme a un parlamento en el cual chocan las más opuestas tendencias.»

«Le Temps» (30 de marzo de 1930)

*Los últimos meses: la gran crisis y el final de la República (abril de 1932 - enero de 1933)**

«El partido socialdemócrata y su clientela no tiene nada que esperar de un gabinete que reúne a sus adversarios más

* Los recortes de prensa aquí reproducidos han sido extraídos de la obra de Alfred Groser *Hitler la presse et la paissance d'une dictadure,* colección «Kiosque», Armand Coling, 1959, 263 págs.

distinguidos. Los obreros comunistas no ignoran que serán tratados como enemigos y sin miramientos. Pero estos comunistas son los únicos capaces de oponer la violencia a una política interior de reacción y de represión. No es seguro que la socialdemocracia responda al llamamiento de constituir un frente único de resistencia proletaria, sobre todo, lo que aún es menos seguro que, si la entente llegara a realizarse, estaría seguida de una acción común. Desde hace meses, ante las repetidas victorias del hitlerismo, la socialdemocracia ha perdido el vigor que poseía en los tiempos del *putsch* Kapp. Parece que el desánimo se ha apoderado de ella, y, ante el curso inexorable de los hechos, sus mejores hombres mantienen posturas desesperadas.»

«L'Information» (2 de junio de 1932)

«La situación no ha experimentado ningún cambio en el frente político alemán. El inventario de las fuerzas en juego no deja entrever ningún cambio sensible relativamente a la elección presidencial y a las elecciones del *Landstag* prusiano. El nuevo Reichstag, si llegara a reunirse algún día, se parecerá como una gota de agua a otra al ya difunto, que tan poco tiempo alcanzó a vivir. Socialistas, centristas, hitlerianos, continúan más o menos en las mismas posiciones que antes. Sólo los comunistas, que han avanzado en un 15 por 100, pueden reivindicar cierta ventaja.

»Salvo error, es la primera vez que el racismo hitleriano sufre una pausa en su avance triunfal y, en lo que a él respecta, el mantenimiento del *statu quo* es, indudablemente, un logro considerable. La ola se ha extendido hasta el límite, incluso en ciertas regiones de Alemania y sobre todo, en las grandes aglomeraciones obreras, se aprecia un principio de reflujo. Las combinaciones políticas inestables, como lo es la hitleriana, no pueden mantener su hegemonía más que con el éxito y el progreso. Por mi parte, no pongo en duda que este alto en el camino haya sido infligido a los nazis por el gobierno Schleicher-Papen, el cual ha hecho redundar en provecho propio la

"ideología" hitleriana, y ha demostrado a Alemania que, ocurra lo que ocurra, el camino del poder permanecerá cerrado ante Hitler.»

«Le Populaire» (2 de agosto de 1932)

«Sobre todo, lo que hay que recalcar es que el resultado de conjunto del escrutinio aporta una justificación retrospectiva a la táctica adoptada desde hace dos años por la socialdemocracia. Como contrapartida a la pérdida que ha sufrido, asegura finalmente el resultado capital por el que lo sacrificó todo.

»¿Qué pretendía, ante todo, la socialdemocracia? Bloquear a Hitler el camino que conduce al poder, impedirle el acceso legal, escamotearle las ocasiones de conquista mediante la fuerza. Tales fueron a un tiempo la meta y la pauta, y con ello se explican los actos y la inactividad que tanto sorprendieron y conmocionaron a la opinión pública francesa. Ahora, Hitler queda excluido del poder; incluso, si se me permite, diré que está excluido de la esperanza de llegar al poder...

«... Resumamos estas primeras impresiones. La socialdemocracia conserva su poder para las luchas futuras. Entre Hitler y el poder se alza una barrera infranqueable. Y este fracaso decisivo del racismo es, por excelencia, la victoria de la socialdemocracia.»

«Le Populaire» (8 de noviembre de 1932)

«El hecho de que el mariscal Von Hindenburg pueda decidirse a confiar el gobierno al "Führer" nacionalsocialista, que fue su adversario personal y que le combatió tan rudamente, no es precisamente un hecho que pueda aumentar el prestigio del presidente del Reich. Sería igualmente desconcertante que, bajo pretexto de reunir una mayoría parlamentaria de derechas, hubiese que llegar a establecer una auténtica dictadura hitleriana, que no dejaría de provocar las reacciones más extremas en Alemania, por parte de las organizaciones obreras cristianas, socialistas y comunistas. Un gabinete Hitler añadiría una dificultad más a las ya existentes con Alemania, y no es

seguro que este gobierno contara con el apoyo incondicional de la Reichswehr, apoyo este que fue la principal garantía del gabinete Von Schiller.»

«Le Temps» (30 de enero de 1933)

CAPÍTULO III

PROBLEMAS Y CUESTIONES DE INTERPRETACION

I. El «misterio» de la República de Weimar ante la Historia.
II. La revolución de noviembre, los consejos obreros y el espartaquismo.
III. La Constitución de la República de Weimar y la evolución del régimen.
IV. Influencia de la política exterior en la evolución de la República de Weimar.
V. El problema de la inflación de 1923.
VI. La financiación de Hitler.

I. EL «misterio» de la República de Weimar ante la Historia

Como hemos dicho anteriormente, la cuestión fundamental permanece: ¿cómo y por qué en un país de una cultura análoga a la de los restantes países europeos, en pleno siglo XX, pudo fracasar tan lamentablemente una experiencia de democracia «razonada» y degenerar en un sistema que condujo nuevamente a la humanidad a la barbarie? Esta es la esencia del

«misterio» de la República de Weimar. Planteado en términos menos políticos, se reduce a la pregunta de cuáles son las razones del acceso de Hitler al poder.

Así planteada, la pregunta está mal formulada y no tiene respuesta válida. En el terreno de la historiografía, explica dos actitudes dominantes contradictorias y finalmente tan decepcionantes la una como la otra.

La primera de estas dos actitudes consiste en buscar las causas de la degeneración de la República de Weimar a través de los fenómenos particularmente originales de Alemania. En su formulación extrema simplificada, consiste en afirmar, de un modo u otro, la ineluctabilidad del advenimiento del nazismo (es, por ejemplo, la postura apenas esquematizada de W. L. Shirer en su célebre obra *El Tercer Reich, de los orígenes al final)*.

Pero, ¿se trata realmente de Historia? En el caso de Shirer sería demasiado fácil hablar de periodismo, porque el autor es periodista profesional. Lo que realmente nos importa ahora son los grandes rasgos de esta actitud. La caída de Weimar, el advenimiento del nazismo y la forma que éste tomó se presentan frecuentemente como desprendiéndose del conjunto de la historia de Alemania en un movimiento absolutamente irreversible. Además, este modo de pensar se coge a las raíces intelectuales del Tercer Reich. Así, por ejemplo, malparando un tanto y vulgarizando un mucho el pensamiento de Nietzsche, se le convierte en un precursor directo de Hitler. Parece ser que se confunden dos cosas completamente distintas, a saber: las raíces del nazismo con las causas de la caída de Weimar. Efectivamente, a todo movimiento ideológico se le puede encontrar raíces intelectuales. Estudiar la influencia de Gobineau o de Houston Stewart Chamberlain sobre Hitler, tiene un interés evidente, pero no explica en modo alguno las causas de la caída de Weimar. Más aún, por este camino, no vemos rápidamente llevados a exponer tesis con un evidente trasfondo de racismo antialemán (este fenómeno resulta sorprendente, por ejemplo, en las *Memorias de Churchill)*. Luego no es de extrañar que

una obra como la de Shirer tuviera en Alemania una acogida tan desfavorable.

Esta tesis de la ineluctabilidad de la caída de Weimar se ha explicado de otras maneras más serias, aunque no todas pueden ser tomadas en cuenta. En un artículo consagrado a la problemática histórica de la República de Weimar, *Die Weimarer Republick als Forschungs problem,* «Viertelsjahrshefte für Zeitgeschichte», 1955, págs. 1-19, Karl Dietrich Erdmann les marca un destino quizás demasiado rápido. Igualmente la tesis tan matizada de Arthur Rosenberg en su obra *Entstehung und Geschichte der Weimarer Republik* (Francfort, 1955, págs. 231-265) parece conducir a una concepción casi mecanicista. De hecho, lo que Rosenberg pretende decir es mucho más sutil, y sobre ello Gilbert Badia *(La historiografía alemana desde la guerra, Alemania de 1918 a 1945,* los «Annales», 1966, págs. 449-463) realiza un análisis mucho más exacto. Para Rosenberg, de hecho, el rechazo casi patológico de la revolución y la república burguesa y conservadora que vino tras ella, pusieron a la República alemana en «un callejón prácticamente sin salida» (Badia). Igualmente, Erdmann rechaza muy someramente (en cuando al fondo) la tesis expuesta por Eric E. Kollmann *(The historical significance of the Weimar Republic,* «Toronto Quarterly Rewiew», 1947). Según Kollmann, la República de Weimar estaba destinada al fracaso desde el momento en que se afirmó como resueltamente liberal, no respondiendo con ello al momento histórico en el que pretendía insertarse. La democracia liberal había ya pasado a la Historia, correspondió a los siglos XVIII y XIX en un determinado momento del desarrollo económico y social. En 1918-1920 ya no era así: a falta de una revolución socialista, Weimar debía degenerar necesariamente en el prototipo de la contrarrevolución. Desde luego, no hay que rechazar esta tesis *a priori.* Pero, tal como está expuesta, suena a poco científica. Parece integrarse en una filosofía de la Historia necesitada de sólidos fundamentos.

Precisamente como reacción contra esta primera actitud, se ha desarrollado una *segunda actitud,* sobre todo en Alemania federal. Esta actitud ha sido muy justamente denunciada por

Badia en su nota sobre la historiografía alemana desde la guerra. Badie formula su crítica a partir de la imponente obra de K. D. Bracher: *Die Auflösung der Weimarer Republik,* 4.ª edición, 1964, Villingen, 809 págs., considerada como un clásico. Badia recuerda que Bracher «procede al estudio de las causas del derrumbamiento del régimen weimariano con tal minucia, con tal infinidad de razones, sin que el lector pueda distinguir claramente en todos los casos las causas determinantes de las causas secundarias». A este reproche, Badia añade el de hacer pasar «el sustrato económico» a segundo término. El primer reproche está mucho más justificado. A pesar de todo, hay que recordar el subtítulo de la obra de Bracher, que dice *Eine Studie zum Problem des Machtverfalls in der Demokratie.* Este subtítulo explica en parte el trasfondo metodológico en que Bracher se sitúa: Efectivamente, puede decirse que se trata más bien de una obra de politólogo que de historiador[30]. Por otra parte, Bracher es profesor de ciencia política. Con ello, la «gran aspiración» de su obra queda mucho mejor explicada: se trata de destacar los mecanismos de «disolución» *(Auflösung)* de la República, a partir de 1930. El reproche de un exceso de minuciosidad, indudablemente está fundamentado, pero, en cierta medida, sólo en segundo grado. Bracher no ha pretendido realmente analizar las causas de la «disolución» del régimen weimariano, sino simplemente rendir cuenta de ellas. *Y esto precisamente es lo grave:* existe actualmente, en la historiografía alemana (R.F.A.) actual, una especie de *negativa* a buscar explicaciones globales. Esta negativa precisamente es lo que ha dado lugar a una amplia producción de calidad en la investigación de los detalles, pero insuficientes para la mejor comprensión de la aventura weimariana. Se publican, pues, numerosas monografías, claros exponentes de un trabajo meritorio y honesto, pero cuyos resultados no están frecuentemente a la altura del esfuerzo realizado[31].

---

[30] Quizá en el sentido que daba André Siegfried a la ciencia política: la historia del presente.

[31] Testimonio de ello son los trabajos publicados en el Droste-Verlag de Düsseldorf, por la Kommission für Geschichte des Parlamentarismus und der

Actualmente podemos afirmar, sin exponernos demasiado, que las fuentes concernientes a la República de Weimar son perfectamente conocidas y han sido ampliamente exploradas. Lo que falta son trabajos de síntesis más que trabajos que analicen con todo lujo de detalles, este o aquel período de un determinado grupo aislado.

El conocimiento histórico que se tiene de la República de Weimar es, hasta cierto punto, «perfecto». Pero falta por hacer, con todo el material disponible, un amplio trabajo de reflexión. Los únicos historiadores que han emprendido trabajos de esta índole son los de la República Democrática Alemana, y, de forma más matizada, los autores marxistas.

En el terreno preciso de las causas de la caída de Weimar, el problema se reduce a preguntar qué lugar debe ocupar la economía. Curiosamente este lugar se concibe de dos modos distintos.

Por una parte, los historiadores de Alemania del Este acentúan sobre todo el papel de los poderes económicos. Hitler queda reducido «al papel de emisario de los poderes económicos» (G. Badia, precitado en los «Annales», 1967). Pero, incluso considerándola desde esta óptica simplista, no existe una obra importante en la R.D.A. sobre esta cuestión. El pequeño opúsculo del americano G. W. F. Hallgarten, *Hitler, Reichswehr und Industrie* (Francfort, 1955, 139 págs.) constituye una de las únicas y escasas fuentes.

Por otra parte, existe un segundo aspecto de las causas económicas de la caída de Weimar que debe ser esclarecido y al que se ha prestado mayor atención en el Oeste que en el Este. Es el problema de la infiltración nazi en el campo obrero. Entre los historiadores marxistas, sólo Arthur Rosenberg (sobre todo en su contribución precitada en *Faschismus und Kapitalismus* con el título *Der Faschismus als Massenbewegung,* Franc-

---

politischen Parteien (35 volúmenes publicados hasta ahora). Algunos son excelentes (por ejemplo, el de Peter VON OERTZEN: *Betriebsräte in der Novemberrevolution,* tomo 25, 1963, 377 págs.). Otros no son más que una muy honesta compilación de hechos, sobre todo los consagrados al estudio de algunos partidos políticos, durante un período muy breve (tres-cinco años).

fort, 1967) y Gilbert Badia en su excelente *Histoire de l'Alemagne contemporaine* (Editions Sociales, 1962, 2 tomos, de los cuales el primero está consagrado a Weimar) parecen haber tomado plena conciencia del problema. Efectivamente, es imposible negar este aspecto. Sobre todo es preciso dar cuenta de la alhesión de una importante fracción de los obreros en paro al nazismo, más que al partido comunista (aun reconociendo, paralelamente, los progresos del partido comunista en los años de crisis 1929 y 1933 e incluso que durante las elecciones de 1932, cuando se registró el retroceso nazi, la progresión comunista continuó). Así, pues, es evidente que a partir de 1929 existe un asombroso paralelismo entre la curva de paro y la de la progresión nazi en los distintos escrutinios del Reichstag (hasta el punto de que *incluso* el retroceso nazi de noviembre de 1932 es paralelo a un descenso sensible del paro a partir de mitades de 1932). Ciertamente, estos fenómenos son muy difíciles de «reducir» a un análisis marxista: por ello no basta con decir que los obreros fueron «engañados» por la propaganda nazi *(cf.* el programa de liberación nacional y social propuesto por el partido comunista en 1930), es preciso *también* analizar las causas de este «error» del proletariado. Es un trabajo difícil y quizás ingrato, pero que aún no ha sido nunca emprendido de modo sistemático.

II. La revolución de noviembre, los consejos obreros y el espartaquismo

El análisis histórico de los acontecimientos de noviembre de 1918 hasta enero de 1919 ha variado de un modo considerable. Hemos intentado, en la *exposición de los hechos,* mostrar por una parte lo que hemos llamado la ambigüedad de noviembre y, por la otra, situar el espartaquismo en su contexto. Entre ambas cosas, ha sido preciso también rendir cuentas del papel que representaron los consejos obreros.

Sobre los acontecimientos de noviembre propiamente dichos, parece ser que no subsisten ya divergencias de carácter

fundamental. *La jornada del 9 de noviembre no fue ni siquiera el día de los engañados,* puesto que no engañó a nadie. Ni los socialistas mayoritarios *(cf.* el relato de Noske en *Von Kiel bis Kapp, zur Geschichte der deutschen Revolution,* Berlín, 1920, que no disimula en absoluto que los mayoritarios quisieron incluso evitar una jornada como la del 9 de noviembre y que si se pusieron al frente fue sólo para controlarla mejor), ni los partidos burgueses (reconfortados por la garantía del príncipe Marx de Bade y por el juego de la S.P.D.: *cf. Die Regierung des Prinzen Max von Baden,* por E. Matthias y R. Morsey, Düsseldorf, 1962), ni el ejército, ni, sobre todo, los espartaquistas (da fe de ello la oposición que plantearon al consejo de comisarios surgido de la reunión en el Circo Busch) fueron engañados. Tras la represión espartaquista, los comunistas presentaron el movimiento de noviembre como revolucionario, y no antes, por razones tácticas evidentes. En cambio, actualmente, incluso en la R.D.A. se ha vuelto a una concepción mucho más matizada, cercana a las tesis de Rosenberg (en *Entstehung der Weimarer Republik,* págs. 240-242), como lo atestigua la declaración de W. Ulbricht: «La revolución de noviembre debe caracterizarse como una revolución democrático-burguesa que, en cierta medida, se llevó a cabo con métodos y medios proletarios» (en *Erlebnisberichte aktiver Teilnehmer der Novemberrevolution 1918-19,* Berlín, 1963, págs. 9 ss., y 27, citado por P. v. Oertzen, *Betriebsräte in der Novemberrevolution,* Düsseldorf, 1963, pág. 56).

En cuanto al espartaquismo, al contrario, las opiniones están netamente divididas. Es provechoso consultar las distintas publicaciones que Gilbert Badia le ha consagrado: *Les Spartakistes. 1918: Allemagne en révolution,* colección «Archives», Julliard, 1966, 297 págs.; *Le Spartakisme. Les dernières années de Rosa Luxemburg et de Karl Liebknecht 1914-1919,* L'Arche, 1967, 439 págs. (incluye documentos inéditos). A esto hay que añadir el excelente estudio de Badia consagrado a la historiografía del espartaquismo, con el título *Le spartakisme et sa problématique* (los «Annales», 1966, págs. 654-667).

Sin embargo, parece ser que Badia sobrevalora un tanto la

fuerza y la implantación del espartaquismo. No basta con saber que el espartaquismo fue una fuerza revolucionaria auténtica, que intentó construir su acción en las semanas que siguieron a la «revolución de noviembre» para afirmar que la situación de diciembre de 1918 - enero de 1919 era una situación revolucionaria. Ni siquiera es posible apoyarse en la célebre declaración de Noske, quien afirmaba hablando del 6 de enero de 1919 (día en que la insurrección espartaquista alcanzó su punto culminante en Berlín): «Si aquellas masas hubieran contado con jefes que supieran exactamente a dónde iban, aquel día, al mediodía, Berlín habría sido suyo.» No hay que confundir dos problemas que son bien distintos: el de la mala dirección que tuvo la insurrección (lo que no presenta ninguna duda) y el de la *situación real* de Berlín y de Alemania. Mejor dirigidos, los espartaquistas hubieran quizá alcanzado el control de Berlín, pero nada indica que el movimiento se hubiera extendido por todo el país o simplemente que se hubiera mantenido en Berlín, sino todo lo contrario: Todo lo más se hubiera podido alcanzar una situación similar a la de la Comuna de París de 1871 (incluso con el apoyo de algunos centros urbanos). Finalmente, G. Badia reconoce que faltos de una organización y de una implantación sólida en el Reich, su influencia no fue más que momentánea y episódica» (en *Le Spartakisme et sa problématique)*.

Durante las semanas de diciembre de 1918 a enero de 1919, se puede decir, resumiendo, que a pesar de la popularidad de sus jefes (Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht), a pesar de una «capacidad de movilización» innegable, el espartaquismo no consiguió pasar del estado de motín al de insurrección revolucionaria.

Queda por examinar el papel de los consejos obreros, su importancia real.

La respuesta debe ser matizada, según si nos situamos en el terreno de su influencia política en la evolución de Alemania durante las semanas siguientes a la revolución, o en el terreno de su actividad a nivel regional o local.

En cuanto al *primer punto de vista,* creemos haber demos-

trado que, finalmente, la influencia de los consejos en la evolución del conjunto del régimen después de noviembre fue bastante débil. Incluso se podría decir que contribuyeron en gran medida a la implantación de la república burguesa. Al decidirse, en el congreso nacional de los consejos (en diciembre) que se fijara la elección de la Constituyente (el 19 de enero, se ponía fin a lo que aún subsistía de la situación revolucionaria en Alemania, en el terreno de lo estrictamente jurídico y formal. Los espartaquistas no pudieron actuar dentro de los consejos (excepto en algunos casos aislados), ya que pretendían organizar una «réplica de los consejos».

Sobre el *segundo punto,* es cierto que los consejos representaron una tentativa muy interesante, ampliamente influida por el ejemplo bolchevique. Con respecto a este punto, se han publicado varias obras: sobre todo, la ya citada de P. v. Oertzen; Walter Tormin, *Zwischen Rätediktatur und soziale Demokratie. Die Geschichte der Rätebewegung in der deutscher Revolution,* Düsseldorf, 1954; Eberhard Kolb, *Die Arbeiterräte in der deutschen Innenpolitik 1918-1919,* Düsseldorf, 1962.

III. La Constitución de la República de Weimar y la evolución del régimen

Se ha criticado mucho la Constitución que entró en vigor el 11 de agosto de 1919. Se le ha querido imputar una parte importante de culpa en la caída del sistema.

De hecho, esta Constitución se inscribe en el marco de lo que en aquella época se llamaba «parlamentarismo racionalizado». Todas las Constituciones de la época entre las dos guerras (excepto, naturalmente, la de la URSS, por una parte, y la de las dictaduras totalitarias y fascistas por otra) llevan la marca de esta búsqueda de la perfección constitucional, que generalmente se traduce por una complicación del sistema vigente. Esta complicación es aún mayor en los regímenes federales, o sea, en el caso de Alemania.

Desde el punto de vista constitucional, Weimar representa

una tentativa extraordinariamente original. El bicefalismo del ejecutivo, la elección del presidente de la República mediante sufragio universal en un sistema que en parte se mantiene en el parlamentarismo, la disolución casi discrecional por el jefe del Estado, no son, tomados aisladamente, elementos desconocidos en el derecho constitucional de la época. Fue su combinación lo que, en un sistema *republicano,* representó una innovación. A esto hay que añadir la muy extensa lista de los derechos individuales, así como el célebre artículo 48 que, por el hecho del control parlamentario sobre su ejercicio, no tiene el alcance que a veces se le ha querido dar. De hecho, la experiencia de gobierno sobre esta base constituyó un fracaso a partir de 1930.

Para un análisis más profundo sobre la Constitución, consúltese la obra de base que constituye el libro de W. Apelt, *Geschichte de Weimarer Verfassung,* Munich, 1964, 2.ª ed. 461 páginas. Además: Charles Eisenmann, *Bonn et Weimar. Deux Constitutions de l'Allemagne* («La documentation française», 3 de junio 1950, núm. 1.337). Ernst Forsthoff, *Deutsche Verfassungsgeschichte der Neuzeit,* 3.ª ed. Stuttgart, 1967, 192 págs.

IV. Influencia de la política exterior en la evolución de la República de Weimar

El problema de las interferencias de la política exterior en el curso de la República de Weimar es un asunto largamente debatido, que se discutía en la misma época en que se desarrollaron los acontecimientos, por los contemporáneos.

En primer lugar, el Tratado de Versalles fue el objeto principal de las discusiones. Sin embargo, hay que guardarse muy bien de confundir la apreciación del propio Tratado de Versalles y de lo que éste representa, con el juicio elevado a nivel geopolítico sobre la evolución que debía conducir a la Segunda Guerra Mundial (fundamentalmente el problema de las «garantías», y, de forma más general, la actitud de los aliados frente a Alemania después de 1930).

Dejando al margen la apreciación posible sobre la amplia reorganización del equilibrio europeo que constituyó Versalles, *podemos* preguntarnos si un *Diktat* semejante permitía la reconstrucción de una paz duradera en Europa, particularmente desde el punto de vista de la nueva Alemania. Hay que distinguir también entre las disposiciones del Tratado de Versalles y el problema de las *indemnizaciones,* que tanto llegó a pesar. Indiscutiblemente, el Tratado de Versalles humilló a Alemania y a los alemanes (no hay más que recordar el frenesí con el que los alemanes, al entrar en París en 1940, se precipitaron a los archivos del Quai d'Orsay para recuperar el original francés del Tratado). No sólo el artículo 231 («el artículo de la vergüenza»), sino todo el conjunto del tratado humillaba y había sido concebido para humillar. La pérdida de las colonias (presentada como un «castigo», y el sistema hipócrita de los mandatos), la responsabilidad moral, penal y financiera, la pérdida de territorios, la internacionalización de determinadas porciones del territorio alemán (canal de Kiel, por ejemplo), todo ello daba fe de una sistemática voluntad de «castigo». Alemania fue dejada al margen de Europa (no fue admitida en la Sociedad de Naciones), el *Anschluss,* deseado tanto en Alemania como en Austria, fue prohibido. En el terreno psicológico, era una catástrofe. En el terreno de lo político es más difícil juzgar, ya que es perfectamente ocioso el preguntarse qué hubiera ocurrido de construirse otra fórmula de paz. Pero no hay que subestimar el hecho de que Versalles representó para Alemania un mito tan tenaz como Alsacia-Lorena y la línea azul de los Vosgos para Francia entre los años 1871 y 1918.

En cuanto al problema de las indemnizaciones, es mucho más complejo. En cualquier caso, las indemnizaciones exigidas por los aliados (sobre todo por Francia) eran desmesuradas. Churchill (en sus *Memorias,* de una agresividad rayana al racismo con respecto a lo que él llama «los teutones») condena, igual que lord Keynes, el total y las modalidades de las indemnizaciones. Desde cualquier punto de vista, el sistema era aberrante (¡aunque sólo fuera por los disturbios que necesariamente debía suscitar en las industrias de los países beneficiarios!).

En cualquier caso, la conclusión es que las indemnizaciones pesaron inútilmente en las relaciones entre los aliados y los alemanes, en la medida en que los resultados finales no estuvieron, ni mucho menos, a la altura de las pretensiones.

Es preciso, *a continuación,* examinar en la medida de lo posible la influencia de la política exterior «general» en la evolución de Weimar. Este aspecto de la vida de la República de Weimar parece estar de moda actualmente, en lá R.F.A. (quizá también a causa del paralelismo existente, al respecto, entre Weimar y Bonn). Esta moda va emparejada con la otra más general, que ha erigido últimamente las relaciones internacionales en disciplina casi autónoma. Cierto que después de la Segunda Guerra Mundial, y por razones harto evidentes que no es preciso recordar aquí, la influencia de la política internacional sobre la política interior ha aumentado considerablemente (igual que el fenómeno exactamente inverso). La conocida obra de Maurice Baumont, *La faillite de la paix, 1918-1919* (2 tomos, colección «Peuples et civilisations», PUF) cuyo primer tomo (nueva edición, 1967) cubre aproximadamente los catorce años de Weimar, es muy característica respecto a esto.

En la R.F.A. se han emprendido diversos y numerosos estudios sobre este tema: sobre todo para delimitar mejor la personalidad de G. Stresemann *(cf.* Annelise Thimme, *Gustav Stresemann. Eine politische Biographie zur Geschichte der Weimarer Republik,* Hannover, 1957; Roland Thimme, *Stresemann und die deutsche Volkspartei,* Lübeck-Hamburgo, 1961). La obra de Ludwig Zimmermann, *Deutsche Aussenpolitik in der Ära der Weimarer Republik* (Gotinga, 1958), comprende el conjunto de la política exterior de Weimar.

La *exacta* influencia de la política exterior en la vida interna de Weimar resulta muy difícil de calibrar. Es fácil con respecto a ciertas manifestaciones concretas. Además de Versalles y de las indemnizaciones, está claro, por ejemplo, que la ocupación del Ruhr en enero de 1923 fue un catalizador importante. Por otra parte, es cierto que desde el *punto de vista interno,* la era de Stresemann, 1924-1929, corresponde al período de estabili-

dad de la República. Pero la relación causal entre los dos elementos es muy indirecta. Se puede afirmar simplemente que el plan Dawes, al establecer una cierta confianza en las relaciones de Alemania con los aliados (sobre todo en el terreno *financiero* y *económico)*, contribuyó a poner término a la crisis de 1923. Luego, a pesar del «nacionalismo» de Stresemann, se puede afirmar que su política fue una política de apaciguamiento. Locarno fue también un triunfo en la política interior alemana.

En cambio, el problema de las relaciones con la URSS, en la línea de Rapallo, es menos conocido. Los archivos (sobre todo los soviéticos) no parecen ser aún muy accesibles al respecto. Incluso desde el punto de vista alemán, toda esta política se llevó a cabo con cierta discreción. La repercusión de esta política en el partido comunista alemán no parece haber sido muy considerable: no es posible compararla con el efecto que tuvo para el partido comunista francés el viaje de Laval a Moscú en 1935.

V. El problema de la inflación de 1923

La inflación es un problema bien conocido por los contemporáneos. Sin embargo, que nosotros sepamos, no hay más que dos ejemplos de inflación «loca», es decir, un aumento que alcanzara proporciones astronómicas en el papel moneda, en que los precios nominales (de los objetos de uso común) se expresaran en millones o en miles de millones. Estos dos ejemplos son la Alemania de Weimar en 1923, y la China de Chang Kai-chek en 1949, poco antes de la entrada de las tropas comunistas en Pekín (octubre de 1949). Las causas no pueden ser idénticas en ambos casos, a menos que reduzcamos la inflación a su expresión «mecánica», o sea, a la utilización intensiva de la máquina de imprimir billetes.

El gran debate sobre la inflación de 1923 se centra alrededor de una pregunta fundamental: ¿fue una inflación voluntaria o no? Durante la crisis, frecuentemente se emitió la opinión,

sobre todo por parte de los acreedores de Alemania, de que esta demencial inflación era voluntaria, querida conscientemente, para debilitar la capacidad de pago de Alemania. Expresada en estos términos, esta tesis es insostenible, incluso aunque encierre una incontestable parte de verdad. La inflación es de hecho un fenómeno demasiado complejo para que pueda ser reducido a una explicación tan simplista[32].

La inflación alemana tiene su origen, en *primer lugar,* en la política de financiación de la guerra durante los años 1914 a 1918. La guerra no puede financiarse más que por tres medios: los impuestos, los préstamos y la inflación. Cuando la capacidad de impuesto y de préstamo se agotó, hubo que decantarse por la inflación, sobre todo cuando la economía alemana tuvo que volverse, forzosamente, casi autárquica *(grosso modo,* hacia 1916-1917).

En segundo lugar, no es posible subestimar la influencia del peso de las indemnizaciones sobre el equilibrio del presupuesto alemán a partir de 1919-1920.

Finalmente, el recurso a la inflación fue aún más importante cuando la resistencia pasiva. Coyunturalmente, la inflación efectuó un paso «cualitativo» para alcanzar las proporciones antes descritas, justamente cuando la ocupación del Ruhr. Cierto que en aquellos momentos (primavera de 1923) el recurso de la prensa de papel moneda se convirtió en el medio *exclusivo* de financiación de la resistencia pasiva (que, como ya dijimos, costaba como término medio, 30 millones de marcos oro diarios). Hay que añadir, en este momento, el elemento psicológico inherente a toda inflación: si el público pierde confianza en la moneda, ésta está perdida.

En consecuencia, se comprende que el final de la inflación estaba ligado a una doble operación de «choque»: la noticia espectacular del final de la resistencia pasiva (26 de septiembre

---

[32] La única obra de conjunto sobre la inflación alemana es la de Constantino BRESCIANI-TURRONI: *The economics of inflation. A study of concurrency depreciation in post-war Germany 1914-1932,* 2.ª edición, Londres, 1953, 464 páginas.

de 1923) y la creación de una nueva moneda garantizada. Todo estaba jugado y ganado desde el 15 de noviembre de 1923.

En el terreno de las indemnizaciones, la única ganancia fue la rápida puesta en marcha del plan Dawes, así como los préstamos que permitieran a la economía alemana reestructurarse rápidamente. Sin embargo, es cierto que una importante fracción de la industria alemana no perdió nada en la crisis, sino todo lo contrario. No hay que subestimar tampoco la importancia de este sector en el conjunto de la crisis y los medios utilizados para salir de ella. Desde este punto de vista, es innegable una cierta coalición entre el gobierno Cuno (y el gobierno Stresemann más tarde) y estos sectores de la industria.

VI. La financiación de Hitler

Por muy curioso que parezca, ésta es una cuestión mal conocida. Más exactamente, ciertos aspectos de ella están poco claros.

En efecto, es preciso descomponer el problema según el período que se considere.

Por una parte, el primer período del nazismo, que llega hasta el *putsch* de la Cervecería, se conoce bastante bien. Durante este período, Hitler y su naciente movimiento aparecen como uno entre tantos de los numerosos grupos antirrevolucionarios. Por esto, tuvieron subsidios no regulares según los encuentros y los éxitos locales *(cf.* sobre estos problemas la obra antes citada de W. Maser, *Naissance du parti national-socialiste allemand,* Fayard, 1967). Thyssen, por ejemplo, ya le ayudaba desde esta época *(cf.,* a pesar de su carácter muy incompleto, el libro escrito por Thyssen *I paid Hitler,* Londres, 1941). Las observaciones de Daniel Guérin en su *Fascisme et grand capital* (nueva edición Maspero, 1965, 318 páginas) están mucho más justificadas para este período que para el período 1930-1933. Pero, para este período, 1920-1923, hay que añadir donaciones como la

que permitió a Hitler la compra del «Völkischer Beobachter», de incierto origen[33].

Para el segundo período, entre los años 1924 y 1930, los elementos son los peor conocidos. Hallgarten (ya citado) no encuentra prácticamente nada que indicar.

De hecho, el movimiento fue bastante pobre, ya que la industria se dirigía principalmente hacia los nacionalalemanes y los populistas, sus aliados tradicionales.

Finalmente, para el último período, los elementos son muy claros, incluso ciertos detalles concretos son muy conocidos.

A partir de 1930, progresivamente, la industria (no sólo la industria pesada) y las finanzas *(cf.* el papel de Schacht) ven en Hitler, cada vez más, un elemento «seguro»[34]. Esto hasta el verano de 1932. En esta fecha, la ligera *reprise* de la economía, la imposibilidad nazi de llegar al poder, las sucesivas campañas electorales, vaciaron progresivamente las cajas fuertes del partido[35]. Tras las elecciones de 1932, la situación era catastrófica. Hasta finales de enero de 1933 y gracias a la intromisión de Von Papen, los banqueros no consintieron en hacer un nuevo «esfuerzo». Este esfuerzo no fue desmentido ni siquiera después del 30 de enero, como lo prueba el célebre encuentro del 20 de febrero de 1933 entre los dignatarios nazis, con Hitler al frente, y los grandes industriales.

Actualmente, es preciso guardarse mucho de revelaciones y conclusiones precipitadas. Ciertos elementos son aún harto inciertos. Las fuentes de información auténticas son escasas (incluso las «revelaciones» que tuvieron lugar ante el Tribunal Internacional de Nuremberg deben ser tomadas con precaución).

---

[33] La aseveración según la cual Hitler estuvo también financiado por los franceses, si bien es plausible en esa época, no se ha llegado aún hoy a establecer con entera certidumbre.

[34] Fue por ello por lo que Hitler fue invitado a hablar en el Industrieklub de Düsseldorf, el 27 de enero de 1932.

[35] El gobierno de Von Papen estuvo también sostenido por la industria, que, en un momento determinado, creyó más en él y en este «Orden nuevo» del que se trataba entonces.

CAPÍTULO IV

BIBLIOGRAFIA

La bibliografía de la República de Weimar constituye un mundo particular en el que hay que moverse con extrema prudencia. En su «manual» de la República de Weimar, Albert SCHWARZ *(Die Weimarer Republik,* Constanza, 1958, 239 páginas) ofrece una bibliografía sistemática, que comprende varios centenares de títulos y que puede constituir un excelente elemento para investigar.

La bibliografía indicada a continuación será muy limitada. Trataremos, simplemente, de dar los títulos fundamentales para cada problema importante.

I. Obras generales

a) *Las Memorias.*

Entre las más interesantes figuran:

BRAUN, Otto: *Von Weimar zu Hitler,* 3.ª edición, Hamburgo, 1948, por quien presidió por espacio de más de diez años el gobierno del *Länd* de Prusia (S.P.D.).

LÖBE, Pablo: *Erinnerungen eines Reichstagpräsidenten,* Berlín, 1949.

MEISSNER, Otto: *Straatssekretar unter Erbert, Hindenburg, Hitler,* Hamburgo, 1950.

Meissner estuvo bien situado para conocer las intrigas y representó un papel importante para el nombramiento de Hitler como canciller, contribuyendo a disipar las últimas vacilaciones de Hindenburg.

NOSKE, Gustav: *Von Kiel bis Kapp. Zur Geschichte der Novemberrevolution,* Berlín, 1920.

NOSKE, Gustav: *Erlebtes auf Aufstieg und Niedergang einer Demokratie,* Offenbach M., 1947.

SCHEIDEMANN, Philipp: *Memorien eines Sozialdemokraten,* 2 tomos, Dresde, 1928.

SEVERING, Carl: *Mein Lebensweg,* 2 tomos, Colonia, 1950.

Las dos últimas obras son de las más importantes e interesantes.

b) *Obras del conjunto de la República de Weimar.*

Además de las obras ya citadas de G. BADIA, A. ROSEMBERG y A. SCHWARZ, los mejores títulos son:

CONZE, Werner: *Die Zeit Wilhelms II und die Weimarer Republick. Deutsche Geschichte 1890-1933,* Tübingen-Stuttgart, 1964.

EYCK, Erich: *Geschichte der Weimarer Republik,* 2 tomos, Erlenbach-Zurich, 1962.

Esta obra ha sido frecuentemente criticada, ya que está escrita desde un punto de vista indudablemente liberal, resueltamente anticomunista. Sin embargo, es una de las mejores obras de conjunto y constituye una excelente introducción al estudio de la República de Weimar.

HEIBER, Hemult: *Die Republik von Weimar,* dtv 4003, Munich, 1966, 283 págs.

VERMEIL, Edmond: *L'Allemagne contemporaine, sociale, politique, culturelle* (La República de Weimar y el Tercer Reich), tomo II, Aubier, 1953, 433 págs.

Hay que añadir la obra de Theodor ESCHENBURG: *Die improvisierte Demokratie,* Munich, 1963, 306 págs. La obra es muy desigual, pero contiene ciertos puntos de vista originales. Igual-

mente, la selección colectiva publicada con el título *Der Weg in die Diktatur,* Munich, 1963, 245 págs., contiene algunas contribuciones de primera categoría.

II. Los partidos políticos

a) *Obras generales.*

La obra más clásica es la de Ludwig BERGSTRÄSSER: *Geschichte der politischen Parteien in Deutschland,* 11.ª edición, Munich, 1965, 395 págs. Esta obra puede completarse con una selección que abarque los programas de los partidos políticos alemanes: Wilhelm MOMMSEN: *Deutsche Partei programme,* Munich, 1960.

Erich MATTHIAS y Rudolf MORSEY han publicado una obra muy completa sobre los partidos políticos en los últimos momentos de la República de Weimar: *Das Ende der Parteien, 1933,* Düsseldorf, 1960, 816 págs.

El Instituto Leo-Baeck ha consagrado un excelente volumen a la actitud de los partidos políticos ante el antisemitismo: *Entscheidunsgjahr 1932. Zur Judenfrage in der Endphase der Weimarer Republik,* 2.ª edición, Tübingen, 1966, 615 págs.

b) *Obras consagradas a un partido político*

En primer lugar, es preciso recordar el conjunto de monografías publicadas por la Kommission für Geschichte des Parlamentarismus und der politischen Parteien.

El tomo 8 de Werner LIEBE: *Die Deutschnationale Volkspartei 1918-1924.* El tomo 22 de Wolfgang HARTENSTEIN, *Die Anfänge der Deutschen Volkspartei 1918-1920.* El tomo 30 de Erasmus JONAS, *Die Volkskonservativen 1928-1933.* Y, finalmente, el tomo 32 de Rudolf MORSEY: *Die Deutsche Zentrumspartei 1917-1923.*

Todas estas obras han sido editadas por el Droste Verlag, de Düsseldorf.

Para el partido comunista, remitirse a la obra de Ossip K. FLECHTHEIM: *Die K.P.D. in der Weimarer Republik,* Offen-

bach, 1948, 295 págs. La información es segura; la crítica, aunque algunas veces es severa, nunca es partidista. Enzo COLLOTI publicó una selección: *Die K.P.D. 1918-1933,* Milán, 1961.

Los historiadores de la R.D.A. se han interesado especialmente por la historia del partido comunista. Desgraciadamente, la falta de objetividad de estas obras llega a tales extremos que no pueden ser utilizadas más que con mucho cuidado. En cambio, la publicación de documentos que se lleva a cabo sistemáticamente es del mayor interés (aunque la elección sea frecuentemente arbitraria). Lo mismo ocurre con la obra *Zur Geschichte der K.P.D. 1914-1946,* Berlín, 1955. Es muy útil añadir a esto los nuevos volúmenes de la «Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung» (Berlín, 1966). Igualmente que las selecciones de textos y de discursos de algunos de los líderes del partido comunista:

ZETKIN, Clara: *Ausgewhlte Reden und Schriften* (3 tomos).
PIECK, Wilhelm: *Gesammelte Reden und Schriften* (3 tomos publicados).

Curiosamente, la S.P.D. no ha encontrado aún historiador. Sólo algunos de sus aspectos han sido estudiados, como es, por ejemplo, el excelente estudio consagrado a la prensa socialdemócrata por:

KOSZYK K: *Zwischen Kaiserreich und Diktatur. Die sozialdemokratische Presse von 1914 bis 1933.* Heidelberg, 1958, 276 páginas.

En lo referente al partido nacionalsocialista, remitirse a la obra ya citada de Werner MASER (para el período 1920-1924). Para más adelante, no faltan obras. Nos contentaremos con citar algunas de ellas:

BULLOCK, Alan: *Hitler ou les mécanismes de la tyrannie,* 2 tomos, Marabout Université, 1963.

GISEVIUS, Hans-Bernd: *Adolf Hitler, Eine Biographie. Versuch einer Deutung,* Munich-Zurich, 1967, 478 págs. Excelente obra que supera ampliamente el aspecto biográfico que parece indicar el título. Además: W. L. SHIRER: *Le Troisième Reich des origines à la chute,* antes citado (particularmente el tomo I).

III. La Revolución de noviembre y el espartaquismo

Las obras de Badia antes citadas son, a pesar de las reservas expresadas, muy desiguales. Añadiremos en primer lugar el excelente estudio publicado por el partido comunista alemán *Illustrierte Geschichte der deutschen Revolution,* Berlín, 1929. Por otra parte, también en este terreno se ha hecho un gran esfuerzo en la R.D.A. para la publicación de documentos:

Reedición de los *Spartakusbriefe* (Berlín, 1958).

LIEBKNECHT, Karl: *Gesammelte Reden und Schriften* (en preparación).

LUXEMBURG, Rosa: *Ausgewählte Reden und Schriften* (1955).

Dokumente und Materialem zur Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung (Berlín, 1957 y 1958; la serie II comprende en tres tomos el período 1914-1919).

STERN, Leo: *Die Auswirkungen der grossen Socialistischen Oktoberrevolution auf Deustchland,* Berlín, 1959, 4 volúmenes; comprende textos particularmente interesantes.

André y Dori PRUDHOMMEAUZ publicaron una pequeña selección en francés titulada *Spartacus et la Commune de Berlín, 1918-1919 (Cahiers Spartacus,* editado por René Lefeuvre, París, 1949, 127 págs.). Comprende la traducción de los textos más importantes.

Para los consejos obreros, véanse las tres obras ya citadas:

TORMIN, Walter: *Zwischten Rätediktatur und soziale Demokratie. Die Geschichte der Rätebewegung in der deutschen Revolution,* Düsseldorf, 1954.

KOLB, Erich: *Die Arbeiterräte ind der deutschen Innenpolitik, 1918-1919,* Düsseldorf, 1962.

OERTZEN, Peter v.: *Betriebsräte inder Novemberrevolution,* Düsseldorf, 1964. Esta obra constituye actualmente el mejor y más original de los estudios sobre la actuación de los consejos obreros.

En lo referente a los sindicatos, remitirse a la tesis de Robert GÖTZ: *Les syndicats ouvriers allemand après la guerre,* tesis de Derecho, Lyon, 1934, 313 págs.

IV. La política exterior

La mejor obra parece ser la de ZIMMERMANN, Ludwig: *Deutsche Aussenpolitik in der Aera der Weimarer Republik,* Gotinga, 1958.

En lo concerniente al problema de las relaciones con la Unión Soviética, leer la obra de KLEIN, Fritz: *Die diplomatischen Beziehungen Deutschlands zur Sowjetunion 1917-1932,* Berlín, 1957.

Además: las obras ya citadas relativas a Stresemann (A. y R. THIMME), así como la obra de M. BUMONT: *La faillite de la paix* (nueva edición, tomo I, 1967, PUF).

V. La Reichswehr y la República

Una excelente introducción es la que nos proporciona Otto-Ernst SCHÜDDENKOPF: *Heer und Republik, Quellen zur Politik der Reichswehrfuhrung 1918-1933,* Hannover-Francfort, 1955.

La particular claridad de la obra de G. CASTELLAN: *Le réarmement clandestin du Reich 1930-1935, vu par le 2e. bureau de l'État-Mayor français,* tesis, París, 1954.

Es necesario, en cambio, ser prudente ante la obra de J. BENOIST-MÉCHIN: *Histoire de l'armée allemande 1918-1946,* 10 volúmenes (sólo los tres primeros abarcan todo el período de Weimar).

Además: H. J. GORDON: *Die Reichswehr und die Weimarer Republik 1919-1926,* Francfort, 1959 (traducido de una obra americana).

La gran obra de WHEELER-BENNETT (J. W.): *The Nemesis of Power. The German Army in Politics 1918-1945,* Londres, 1953, puede ser de gran utilidad consultarla, a pesar de las lagunas y de los juicios, a veces tendenciosos.

VI. La evolución de la política interior

Para los problemas constitucionales, remitirse a las obras ya citadas de W. APELT y E. FORSTHOFF.

Además: Edmond VERMEIL: *La Constitution allemande*, Estrasburgo-París, 1923, 473 págs. Excelente análisis de las posturas constitucionales de los partidos políticos en la Constituyente de Weimar.

Para los problemas electorales: A. MILATZ: *Wähler und Wahlen in der Weimarer Republik*, Bonn, 1965, 152 págs. (numerosos mapas). Obra muy manejable y muy completa, que analiza perfectamente la evolución de Weimar a la luz de los distintos escrutinios.

Sobre las ideologías de extrema derecha (no nazis):

SONTHEIMER, Kurt: *Antidemokratisches Denken in der Weimarer Republik*, Munich, 1962.

SCHÜDDEKÖPF, Otto-Ernst: *Linke Leute von Rechts*, Stuttgart, 1960. Consagrada al nacionalbolchevismo, la obra supera este simple marco. Estudio de primera categoría.

Sobre la crisis económica (1929-1932):

TREUE, W.: *Deutschland in der Weltwirtchaftskrise in Augenzeugenberitchen*. Düsseldorf, 1967, 440 págs. Selección de textos diversos (artículos, documentos inéditos) de la época de la gran crisis de Alemania.

VII. Fin de la República de Weimar

La obra fundamental es la de BRACHER, Karl-Dietrich: *Die Auflösung der Weimarer Republik*, 4.ª edición, 1964, Ring-Verlag, Villingen, 809 págs. A pesar de los defectos ya indicados, es *indispensable* referirse a esta obra. Comprende, además, una bibliografía de más de 1.300 títulos.

Además:

BADIA, G.: *La fin de la République allemande 1929-1933*. Editions Sociales, 1958, 136 págs. De cómoda utilización, citado nuevamente para lo esencial del mismo autor en la Historia de Alemania contemporánea.

GROSSER, A.: Ya citada (colección «Kiosque»).

Indice

